

1. The first part of the document discusses the importance of maintaining accurate records of all transactions and activities. It emphasizes that proper record-keeping is essential for transparency and accountability, particularly in financial matters. The text suggests that organizations should implement robust systems to track and report on their operations, ensuring that all data is up-to-date and easily accessible.

2. The second part of the document focuses on the role of leadership in driving organizational success. It highlights that effective leaders must be able to communicate their vision clearly and inspire their teams to work towards common goals. The text also discusses the importance of fostering a culture of innovation and collaboration, where team members feel empowered to share their ideas and take initiative.

3. The third part of the document addresses the challenges of managing a diverse workforce. It notes that organizations must be sensitive to the needs and preferences of employees from different backgrounds and cultures. The text suggests that providing training and development opportunities can help bridge cultural gaps and improve overall team performance. Additionally, it stresses the importance of maintaining open lines of communication and addressing any concerns or conflicts promptly.

4. The fourth part of the document discusses the impact of technology on business operations. It notes that while technology offers many benefits, such as increased efficiency and data-driven decision-making, it also presents challenges, such as data security and the need for continuous learning. The text suggests that organizations should invest in reliable technology solutions and ensure that their employees are equipped with the skills needed to use these tools effectively.

5. The fifth part of the document focuses on the importance of financial management and budgeting. It emphasizes that organizations must carefully monitor their expenses and ensure that they are staying within their allocated budgets. The text suggests that regular financial reviews and audits can help identify areas for cost savings and ensure that resources are being used efficiently.

6. The sixth part of the document discusses the importance of customer satisfaction and loyalty. It notes that providing high-quality products and services is essential for building a strong customer base. The text suggests that organizations should invest in customer relationship management (CRM) systems and implement strategies to gather and act on customer feedback. Additionally, it stresses the importance of maintaining consistent communication and providing excellent customer service at all times.

7. The seventh part of the document addresses the importance of risk management and compliance. It notes that organizations must be aware of the various risks they face, such as legal, financial, and operational risks, and implement strategies to mitigate these risks. The text suggests that organizations should stay up-to-date on relevant regulations and ensure that they are in full compliance with all applicable laws and standards.

8. The eighth part of the document discusses the importance of sustainability and social responsibility. It notes that organizations have a responsibility to their stakeholders to operate in an ethical and sustainable manner. The text suggests that organizations should consider the environmental and social impacts of their operations and implement strategies to reduce their carbon footprint and support social causes. Additionally, it stresses the importance of being transparent about these efforts and reporting on progress.

9. The ninth part of the document focuses on the importance of talent management and retention. It notes that organizations must attract, develop, and retain top talent to remain competitive in the marketplace. The text suggests that organizations should invest in recruitment and selection processes to identify the best candidates. Additionally, it stresses the importance of providing ongoing training and development opportunities to help employees grow and stay engaged in their work.

10. The tenth part of the document discusses the importance of strategic planning and execution. It notes that organizations must have a clear vision and strategy to guide their operations and ensure long-term success. The text suggests that organizations should conduct regular strategic planning sessions and involve key stakeholders in the process. Additionally, it stresses the importance of monitoring progress and adjusting the strategy as needed to respond to changing market conditions.

JUAN F. MUÑOZ Y PABÓN, Pbro.

EL BUEN PAÑO...

NOVELA

(TERCERA EDICIÓN)

CON PRÓLOGO

DE DON JOAQUÍN HAZAÑAS Y LA RÚA



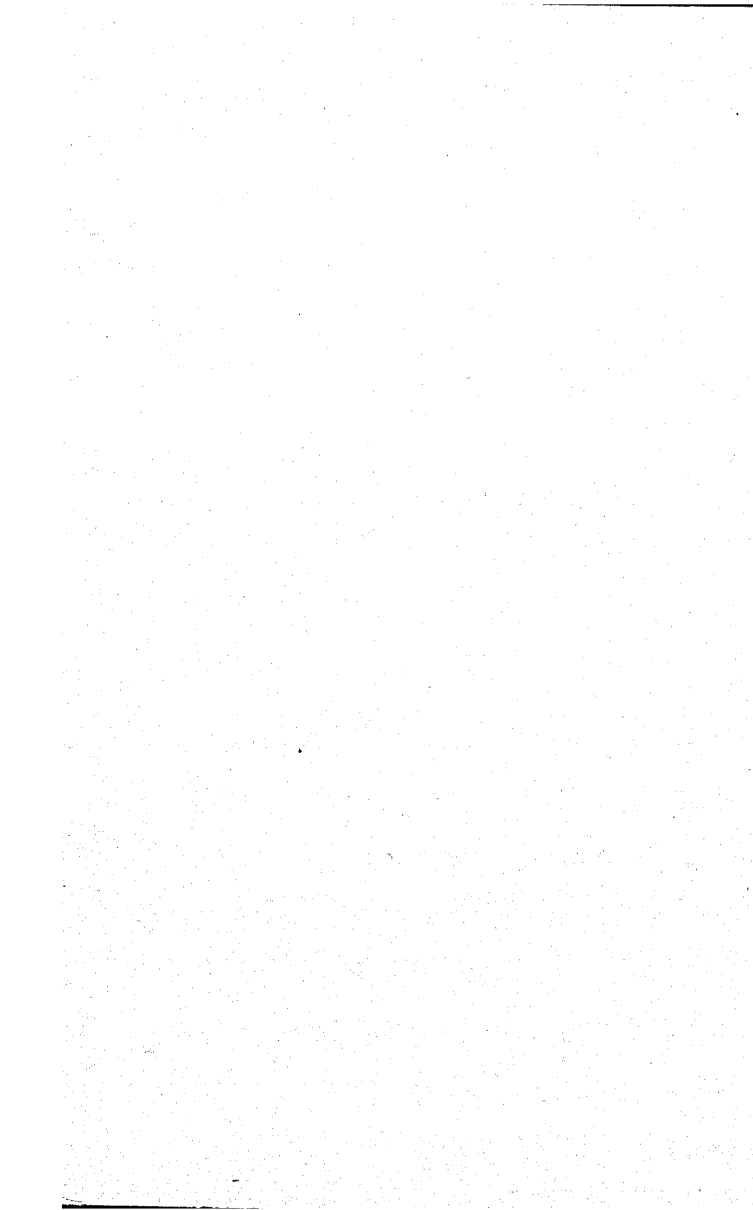
IMP. Y LIB. DE SOBRINO DE IZQUIERDO

FRANCOS, 43-47,---SEVILLA

6
122

EL BUEN PAÑO...

NOVELA



R 8714

JUAN F. MUÑOZ Y PABÓN, Pbro.



EL BUEN PAÑO...

NOVELA

(TERCERA EDICIÓN)



SEVILLA

IMP. SOBRINO DE IZQUIERDO

FRANCOS, 43-47

Al Excmo. Sr. D. Juan Valera

Señor y amigo mío: Nadie más desconocido en lo que pudiéramos llamar «gran mundo» de las letras, que el autor de JUSTA Y RUFINA, novela que salió a luz, tres meses há. Pero V., con una generosidad para la que toda la gratitud que cabe en mi corazón de sacerdote y de caballero me parece poca, desde las alturas de su indiscutible reputación literaria no se desdeñó de inclinarse hasta mi oscuridad y mi pobreza, me tomó de la mano y con la garantía de su prestigio hizo mi presentación en ese gran mundo, como de algo que merecía no sólo no pasar inadvertido, sino antes por la inversa, ser tenido en cuenta y hasta en estima: acción a

todas luces merecedora, de reconocimiento y gratitud por parte de mí.

Mas como los escritores no tenemos en cuanto tales otra moneda para hacer por pagar las mercedes o favores literarios que recibimos, sino las obras al pie de las cuales va nuestra firma, yo me desplacería a mí mismo, pues no me portaría como hombre de bien, si no mandara este libro al mundo por donde anda JUSTA Y RUFINA, a dar a V. público testimonio de gracias por tanta merced como me ha hecho, y que habré de agradecerle mientras el Señor fuere servido de conservarme la memoria.

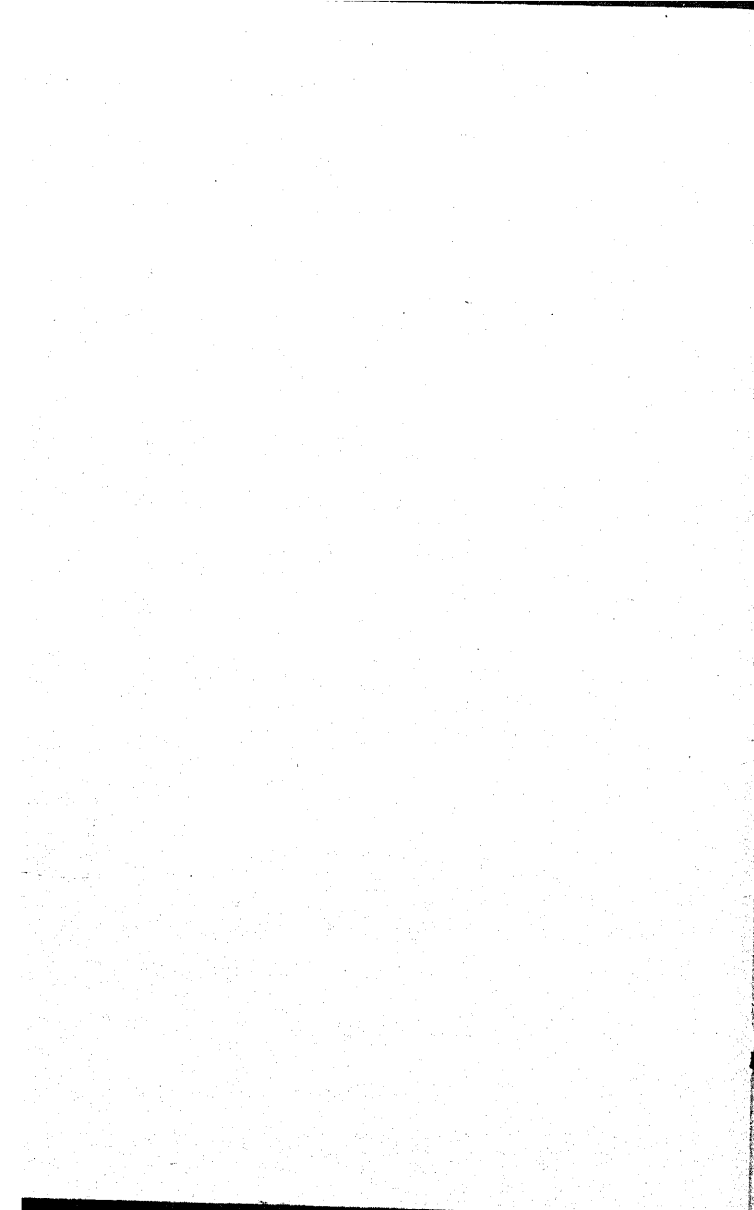
Así pues, dueño y amigo mío, abierto el libro de nuestra cuenta, dignese de apuntar en mi haber la insignificante partida de esta dedicatoria: y no porque yo crea que con ella le pago; sino para que sepa V. y cuantos estas letras leyeren, que si no acabo de pagarle, porque no tengo más, reconozco la deuda y hago por enjuagarla.

Lo demás que le debo, el Señor, que es buen pagador, se lo dé en bienes de gracia,

en comparación de la cual *todo el oro es arena exigua y la plata será estimada como barro.*

Es de V. agradecido servidor y reverente amigo, que le besa las manos,

Juan F. Muñoz Tabón,
Presbítero.



Prólogo de esta edición



Hace veinticuatro años que el eximio escritor Muñoz y Pabón ponía término al manuscrito de este libro, que a las pocas semanas era, ya impreso, leído con avidez por un público muy numeroso, y muy adicto, muy entusista y muy suyo, del que el escritor supo adueñarse desde que lanzó a la publicidad la primera de sus novelas; *Justa y Rufina*.

La segunda de aquéllas es *El buen paño*, pero segunda sólo en cuanto al orden cronológico de su publicación, no en ningún otro sentido, y vino a confirmar la fama que su hermana mayor había propor-

cionado a su autor. Baste sólo decir de ella, que la presente es la tercera edición de *El buen paño*.

Acaso en nuestra patria, después de la muerte de Fernán Caballero, no haya penetrado ningún escritor en el alma andaluza tanto como Muñoz y Pabón, ni ninguno como él haya conocido, tan a la perfección, la singular psicología del pueblo andaluz. Por esto los personajes de sus obras, principalmente los que pertenecen al pueblo, no son creaciones abstractas, seres que el artista ha creado y a los que ha dado vida con su propio pensamiento, sino personajes reales que han vivido, que viven y vivirán mientras nuestro pueblo conserve las notas peculiares y característica que le dan su personalidad. Han sido arrancados por el autor de la cantera de la vida y sienten, piensan y hablan como lo hace nuestro pueblo.

El escenario en que estos personajes se mueven no es tampoco un país fantástico; *El Tomillar* es una, o mejor dicho cual-

quiera da las villas del Aljarafe sevillano, territorio que comienza en la margen derecha del Guadalquivir, apenas termina *la vega*, y se extiende hasta el famoso *Campo de Tejada*, que le sirve de vallado para no confundirse con el *Condado de Niebla* y sus aledaños, los pueblos llamados antiguamente *par del Condado*. Las costumbres de esta región, la manera de vivir de sus habitantes, sus virtudes y aun sus vicios, están magistralmente pintados en *El buen paño*. Quien visite esas risueñas, pintorescas, alegres y ricas villas, se tropezará con *abajeros* y *arriberos*; no le será muy difícil encontrar alguna anciana dama con todos los prejuicios de clase y con todas las bondades de alma de *Doña Clara Ibáñez* y de *Alburquerque*; hallará, a cada paso, trasuntos vivientes de *la Chata*, de las parlanchinas *Mónica*, la *señá Ramona* y la *Escarcilla*; criados fidelísimos como *José, el caputaz*, y brutos del calibre de *Cachomenos*; y

aun entre muchas *Celias*, *Merceditas* y *Carlotas*, atentas sólo a preparar la caña y el anzuelo para pescar un marido, cuando sospechan que el amor puede pasar, más *Carmelas*, modestas, humildes y buenas, de las que haya podido imaginar.

Estos personajes, como he dicho antes, hablan cada uno su lenguaje propio, el que usa el pueblo; la obra está, pues, llena de andalucismos, que lejos de constituir un defecto, constituyen una de sus principales bellezas, de igual manera que el lenguaje de algunos personajes de *Sotileza* y *El sabor de la tierruca*, son una de las más interesantes notas de esas novelas del admirable escritor don José María de Pereda.

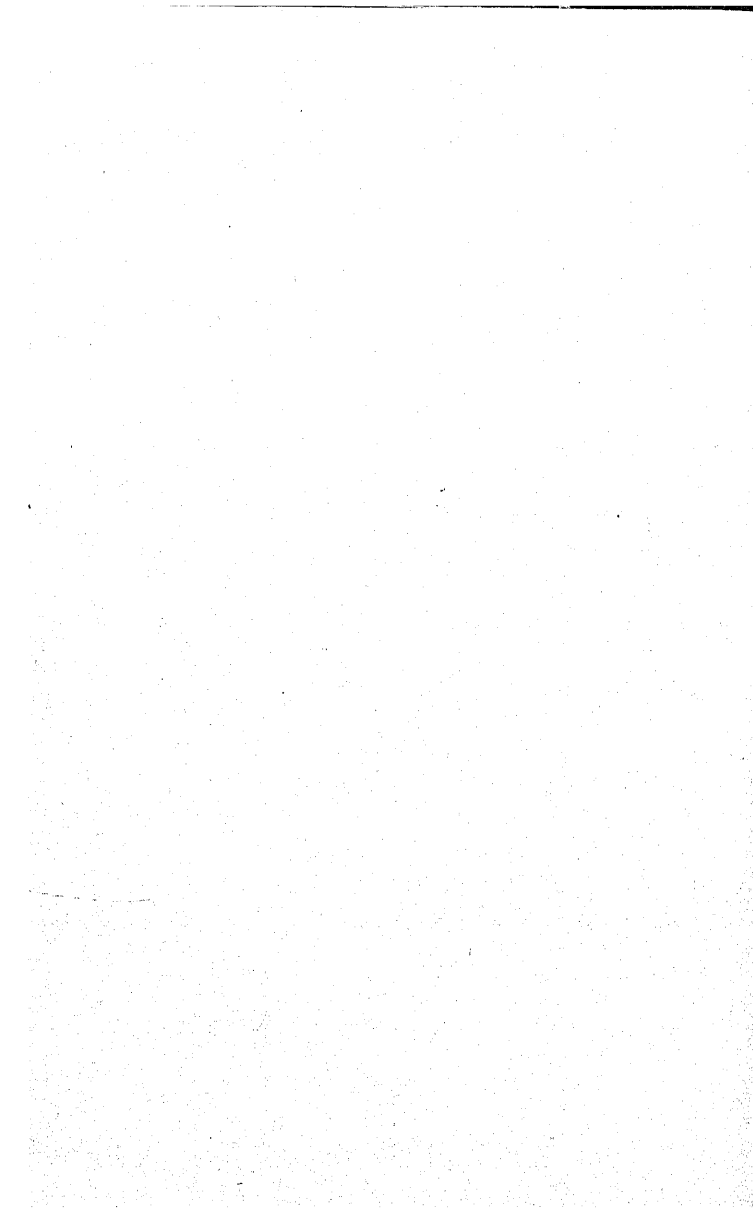
Con los elementos que quedan citados, con personajes tomados de la realidad, no con abstracciones, moviéndolos diestramente en un escenario real también, y muy conocido, en sus bellezas y en sus honores, el arte exquisito de Muñoz y Pabón supo tejer esta novela *El buen paño*, en la que

a cada nueva lectura se perciben nuevas bellezas, lo que justifica el favor que el público le ha dispensado desde su publicación.

A *El buen paño* es, además, aplicable lo que no hace mucho tiempo dije de todas las obras de su autor: que tiene un alto sentido moral, que puede ponerse en todas las manos, pues no es sólo que no hace daño, es que puede hacer mucho bien.

Joaquín Hazañas y la Rúa.

Sevilla, julio de 1924.



I

De quién era Juanito Ibáñez y de cómo su padre deseaba verle casado

Para que vea el lector cuán acertados, lógicos y en su punto eran y estaban los deseos que tenían todas las muchachas casaderas que por aquel entonces había en El Tomillar, y aun en algún que otro pueblo de la redonda, de echar el guante y de atrapar para marido a Juanito Ibáñez y Benjumea, imagínese un muchacho, dando alcance a los veintitrés, con un título de Doctor *in utroque jure* decorando el testero principal del despacho de su padre; con un capitalito de noventa mil duros, de lo más saneado de la provincia, heredado de su madre, que santa gloria haya, y esto sin contar lo de su padre, que, como es natural,

no habrá de llevárselo al otro mundo, amén de lo de su tía paterna, doña Clara Ibáñez y de Albuquerque, de quien es, a falta de su padre, inmediato heredero, aunque eso de heredar a los tíos no sea en todas las ocasiones un huevo que se echa a freir.

Pero en fin, aun descontando lo de la tía por lo que pueda tener de problemático, que no lo tiene, pues, a Dios gracias, se trata de una señora tan de recto criterio, como de delicada, timorata y hasta escrupulosa conciencia, siempre se le pueden calcular a nuestro abogado para el día de mañana sus doscientos mil durejos, que se dicen de una vez.

Unase a esto una estampa de hombre, que, si peca de algo, es de demasiado garbosa para un señorito; agréguese, porque debe agregarse, una pasta de almendras y fama de ello tan universal, como justa; una labia y trasteo y garabato con las mujeres, que las deja boquiabiertas, turulatas y sabiéndoles a poco, y, por finiquito y remate de todos los atractivos que el Señor puso en él, recuérdese que ha heredado a su madre, con lo cual queda dicho que no la tiene,

o, lo que para el caso es igual: que la bienhadada que se lo lleve no habrá de tener suegra. ¡Ahí es nada ese pormenor!

No ejerce la abogacía, ni piensa ejercerla jamás. Es uno de tantos niños ricos como han pasado la mocedad en institutos y universidades para hacerse de un *titulum*, *sine re* las más de las veces, que para nada sirve, como no sea para decorar un testero, dentro de una moldura de más o menos discutible buen gusto. Ahora, que eso de tener un título académico «viste muy bien» es innegable, y por eso recordará el lector que el título de Doctor *in utroque* fué la primera de las circunstancias aperitivas para el apetito casamentero de las jóvenes núbiles de El Tomillar, que apunté en cuenta a nuestro Juanito Ibáñez.

Pero, si bien no ha vuelto a vestir la toga de letrado desde el día en que se doctoró, (no: miento; que la última vez fué al día siguiente, para hacerse retratar con ella) en cambio no pasa uno, en que no se encasquete su marsellés, se ciña sus zahones, adornados de flecos y recamados de bordaduras, y en el fuste de su silla vaquera

la manta de caireles y colorines zamorana, monte en su «Lucero» y salga por esos campos de Dios a visitar aradores y podadores de viñas, si es otoño, cogedoras de aceitunas, avareadores y molineros, si invierno; sulfatadores y escardadoras, si primavera, y segadores y trilladores, si verano. A vaqueros, pastores y yegüerizos la visita es en todas las estaciones del año y con más o menos frecuencia, según le place; pero rara es la semana en que no se deja caer por la dehesa a la hora en que menos es esperado.

Su visita predilecta y que no omite nunca, como no esté diluviando, es a las cogedoras y escardadoras... ¡Arrastrado, y cómo le gustan las muchachas bonitas y qué poquísimo reparo tiene en hacérselo saber! ¡Vaya un coquetón que está el tal Juanito Ibáñez de mis culpas y pecados!

—Pero hijo—le dice a las veces don Agustín su padre, y diciéndoselo estaba aquella mañana, por milésima vez:—¿por qué no sientas los cascos, te decides por la que mejor te parezca y te casas, como me casé yo y como todos los hombres que tie-

nen vergüenza y no han hecho voto de virginidad? Créete que eso de andar cantando con la práctica lo de

Me gustan todas,
Me gustan todas,

mariposeando aquí y allí y sin posarse en ninguna, será todo lo divertido que tú quieras; pero que me claven aquí—y el buen señor se señalaba el ojo derecho—lo que tenga de decente ni de honrado.

—Mira, papá—se atrevió aquella mañana a responder nuestro jurisconsulto:—antes que te cases, mira lo que haces, dice el refrán, y mirándolo estoy: porque para casarse es menester en primer lugar encontrar con quién, ¿no te parece? para encontrar con quién, es preciso buscar: déjame, pues, que la busque, si quieres que la encuentre, y, encontrada, te la señale para que vayas a pedírmela. Descuida, que no es la vocación de tu señor hijo la santa virginidad.

—Las señas son mortales—le interrumpió don Agustín, con un si es, no es de zumbón y de malicioso—y por eso, porque no es tu vocación la virginidad y porque

te creo con vergüenza (no sé si me engañará mi cariño de padre)—y aquí se sonreía don Agustín—quisiera que, dejándote de picos pardos con ésta y con la otra, te fijaras en una y te casaras de una vez en paz y gracia de Dios. Veintitrés años tienes. Con qué mantener tus obligaciones te sobra a Dios gracias, y si te viniera estrecho, aquí estoy yo. Mi consentimiento, y más que mi consentimiento, mi deseo vehementísimo de que lo hagas, cuanto antes mejor, como si lo tuviera dado ante notario. ¿Quieres más, alma mía, o eres tú como el que lo hacían obispo y no estaba contento? Lástima que tu abuelo no hubiera pensado sobre el particular como pienso yo; que entonces, en vez de haberme casado a los veintisiete, quizás y sin quizás lo hubiese hecho diez o doce años antes. Pero ya se vé, Dios da mocos a quien no tiene narices...

—¡Eh! ¡Alto ahí, señor don Agustín, y cuidadito con la lengua! cónstele que su hijo tiene su alma en su almarío, y tirados sus planes: déle usted unos meses de respiro, y verá qué nuera la que le mete en casa: ¡y que va a estar *abichá* la chiquilla! ¡y que

no va a valer *ná ¿pa qué!*... Si casi estaba tentado de hacerte que te pusieras la levita ahora mismo y fueras a pedírmela...

—Pero ¡oye! ¿es de El Tomillar?

—¿Pues de dónde, si nó?

—Es que aquí... así, a primera vista... la verdad... no hallo ninguna que... ¡vamos!... me parezca de la categoría de tu madre, que en paz descanse, que es lo que yo quisiera para tí. ¡Como no sea tu prima, y esa dices tú que no te gustal...

—Tan rica como lo era mi madre, desde luego no. Pero como tú empiezas por decirme siempre que el que sea pobre o rica te importa poco...

—Hombre, dice el refrán, que aun en la mesa llena, sabe bien la torta ajena. Tan pobre que sea una descamisada, tampoco está en razón. Pero en fin: aparte lo más o menos que pueda aportar al matrimonio ¿de qué tal casta es? porque ya tú sabes: las mujeres, las yeguas y los melones, por la casta.

—De eso, señor don Agustín, eche usted y no se derrame, que como salga a la madre que tiene, no cederá a la mía.

—Pues créete que no caigo. Bueno: ¿y qué tiempo hace que estás en relaciones con ella? porque yo, te lo digo con toda verdad, yo no me he percatado de nada.

—Yo no le he dicho nada todavía. Es más, ni pensaba tampoco decírselo por ahora.

—¡Ta, ta, ta, ta, y con lo que se descuelga el lila este! nada: lo que dice la copla:

Yo tengo media novia
en Olivares
que ni yo se lo he dicho,
ni ella lo sabe.—

Y en esto entró en escena la tía de Juanito, Doña Clara Ibáñez.



II

La Camarera

Era una vieja avellanada y enjuta, que sería allá por los años de treinta y cinco o cuarenta todo lo buena moza que quiera el lector; pero que en realidad de verdad, en la época en que esta historia acaecía, estaba materialmente hecha un esperpento.

Se peinaba la buena señora de manera la más anacrónica que pueda el lector imaginarse; y digo de manera la más anacrónica, porque yo creo que no tiene otro nombre, que el de anacronismo, enclavar sobre unas cocas a lo Isabel II, blancas, como los ampos de la nieve, y claras, más que el nombre de su misma dueña, un descomunal rodete, rubio como los trigales en sazón, y macizo y apretado como una piña verde.

Si no es anacronismo unir, y unir sin otro nexo que unas cuantas horquillas, la destañada plata de la ancianidad con el oro de tonos calientes de la más bullidora y pujante juventud, yo no sé lo que sea, ni cómo se llame en buen castellano.

Trae grandes zarcillos de plata con puntas de diamantes mulatos que parecen colgarle de las cocas, según lo que éstas le cubren las cartilaginosas y colgonas orejas; muchos anillos, de lanzadera los más de ellos, en las flacas manos, y, cubriéndole los hombros y arrebujiándole el busto, un chal de espuma negro bordado del mismo color, de los tiempos de Goya. Lo demás del vestido apenas si merece mención. Tan liso, tan llano y tan modesto es.

Como todas las ricas hembras del Condado, es amiga de hacer bien a los pobres y de gastarse muy buenos duros en altares y santos. Es la presidenta de casi todas las hermandades del pueblo, y camarera, con ínfulas de ama, de la Virgen del Dolor, patrona de la villa. El señor Cura le guarda muchas consideraciones y le aguanta no pocas impertinencias, y en el pueblo se la conoce por el nombre de la Camarera.

Una sola hermandad había en el pueblo con la que, no solamente no partía peras, sino antes por la inversa, de la que era acérrima e irreconciliable enemiga: la Cruz de Abajo, bandería en eterna lucha con la Cruz de Arriba, que ella rige y capitanea, gastando lo que no es decible en comprarle cuanto se le antoja (y cuenta que se le antoja todo lo que ve): trabajando en hacerle flores, bordarle manteles y hacerle primores mil durante todo el año; hospedando en su casa al Padre Predicador; poniendo el refresco en la sala grande el día de la fiesta, y haciendo, en fin, cuantos esfuerzos pueden hacerse por quedar encima de los «abajeros» cada vez que éstos hacen por levantar la cabeza.

¿Consentir ella que la arrollen?... ¿a ella, que por no someter su albedrío al albedrío de nadie de este mundo, había despreciado los mejores partidos de todo el Condado y hasta de toda la provincia?... ¿pasar por encima de ella, la descendiente de los Alburquerque, como quien no dice nada, cuatro pelagatos, porque cuatro pelagatos, ni más ni menos, era toda la gentuza de la otra Cruz?

Aquel día venía furiosa y lanzando llamaradas de coraje de las azules pupilas, y necesitaba hablar con don Agustín, sin cuyo consentimiento no daba paso, a pesar de sus pujos de emancipación e independencia.

Por supuesto, que mayor desaguado que el que acababa de cometer la «gente» de Abajo con los «señores» de Arriba no se había cometido nunca, o a lo menos no había noticia de ello en los fastos de El Tomillar.

Ella misma, doña Clara, había hecho a Sevilla un viaje expreso, en busca de alguna cosa para su Cruz, que dejara tamañitos a los de Abajo para siempre jamás. Y cata que ve unas velas de cera, artísticamente adornadas con flores de lo mismo, que no había más que ver, y que tenían necesariamente que dar el gran golpe, no sólo en El Tomillar, sino en todos los pueblos circunvecinos que, como todos los años, habrían de vaciarse en él el día de la fiesta.

Vistas, ajustadas no sin regateo, porque mujer que no regatee, o no compra, o no es mujer, y pagadas las velas por doña Clara, ésta se volvió a El Tomillar al día si-

guiente, saboreando de antemano su triunfo sobre la gente de Abajo y dando vueltas en su caletre al modo de llevarlas a la villa sin que pudieran padecer en el camino el menor detrimento.

A lomos y en un cajón, podían romperse con el traqueteo de la bestia. Mandar su propio coche por ellas, era dar publicidad a la cosa y exponerse al peligro de que los de abajo hicieran un esfuerzo supremo y se le adelantaran, pues debían, según lo sancionado por el transcurso de los siglos, hacer su función antes que los de Arriba. ¿Pues entonces?... A doña Clara se le ocurrió una idea, y como se le ocurrió la puso en práctica.

Tenía a su servicio un capataz, fidelísimo a la señora y a todo lo que con la señora se relacionaba, como un perro, y, por añadidura, hermano de Arriba de los más rebelones, aunque casado [contrastes de la vida humana] con la hermana más furibunda, vocinglera, escandalosa y peleona de la Cruz de Abajo.

—Nadie como José—pensó doña Clara (José era el capataz) y, llamándolo a su des-

pacho y cerrando la puerta con el mayor misterio, por temor de que las criadas que todo lo atisban pudieran publicar los arcanos de Ceres.—José:—le dijo, cuando se hubo sentado en el sillón del pupitre, y José, de pie en mitad de la sala y sombrero en mano, fijaba en la señora sus ojazos en que se reflejaba tanto cariño como respeto:—tu señora, y más que tu señora, tu hermandad, necesita de tí.

—Su mercé dirá, señorita; pero que coste: que antes que la hermandá, está esta casa en que ha nació uno, y la señora a quien le ha comió uno tanto pan. Eche su mercé por esa boca, que aunque sea a jozá a la fin der mundo, soy yo capá de dí, con tar que su mercé me lo mande.

• —Gracias, José. Pues mira: se trata de traer de Sevilla unas velas que he comprado para el paso de nuestra Cruz ¿estás? Pero, como es una cosa tan delicada, porque tú no puedes figurarte lo fino que ello es, ¡como el pensamiento, vamos! y el menor golpe que llevaran las rompería, he pensado que salgas de aquí esta misma tarde, y pián, pianito, te encampes en Sevilla, a donde lle-

garás con las claras del día. Que llegaste; que te fuiste a tu posada; que almorzaste y que sesteaste: pues bueno. A la tarde te vas a la cerería de la Alfalfa con esta contraseña, y te entregarán las dos velas, cada una en su funda de papel, y, por los clavos de Cristo, fíjate antes de entregarte en ellas, si les falta alguna hoja a las guirnaldas... en fin, si están como yo las compré, o si son otras distintas, por más que tú no sabes cuáles son: pero déjalo, que eso ya yo veré si me las han cambiado por otras peores. Para acabar: que, colgándote cada una de ellas en el dedo de en medio de cada mano, es menester que vuelvas a echarte al colete las «siete leguas» y estés aquí con el encargo pasado mañana, si Dios quiere, al amanecer: ¿estás? Y cuidadito, por Dios, que no les pase nada. Y si te cansas y te quieres sentar en el camino, por el Santísimo Sacramento del altar, que no me las sueltes, y por las Animas benditas que no se entere ni el *sursum corda* a lo que vas: ¿estás? Toma: cinco duros para que dejes a tu mujer para el gasto y para lo que quiera que se te pueda ofrecer u ocurrir: pero, por Dios y por la Virgen del Dolor,

José, que todo el cuidado es poco con una cosa como esa: ¿estás?—

Y José salió de casa de la Camarera y se fué a la suya a ponerse el camisón «dergao» el sombrero y las botas nuevas y el «ceñió» de los viajes y de los días en que repicaban en gordo. Su mujer se entró con él en el cuarto a servirle de ayuda de cámara y, si Sansón fué débil con Dalila, revelándole el secreto de su hasta entonces desusada fortaleza, José no fué más fuerte con su María ér Doló y... vamos, que le contó del pe a pa el objeto de su viaje.

—Pero por Dió, María—concluyó diciéndole—mira que va en ello el pan de nuestros hijos. Cudiaito con la lengua, que en boca cerrá no entran moscas.

—Escudia, José, escudia, que ni la mesma tierra lo ha e columbrá.

—Po güeno: quéate con Dió y a vé qué encuentro que traerte por aquer Sevilla.

—Pa mí, yo no quió ná: tráete mejón un pañuelo e sea pa la niña, que está estocá pa estas novenas, y anque sea unas arpargatas pa Joselillo, que, míalo, está más escarcito que er Señor.—

Y nuestro capataz salió pitando para Sevilla en el caballo de San Francisco; quiero decir, un rato a pie y otro andando; y aún no habría llegado a la Cruz de la media legua, cuando ya su pérfida Dalila divulgaba en el consejo íntimo de la gente de Abajo la compra de las velas, la ida por ellas de José a Sevilla y el triunfo, por ende, de la Cruz de Arriba sobre la de Abajo, más ruidoso por ese solo motivo, que el de la Santa Cruz de Cristo sobre las tropas de Magencio.

Los de Abajo, que nunca pudieron tanto como los de Arriba, concibieron el esfuerzo supremo de comprar otras dos velas para estrenarlas antes que los otros, y la Chata fué la encargada de hacer la colecta. Pero, aunque anduvo todo el día de Dios de ceca en meca, comprometiendo a unos y a otros, no logró recoger, y eso que lo mismo tomaba dinero, que trigo, aceitunas en salmuera, huevos, patatas, pedazos de tocino... todo lo que fuera «valores declarados», no logró recoger (repito) en todo el santo día, más que unos tres duros. ¡Digo! ¡tres duros para una cosa que quizás costaría miles!... Y el

desaliento se apoderó del «cónclave» de Abajo, y como los Israelitas a la orilla del río de Babilonia, se sentaron en casa de tía Castaña, donde se había reunido la asamblea, a llorar, por así decirlo, su apabullamiento y su derrota.

Pero tío Cachomenos, así llamado por faltarle un pedazo del labio superior, concibe «en sus cortas luces» un medio que pudiéramos llamar nivelador, que, si bien no había de engrandecer a los de Abajo, deprimiría no poco los humos y *fantasías* de los Arriberos. Concebido, lo propone, entre chupadas a su cigarro y rascones a su cabeza, suave como una aulaga y pulida como un zarzal; la asamblea aplaude al Maquiavelo de zamarra con entusiasmo bélico, y sale de casa de la tía Castaña a la hora precisamente en que José salía de la Ciudad del Betis, con una vela en cada mano, como banderillero que «cita» al toro.

Pero dejemos a doña Clara que cuente lo demás.

—¡Agustín!—empezó a decir furiosa, con los puños crispados e inyectados de sangre los vivarachos azules ojos:—¡esto no

puede quedar de esta manera! ¡Es menester mandar a presidio unos pocos de infames!

—Pero ¿qué ha sucedido? ¿qué pasa?

—¿Qué quieres tú que pase?—Y la Camarera rompió a llorar, como si el fuego hubiese reducido a ceniza sus dehesas; el terremoto, hundido sus bodegas y sus molinos, y la mortandad, cebándose en sus ganaderías:—¿qué quieres tú que pase?—prosiguió cuando medianamente pudo proseguir—¿qué quieres tú que pase, sino lo que no tiene nombre, porque canallada, barbaridad, infamia, sacrilegio, todo es poco para lo que ello merece?

—Pero por Dios, explícate, mujer, ¿qué es lo que ha sucedido?

—¡Nadal que mandé a José a Sevilla por unas velas rizadas, o labradas o como se llamen, que todo parecían menos obra de manos, y que compré el otro día cuando estuve allí. Que salió ayer tarde de Sevilla con una en cada mano, porque todo el cuidado del mundo me parecía poco para una cosa así, y que al llegar con ellas esta mañana a las Posturas, el animal, el sinvergonzón, el hereje, el judío de Cachomenos que lo

estaba esperando a la sombra de una chumbera, va y le ofrece un cigarro: ¡mira tú qué ocasión más bonita para que José se pusiera a fumar!

—No: muchas gracias, compadre,—le dijo—que me estará aguardando mi ama, y no me puedo detener.

—¿Pero qué lleva usted ahí, compadre?

—Una cosa que no se puede decir.

—Siempre será alguna tontería de la Camarera —

Y entonces el señalado de la mano de Dios, que es muy malo, porque cuando el Señor señala a uno, por algo lo hace, levanta el garrote que llevaba, y ¡cataplúm! ¡Agustín! le da un palo a cada vela, que me las hace añicos.

—¡Sí: ríete! que la cosa es de risa: que para eso he venido a lamentarme contigo y a pedirte consejo: para que encima de todo te rías de mí. Si tú fueras hombre, que lo dudo, porque nunca lo has sido, porque eres lo más calzonazos de la familia, te montarías en tu caballo y te irías a ver al Gobernador o al Arzobispo o al Papa, si fuera menester, y por lo menos te traerías la orden

de que se ahorcara a ese hereje, judío, en el mismísimo lugar y sitio en que rompió las velas.

Pero ya se vé: como yo estoy sola en el mundo, porque ni tú echas cuenta en nada mío, ni te importa nada un periquete, más que tu hijo ¡así lo tienes de bien educado! no sólo te quedas tan fresco con la ocurrencia, sino que encima te echas a reír en mis barbas de lo que me humilla a los ojos de todo un pueblo y deja a la hermandad, de la que eres Mayordomo ¡y que está decente el Mayordomo! a los pies de los caballos. Pues bueno: quédate con Dios y que él te ayude: que yo no te necesito para nada, ni te he necesitado nunca, ni te necesitaré; porque primero pediría una limosna o me echaría un candado en la boca, que molestarte en lo más mínimo.

—Pero Clara, por Dios...

—Que te quites de mi vista, y no me hables más, ni vuelvas a acordarte en tu vida de que tienes tal hermana en el mundo. Y tú—dijo volviéndose a Juanito:—aunque eres tan sin servir como tu padre, y aun peor que él, porque sé que hasta das limosna

a esa gentuza, canalla de Abajo, porque lo sé de muy buena tinta y por eso no te puedo ni ver, cuidado como dejas de ir a comer conmigo como todos los días, ¿estás? mira que no me faltes ¿sabes? y quedaos noramala los dos, como dos novios, babosos de todos los demonios, encerrados y habla que te habla todo el día de Dios cuan largo es, sin echar cuenta en nada, y en las cosas más muchísimo menos. En fin, que me voy a mi casa, que para eso me la dejaron mis padres, gracias a Dios.—

Doña Clara se echó sobre los hombros el chal que durante la conversación había ido escurriéndosele; limpió los residuos de lágrimas que le habían quedado entre las arrugas de las mejillas, y dando un portazo al salir de la sala, otro más fuerte en la cancela del zaguán y otro más fuerte aún en la puerta de la calle, se fué hacia su casa, maquinando venganzas de los de Abajo y madurando el modo de traer de Sevilla sin avería ni detrimento, no dos, sino cuatro velas rizadas. ¡Tuviera que ver! ¿dejarse ella arrollar por nada ni por nadie?... ¿para qué, si no, quería ella sus dineros?...



III

Abajeros y Arriberos, o como si se dijera, Capuletos y Montescos

Lo de que en la hermandad de Abajo no había, sino cuatro pelagatos, no era ni más ni menos que pura exageración de doña Clara Ibáñez, hija de lo que pudiéramos llamar su odio de raza.

Cierto que lo más cogolludo de todo el lugar, tanto por lo rancio del linaje, como por lo boyante de la hacienda, estaba en el bando de Arriba; pero tampoco faltaban en el de Abajo sus *pelentrines*, que cuando llegaba la hora de pagar su luminaria, la pagaban a toca tejas, añadiendo como ad-hala, lo mismo una cuartilla de trigo que una gallina, un chivo que media arroba de aceite, y, en último extremo, medio almud

de higos pasados, una docena de huevos, una cuarta de miel, o una *media* de aceitunas en salmuera: efectos que, por la Chata recolectados y reducidos a pasta, daban con más o menos holgura para pagar los gastos de la anual función con que el día 3 de Mayo celebraban invariablemente la fiesta de su Cruz.

También contaban, lo mismo los Arriberos que los Abajeños, con otra entrada no despreciable: la masa frita, famosísima por aquellos contornos, la de El Tomillar, que venía a rendir a cada bando pingüe ganancia por la extremada baratura de los *agredientes* y por el buen precio a que después se cotizaba. El aceite era pedido de limosna; los huevos, dados de lo mismo; la harina y la miel, idem por idem; la leña, en El Tomillar no compra nadie leña, con tantísimo pino como hay en su término y con el gallardo ejemplo que da su Municipio; la mano de obra, eso no cuesta un cuarto; total: que la masa frita sale de balde a la hermandad. Claro que el que tiene que comprarla, no la compra en el despacho contrario ni por un solo Dios verdadero. ¿Dar un ochavo un To-

millero a la «otra» hermandad?... Mirara la otra hermandad no se le cayera de la mano!

—Tía Manuela—decía yo una vez a una vieja de El Tomillar, abajera recalcitrante, pero tan abajera, como tacaña:—Tía Manuela ¿y ahora, qué almuerza usted?—su especialidad eran los almuerzos.

—¿Que qué armuerzo? po gloria.

—¿Gloria?

—Güeno: pan y pestiño.

—¡Alza, peneque! pues eso, tía Manuela, ni la reina.

—Verás, hijo, verás,—me decía:—como yo soy de Abajo y no pueo jacé ná mayormente po la hermandá, me llevo toas las mañanas ancá la Chata con mi rebaná de pan y un cuarto: le entriego er cuarto y la rebaná, y le junta poncima con er deo unas pocas 'e boronías 'e pestiños, que me saben a gloria. De moo que, con un cuarto, jago bien por la hermandá de una, ayúo ar curto, armuerzo tan guapamente y me ajorro de encencé candela y de andá quebrándome los cascós toa la mañana, qué armorzaré, qué no armorzaré: ¡cuarto más bien gastaol!...

No era sólo la Chata la que andaba en

los tejemanejes de Abajo: siempre marchaba de común acuerdo con tía María la Castaña, verdadera Juana de Arco, por así decirlo, de aquella mesnada de amazonas, más bravas y guerreras, que las tan decantadas de la antigüedad helénica.

Y como el pueblo andaluz se parece por una copla en que figure el nombre propio del que quiere ridiculizar, no faltó poeta en el lugarejo, que las pusiera en solfa con este ditirambo:

Tía Castaña fué a Güerva,
dijo a la Chata;
—Si acaso yo no vengo,
función se jaga.—
La chata dice:
—Po se jará poncima
de mis narices.—

Y a este tenor, cincuenta coplas más: inofensivas, unas; insultantes, otras; sin pizca de gracia, muchas; algunas, donosísimas; pero con gran sabor local, como ahora se dice, todas ellas. Y sinó, allá va esta con que la gente de Arriba pintaba de una pin-

celada la falta de aseo personal, nota característica de la gente de Abajo:

En la Cruz de Abajillo
navega un peine,
para que aquellas puercas
todas se peinen.
Mejón sería
que andara una toballa
mojá en legía

No contenta la gente de Arriba con estos descomedimientos contra los de Abajo, hubo quien apelara para herirlos, que lastimarlos era poco, hasta a la blasfemia: véase en prueba de ello la siguiente copla, que tiene tanto de blasfema, como de injusta:

Malhaya la Cruz de Abajo,
Malhaya quien la labró:
Ella fué quien dió la muerte
Al Divino Redentor.

La gente de Abajo no pudo más. Era menester otra copla desquite, que pusiera a los de Arriba de vuelta y media, como chupa de dómine y como no digan dueñas:

era menester, repito, volverles la tortilla, pero salpimentada, con veneno si era posible, y la Chata y tía Castaña se creyeron en el deber de no omitir sacrificio hasta obtener cumplida venganza de tal tropelía.

Una noche entera se llevaron «improvisando»; pero, por más que se devanaban los sesos, las coplas «no pegaban»; esto era desesperante, y más desesperante aún, el cruzarse de brazos y permanecer en silencio. ¿Qué hacer?... pues aparejar cada una su burra, montar en ellas (en las burras) respectivamente y encamparse en Sevilla, en busca de Pepito Muñoz, estudiante de El Tomillar, hermano de Abajo, y poeta retozón, maleante y satírico si los había, único que podía sacarlas del atolladero lírico-bélico-religioso, en que se habían metido.

Lo que pasaron aquellas criaturas en el camino, daría, desentrañado, para escribir un libro, que ni el Telémaco; pues la burra de tía Castaña, quiero decir, la en que tía Castaña iba caballera, no andaba ni por todos los santos y santas de la corte celestial, ni a los pinchazos de un alfiler de a ochavo con que su jineta le agujijaba, ni a

los tirones del cabestro, que la Chata tenía que darle cuando decía de aquí no paso y se quedaba quieta con inmovilidad de éxtasis, ni aun a los empujones que las dos se veían obligadas en ocasiones a darle en la culata.

Otro cualquiera se hubiera vuelto; pero ellas no: habían propuesto vengarse o morir en la demanda, como los paladines de los torneos y justas de los siglos medios, y volverse atrás sería desistir.—¡Adelante, Dios lo quiere!—decían como los Cruzados, con algo que es más elocuente que la palabra; y, sudando la gota gorda y enronquecidas de tanto gritar— ¡jarre burra!—llegaron por fin al día siguiente a la poética ciudad del *nomadejado*.

En la posada de *Malarma* se instalaron las burras. Almorzaron un mollete con manteca *flande* por cabeza cada expedicionaria, y a la calle, a preguntar a todo el que trepezaban si sabía «onde vivía Pepito Muñó, aunque mar pregunte».

La suerte de encontrar en la plaza de la Encarnación a una muchacha de El Tomillar que servía de cocinera en una casa de

huéspedes, solucionó el problema de la búsqueda del estudiante. La criada las *endirgó* y por fin lograron dar con el paradero del Tirteo que habían menester para el canto bélico que apetecían.

El estudiante, que era todo lo hospitalario que puede ser el que no tiene una peseta ni barruntos de ello, las recibió muy cariñoso, las oyó muy atento, se rió a mandíbula batiente de la embajada y prometió sacarlas del apuro.

—Bueno:—les dijo al fin,—lo que ustedes quieren por lo visto es una copla, que duela a los de Arriba y que sirva para volverles al cuerpo la última que os han sacado.

—Caballito amén Jesús.

—¡Tan vivo como la madre!

—Bueno: ¿tienen todavía al pie de la cruz el mundo con la serpiente enroscada?

—Tavía se lo ponen.

—Pues allá va esta copla, a ver a qué les sabe.

Al pié de la Cruz de Arriba
está el Demonio Mayor:
la nuestra es la Cruz de Cristo:
ella, la del mal Ladrón.

—¿Has oído en el mundo cosa iguá?—
decía tía Castaña a su compañera de viaje:
—¿has visto ná más *súbito*, ni más en el
clavó? Por supuesto, hijo mío;—seguía di-
ciendo al poeta—que si no llegas a Ubispo,
será porque no te dará la rear gana, que
méritos te sobran. ¡Qué dicha de madre!
¡¡qué dicha de madre!!—

Omitamos la crónica del retorno en el
que hubo las mismas peripecias, amén de
una caída de la Chata, que la hubiera deja-
do ídem para toda la vida, si ya no lo hu-
biera estado de *nacencia*; veámoslas ya en
El Tomillar y oigamos a las chiquillas de
Abajo, cantar al otro día por las calles:

Al pie de la Cruz de Arriba, etc.—

El efecto que estas demasías de unos
y de otros causaban en los otros y en los
unos, lo dejo a la consideración del piadoso
lector. Básteme decirle que la «trova» que
menos, costaba un moño: ¿qué otro resulta-
do, sinó, puede tener una riña cuerpo a
cuerpo, entre dos *energúmenas*? Copla he-
cha, ya se sabía: riña al canto y, como con-

secuencia, pelo en mano y tirones que te crió. Y esto, no ya en cada barrio, ni en cada calle, sino en cada casa y en algunas de ellas dos o tres veces al día, desde principios de Abril, en que empezaban sus preparativos los de Abajo, hasta fines de Mayo, en que acababan de quitar bártulos y chirimbolos de en medio los de Arriba.

Pero no solamente se esgrimían como arma ofensiva y defensiva la lengua y las manos. También se convertía en arma, a las veces envenenada, la indumentaria femenil. ¿Abajera que no estrenara para su Cruz? ¿Arribera que no hiciera lo propio para la suya? o no era hermana de verdad, o estaba *esmayá etrás* de una esquina. No estrenar para su respectiva Cruz era sinónimo de quitarse la *jambre a gofetás*. Y eche usted vestidos de lana de color *acituní*; apunte usted cinturones de elástico, capaces de dar la vuelta a una *jarda* de trigo y que así y todo apenas eran suficientes a abarcar los robustos talles de sus respectivas dueñas. Pues no me deje usted atrás los mitones de punto por donde asomaban dedos como chorizos, tan gordos y tan oscuros de color eran



los más de ellos; y vengan varas de encajes a real; y lazos de *similisea* o raso de algodón; y zarcillos que teñían de verde las orejas de sus amas, de lo finos que eran; y guirnaldas de flores de plata para el rodete, con pajaritas de talco sobre brincos de alambre, para que se menearan y *arrelumbraran* durante los bailoteos de delante de la Cruz; y si todo esto le parece a usted poco, eche usted y que no se derrame *abayarde* en *porvo*; y rizados del cabello, simétricos como las ondulaciones de los refregaderos para el lavado; y *rececillas* de pelo para el tupé, y agua *Conolia* para el pañuelo; y *tito lo me-jón* que haiga en *er* mundo.

A las veces se oían diálogos a esta guisa y tenor:

—¡Miala, que paece una gran princesa, y no ha comío caliente endeje que nació!

—Por que se pué y hay purmón, y la que tenga invidia, ya pué dí reventando.

—¡Invidia yo de tí, so cochambrosa, que es mesté que llegue tu Cruz, pa que te laves?

—¡Miá la que se pone a jablá de co-

chambre, y tié istierco en las orejas, pa sembrá un meloná!

—¡Grandísima esvergonzá! ¿istierco yo? ¿onde? ¡si con el aseó que a mí me sobra habría pa gorvé aseá a tí, y a tu madre, y a toa tu casta de sinvergüenzas, que seis lo más cochino de tito er pueblo! ¡Miá la que se pone a jablá de istierco, y se le pué arrancá con un azaón!

—Po arrímate a arrancarlo, si eres por vé.

—Y a limpiarte esa geta, de una patá que te erribe.

—Po anda y júrgame a un pelo.

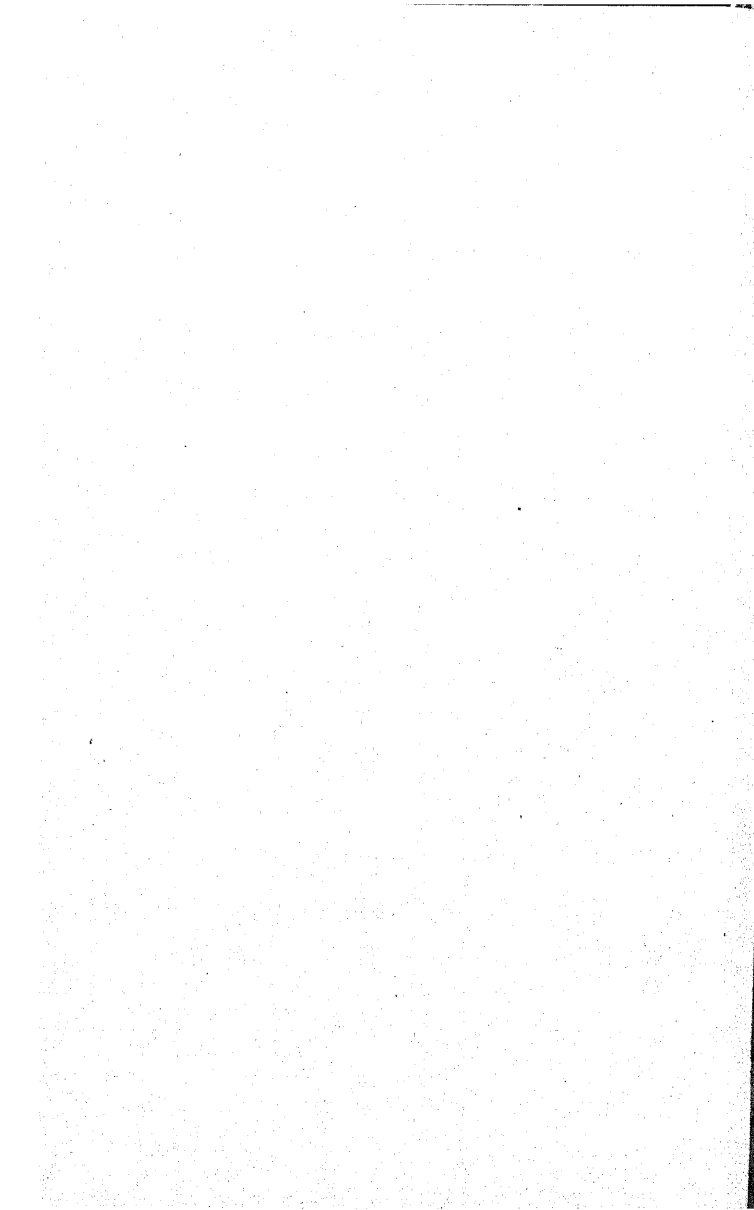
—A un pelo, no: a ese criaero e liendres que te vy a arrancá, aunque me llene e tiña pa toa la vía.

—Quien te va a arrancá a tí, pero va a sé la singüeso, soy yo, so roona; que ties más milagros que er Señó de Torrijos y no te da mieo de ponerte a urtrajá, ¡so trapalona!, ¡¡so gran....—

Y un bofetón de la otra le corta la frase; la agredida se yergue como una furia y, tras un chaparrón de bofetones, de arañazos, de

tirones de pelo, hasta de bocados, dan un revolcón a *dño* en medio del terragal de la calleja, donde se machacan, se maldicen, se mientan todo lo mentable y se hicieran pedazos, si no vinieran pacificadoras vecinas a *cepartarlas*.





IV

En que se saca a colación quién era la modista de El Tomillar

Lo que merece una visita del lector, es el taller donde se confeccionaban las galas femeniles en las vísperas de la fiesta de cada Cruz, y, como, a Dios gracias, ni el lector ni un servidor del lector tenemos que hacer otra cosa en este momento, sino lo que nos dé la realísima gana, vamos a irnos a pasar un rato a casa de doña Paca Solís.

La modista no es ella, sino Carmela su hija; pero como la casa no es de ésta, sino de la madre, dije que íbamos a irnos a casa de doña Paca.

El taller... pero antes de colarnos en el taller, séame lícito hacer la presentación de la familia de la casa y hasta un poco de historia.

Doña Paca era viuda del antepenúltimo médico de El Tomillar y llevaba doce años de viudez, con la resignación de una santa y con la noble dignidad con que soportan las personas superiores sus desventuras. Había sido muy guapa, y aunque desmejoradísima por las penas y por las escaseces, aún quedaban en su fisonomía rasgos de matrona griega, no fea, se entiende.

Su marido, que no tenía otro capital ni fortuna que su profesión, se llevó al morir, la llave de la despensa; quedando por consiguiente la pobre doña Paca y Carmela, que tendría a la sazón unos siete años, en la más triste y precaria de las situaciones.

Menos mal que les quedó la casa en que vivían, aunque no acabada de pagar del todo, y hasta unas ciento veinte fanegas de trigo en el doblado. Pero ¿qué era todo eso para acabar de pagar la casa e ir tirando toda la vida?

Doña Paca, que, como todas las personas delicadas y pundonorosas, tenía horror cervical a las trampas, realizó a los nueve días de la muerte de su marido el triguillo que le quedó. Envió a una amiga que tenía en

Cascotes, Pepita López, la esposa de don Rafael Belmonte, un velo de Chantilly que le había regalado su difunto cuando se casó, un pañolón de espuma negra bordado de grana, unos zarcillos de oro cordobeses y media docena de cubiertos de plata, para que se lo vendiera todo en Cascotes, porque le daba a ella vergüenza de hacerlo en El Tomillar, y, reuniendo entre lo uno y lo otro los seis mil reales que debía su esposo a don Agustín Ibáñez, dueño anterior de la casa, se presentó una noche en la del caballero, llevando a Carmela de una mano y en la otra un pañuelo de negro dobladillo, dentro del que llevaba, reducido a billetes de Banco, todo lo que podía ser su pan y era su más dulce recuerdo de toda su vida.

—¿Usted por aquí, señora? —le dijo don Agustín, levantándose de la butaca en que al pie de la chimenea tomaba la lección de gramática a su hijo Juanito que se preparaba entonces para el examen de ingreso:—si quería usted algo, o me necesitaba para cualquiera cosa ¿por qué no me ha mandado llamar?

—Muchas gracias, señor don Agustín:

usted, tan caballero como siempre: Dios se lo pague.

—Pues no sé por qué tenga Dios que pagar las consideraciones que guarde uno a quien se las merece.

—Muchas gracias, don Agustín, muchas gracias. Quisiera, si no soy inoportuna, hablar con usted cuatro palabras.

—Ahora mismo: pero pasemos al despacho, por si es reservado lo que trae usted.—

Y pasaron al despacho. Doña Paca y Carmela se sentaron en el sofá; don Agustín en una butaca, y Juanito que se fué con ellos, siguió de pie entre las piernas de su padre, y con el codo izquierdo sobre el hombro derecho del autor de sus días.

La viuda desdobló sobre la falda el pañuelo de enlutado dobladillo, sacó el fajo de billetes que en él llevaba y, alargándoselo a don Agustín, le dijo con una sonrisa, que parecería a cualquier buen observador una mueca de llanto:—Pues nada: que como debíamos a usted el pico de la casa, y al andar entre los papeles de Federico, me he encontrado con que tenía unos aborros, me

he dicho: lo primero es lo primero: a liquidar cuanto antes con el señor don Agustín, y a quitarme de trampas, que el que paga descansa.

—¿Y para eso nada más se ha molestado usted, señora?

—¿Y le parece a usted que la cosa no merecía la pena?

—No, señora.

—Pues yo creía que sí.

—Pues se equivoca usted de medio a medio.

—En fin; hágame usted el favor de entregarse en esto...

—¿Pero por quién me ha tomado usted a mí, señora? ¿Recibir yo esa miseria, sin hacerme falta, cuando quizás, y sin quizás, sea todo lo que tendrá usted para mientras viva en este mundo? Guarde usted esos billetes que quizás, si se esprimieran, chorrearían lágrimas; y ya que el Señor la ha visitado con la desgracia de la muerte de su marido, permítame que no aumente yo su infortunio dejándola sin el pan que a mí me sobra, gracias a Dios, y que, comprado con ese dinero, me amargaría.

—¡Don Agustín, por Dios,—decía deshecha en llanto doña Paca:—mire usted que esto es suyo, y...

—Por eso hago de ello lo que me da la gana.

—Mire usted que tiene usted un hijo...

—Mi hijo cede con mucho gusto su derecho, ¿verdad, hijo mío?

Y Juanito, abriendo mucho los negros ojazos, movió de alto abajo la cabeza en señal de asentimiento.

—Que... ¡en fin, tómelo usted, don Agustín!

—Pues no hay más que hablar. Vengan esos billetes.

—Tómelos usted.

—Pues bueno: ya usted pagó. Estamos en paz. Pero como yo, lo mismo que cada hijo de vecino, puedo hacer de lo mío lo que me dé la gana, quiero ahora regalárselos a esta niña, que me los va a pagar... dándome un beso. ¿No es verdad, hija mía?... ¡Chiquilla! ¿me has dado dos? ¡si no era más que uno! por vida de... ¡ya me perdiste! ahora va a costarme la fiesta otros seis mil reales.—

Y, levantándose y abriendo una caja de valores que había en un rincón, tomó un billete de quinientas pesetas y otro de mil y, poniéndolos en las menudas manecitas de la enlutada inocente, le dijo en tono de reconvención: —toma, y cuidado con volver a besarme, hasta que yo te lo diga; que a ese paso me vas a arruinar.—

La niña, sin saber lo que hacerse y llorando sin saber por qué el angelito, fué a mirar a doña Paca y la halló de rodillas delante de don Agustín, que al sentir en sus pies los besos de la viuda, dando un salto hacia atrás, le dijo parapetándose contra la caja: — ¡señoral! — ¿está usted loca?...

He aquí una acción y unas palabras que, a haber justicia en el mundo, merecerían una Grandeza de España de primera clase. Pero a bien que Dios es Dios, y que ni un vaso de agua fría, dado en su nombre, habrá de quedar sin recompensa.

Pero volvamos a doña Paca. Con casa en que vivir y con doce mil reales en dinero, la viuda de don Federico se dió a comerciar en granos; pero lo que sucede donde no hay hombre: que los doce mil reales se los co-

mieron éste y el otro, y que, cuando Carmela cumplió los quince años, no quedaba más que la casa y una lista de deudores que, como negar, no negaban; pero que, de pagar poco ni mucho, perdone usted por Dios.

Carmela era muy habilidosa y de un buen gusto nativo, que ya quisieran muchas modistas que disfrutaban de grande fama y clientela en las capitales: y como, por otra parte, la situación de la casa iba siendo cada vez más angustiosa, y el trabajar para comer el que de su trabajo necesita, nunca fué deshonra, compró a plazos una máquina de coser, se suscribió a un periódico de modas y abrió las puertas de su casa a toda la que quisiera ir a ella a coser bajo su dirección

Porque eso es un taller de modista en El Tomillar y en otros pueblos de su jaez y de su calaña: una sala, donde una mujer corta, hilvana y prueba, y donde hay tantas operarias, como «elegantes» van a hacerse, cortar, hilvanar y probar, para, bajo la dirección de la modista, coser cada una lo suyo, dando un real por día.

Y como el pueblo no era ningún cortijo, y, como las dos fiestas de la Santa Cruz

suponían por lo menos un vestido en cada Tomillera que no se quitara la «jambre a gofetás», nuestra Carmela podía contar con un jornalito diario de doce a trece reales, que, bien administrado por doña Paca, daba para las dos y aun para tía Mónica, antigua criada de la casa del médico, que, por haber disfrutado de los buenos tiempos de la familia, no quiso abandonarla en los de infortunio y desventura, y con el mayor desinterés y la más fiel lealtad las servía, ahora como entonces, y sin otro salario que la comida y el humilde vestido que se le compraba cuando lo había menester.

Verdad que la pobrecilla con poca cosa tenía bastante, con tal de no separarse de su Señorita y, sobre todo, de su niña. Su niña era Carmela.

—¡Qué manos las de esa criatural—so-
lía decir a cualquiera que se prestaba a es-
cuchar el panegírico:—¡si a titita la que
se las pone encima la güerve meramente
una reina! ¡Y cudiao, cudiao, que entra en
la casa cá galafate, que ni pa quitá er jipol..
¡Miá tú, Josefilla la Cacharra, escarza y ma-
choteando por esos callejones jasta antié

como el otro que dice, y ahí la tienes, que le está jaciendo un fichón (*fichú*) como a una Reina Papalatrinal ¡Po y aónde me dejas tú a la Zamba e tío Sietetostones, que es meramente una yegua marismeña, y ma-legrara que la vieras con una garibardina que le está geminando con aquellas manos, que le dicen a la nieve ¡jurrio de aquí! Po no te quió ici a Frasquilla la Zarposa, con un cuello menice (Médicis) que paece que lleva metía la cabeza en un abanaó, titito lleno de antejuelas, que paece una cosa pa la Vigen. ¡Cuando te digo yo que manos como las de esa criatura, lo que toca en er Tomillá no se han visto, endeje que Su Majestá es Su Majestá!

Y cudiao que se ha puesto bonita y juncá el ánge de Dió: ya tú sabes que cuando el ensenrollo se llevó tiñendo y estiñendo y si me voy si me queo, que jasta promezas jice y al Rocío tengo que dí andando y callá, (a ver si lo pueo cumplí): po hija, endeje que echó la rabúa afuera, ahí la tienes, tan arta como yo, que, aunque esté mar que una lo diga, siempre he tenío güen cuerpo: rubia como las candelas; blanca

como la leche; colorá como la hoja 'e la rosa; y llenita, sí señó, que está llenita y con cá cosa en su sitio.

¿Po tú ves tó esto? tito es ná pa el ánge que tiene y los moos que gasta con la madre. Como lo gana, lo entriega el arma mía, y otavía está por la primera vé, que se haiga echao encima siquiá una vara e tela nueva: cuatro trapos e la madre es tó lo que tiene: ¡y a vé si sale una a la calle en Er Tomillá que le jaga viento! To su afán es no debé y que a su madre nō le jaga farta ni sesos 'e mosquitos. En fin, que esa niña es de oro por tós cuatro costaos y que no hay hombre en er mundo que se la merezca. Por ahí andan diciendo que er Meico la quiere, pero que le paece mu poca cosa pa él. ¡Qué sé yo, hijal yo no he golío ná, y cudiao, que a mí me cuenta jasta lo que piensa de soñá, que es más otavía que lo que se ha soñao.—

Pero qué vieja tan habladora o qué novelista tan dado a digresiones—dirá el lector.—¿No íbamos al taller de la modista? —Perdóname, hermano, y entrémonos en él.

Es una sala, con ventana a la calle, baja de techo, medianeja de solería y pobre

de muebles. Lo único que vale algo es el cuadro de la Virgen del testero principal, y, si te digo, tampoco es cosa del otro jueves. Los demás cuadros, la historia del Hijo Pródigo, con gregüescos y todo lo que tú quieras. Debajo del de la Virgen, una mesa con dos bandejas de lata, de a peseta cuando más; dos floreros de los buenos tiempos de la casa, y, entre florero y florero, la fotografía de un hombre con bigotes grises: don Federico. La piedad de la hija alimenta desde que lo está ganando, una mariposa que alumbra a la Virgen, en sufragio del muerto. Triste día, el día en que no se encienda: será señal de que Carmela ha muerto, o de que no hay en la casa ni un pedazo de pan... ¡eal! basta otra vez de digresiones.

Delante de la ventana hay una máquina de coser, del sistema llamado Singer, ya que es fama que los novelistas no omitimos pormenor cuando nos ponemos a describir, y, sentada junto a ella, una muchacha como de diecisiete a veinte años, rubia, blanca y rosada como si estuviera hecha

De frescas rosas y apretada leche,

que diría el poeta; y sobre todo (y digo sobre todo, porque éste es el principal encanto físico de la mujer) limpia de rostro, de manos, de calzado y de vestido, como los chorros del oro o el ampo de la nieve.

Diseminadas por toda la pieza, habría hasta sus diez o doce muchachas, atenta cada una de ellas a la labor que traía entre manos, sin perjuicio por eso de las lenguas, que aun más que las mismas manos se movían.

El plato del día era la *rompeúra* de las velas de los de Arriba; y, como todas las que a la sazón había en la pieza eran de Abajo, era de ver la zambra que traían armada, y de oír los elogios que se prodigaban al bárbaro de tío Cachomenos por su brutal fechoría.

—Asina; pa que rabien esas orgullosas, que tién más jumos que el jorno 'e ladrillos—decía una de ellas, morena y menuda como una haba tostada, que cosía unas gasas celeste turquesa en una chaquetilla color de rosa fuerte que pensaba estrenar en el Romerito.

—Como si no supiera cá una quién es

cá. una—replicaba otra, que pegaba unos galones de lantejuelas multicolores sobre una infame falda de percal color de mahón con lunares negros.

—Ya lo creo: si acá tuviéamos una doña Clara, como tienen ellos!... lo que tiene es que semos cuatro pobres y un gitano y asina y tó no son tres dioses:—decía una gordinflona, que siempre que se acorselaba, tenía que vomitar, quieras que no, y que a pesar de ello, decía a la modista que a la sazón le entallaba una bata de sedalina gris, con solapas de terciopelo verde Nilo—si quiés, me apreto más. Pero lo peó que tienen —seguía diciendo el auditorio—es que no escarmientan, y cudiao que le himos jecho cosas. ¿Se acordáis del año pasao, cuando mi papa le dió la puñalá a la tambora 'e la música y no gorvió a soná en toa la proce-sión y lo metieron empresó y tó?

¿Po y el año que le dieron los muchachos de acá la soba ar tío de los fuegos pa mojárselos en el arroyo y aluego, hermanita, no ardían ni par Pastó?

—Po no te quió acá—exclamaba una chata pelinegra, bigotuda y bisoja, que se

probaba una gola de encaje crema con terciopelo azul-Prusia,—po no te quicé icí el año de los ratones, cuando mi Grabié y el Nene de la Pechuga estaparon en la Ilesia un costá, llenito jasta la boca. Y que no corrían ná las arriberas, ¡pa qué!: na más que hubo argunas que se subieron jasta er púrbito. Deja que nos saquen coplas: que a bien que nosotras le jacemos pasá más que er Señó en Lepe, que ha pasao tititos los jigos que se han pasao, endeje que Lepe es Lepe.

—Po lo que más rabia me da a mí—decía una rubia que parecía una ciruela blanquilla—es que venga tos los años la función de ellos en los papeles y que de la nuestra no digan ná. ¡Miá que saberse en Sevilla jasta cómo se llaman los hermanos que van al refresco; y las niñas del arcarde, más feas que un voto a Dios en viernes Santo, puestas de bellas y de espirituales, sin haber oío más misa que la der día de su Cruz, y eso, pa lucí los cuatro trapos que el reladronazo de su padre les roba por esos cabirdos y por esos propios, que erriba más pinos que un juracán!...

—¡Eh, alto ahí!—decía Carmela cuando alguna, como ésta, se extralimitaba:—cuidadito con la lengua, que yo no quiero que en mi casa se le ofenda a nadie.

—Güeno, mujé: no te infaes —decía cualquiera otra que quería mediar—pero es mucha causaliá que de ellos se sepa tó con sus pelos y señales, y que de nosotros no digan ni po ahí te pudras, ¡ni vajío, vamos!--

Y, contada la historia de la modista, visto el taller y oídas las operarias, pido al lector permiso para hacer punto, encender un cigarro y abrir otro capítulo.



V

**En que se hace por demostrar que el amor,
aunque lo pintan ciego, sabe de cuentas, y que
para sentenciar en un pleito es necesario
oir a ambas partes**

Veinticinco o veintiseis años, a todo tirar, tendría el médico de la villa, don Juan Pérez, quien, a decir de la habladora tía Mónica, gustaba de Carmela, aunque le parecía poca cosa.

Era el mozo buen ídem. Yo no sé quién se lo habría dicho: pero lo cierto de ello era que él lo sabía y que no disimulaba la profunda convicción que de su indiscutible hermosura había llegado a adquirir.

Aunque esto, el alardear de hermosura, sea suficiente a acreditar de tonto a cualquier hombre, nuestro galeno no tenía un

pelo de aquéllo; quiero decir, de tonto. Y si no, allá va un estudio acerca de su manera de pensar sobre algunos particulares.

El valía, pusiéramos por caso, diez. Pues bien: estos diez que él valía, podían administrarse bien, o administrarse mal. Administrados malamente, nunca pasarían de diez, si es que no se mermaban; mientras, administrados con cordura y explotados con habilidad calculadora, podían resolverse en ciento, en mil, en miles de miles... ¿quién sabía lo que podía dar de sí un buen mozo bien administrado?

Porque, para que el lector se entere, la cuestión del médico de El Tomillar era cuestión de «casaca». Más claro, y dejándonos de perifrasis y hablando llanamente y a la buena de Dios: nuestro buen don Juan podía casarse, lo mismo con una pobre, que con una rica; o sea administrarse mal, o administrarse bien.

Si lo primero, jamás podría ser, tener, ni valer, sino lo poco que da de sí la noble profesión de médico en pueblos del jaez e importancia de El Tomillar; así como, casándose con una acaudalada, ya de El To-

millar, ya de cualquier otro pueblo de los circunvecinos, podría, además de los rendimientos de su profesión, tener, poseer y disfrutar lo mucho, o poco, (es decir: lo poco, no: porque entonces estábamos en el caso de arriba) tener, poseer y disfrutar lo mucho o muchísimo que su futura aportara al matrimonio, ora desde el primer día, para lo cual el médico la preferiría ya heredada, ora el día de mañana, cuando el Señor en su misericordia infinita se la dejara huérfana de padre y madre. En este caso, le gustaría más hija única, porque de gusto no hay nada escrito.

Por eso, aunque le placía, sobre todas las mujeres que él había conocido en su vida, Carmela Morán, que este era el apellido de la modista, la reservaba, sin embargo, para cuando le tocara el premio gordo de la lotería de Navidad, que es para cuando reservamos los españoles el realizar todos los sueños irrealizables. La reservaba, repito, para entonces (si le cogía soltero) y entretanto enderezaba la proa de su bajel hacia otra beldad tomillera, Pepita Albuquerque, que, si no tan bella como la huérfana de don

Federico, no era despreciable, y, por añadidura, (aquí la añadidura era lo principal) tenía un *jarafe*, de lo mejor del término; un molino de aceite (y al médico se le llenaba la boca del alma); una dehesa, para volverse loco (y el doctor sentía vértigos); y una madre (no se alarme el lector) con un pie en la sepultura y una fama de coleccionista de onzas de oro... ¡digol.., ¡de onzas de oro! y para él, que no había sido en su vida dueño de otras onzas que las de queso que le compraban en su casa para mandarlo a la escuela,.. cuando se las podían comprar) coleccionista de onzas de oro, que... y al llegar a este punto los ojos del «enamorado» se encandilaban, se le pegaba la lengua al paladar y hasta maldecía la hora en que había dado a entender a cuatro amigos, recién llegado a El Tomillar, que le gustaba Carmela: *jarafe*, molino, dehesa, onzas de oro, que, por arte de birlibirloque, podían el día de mañana ser suyos, sin más que dar su nombre y su mano de esposo a Pepita de Albuquerque, administrándose bien y prescindiendo de Carmela, casarse con la cual no sería otra cosa, que tirarse a los perros.

Pero con no mirar a derechas a la interesada de allí en adelante, aunque ¡lo que son las cosas! se le iban los ojos tras ella; con no mirarla, para quitarle de la cabeza los muñecos que pudiera tener, y con confesar paladinamente en la puerta del... casino, llamémosle así, que Carmela le era lo más indiferente de la creación y que no sabía él dónde tenía los ojos cuando había dicho que le gustaba, creía el inocente de Dios que reparaba su pasada debilidad por la modista y se hacía merecedor de que Pepita Alburquerque le entregara las llaves de su albedrío, y, por ende, su señora madre (la de Pepita) las del *chinchal* de las onzas de oro. ¡De las onzas de oro! Y el bueno de don Juan Pérez se relamía de gusto.

Y saboreando de antemano el placer de ser rico-consorte, y sumergiéndose en lo que pudiera llamarse la voluptuosidad de ese placer, se encargaba a Sevilla un terno cada estación y un sombrero o unas botas cada quincena; y, ya que no sombreros ni botas, una corbata o un bastón, un repuesto de puños y de tirillas de todos los colores; una remesa de calcetines, también

de colores distintos para que fuese notada la variación... algo, en fin, que añadiera un nuevo encanto a los innumerables que le otorgó natura a manos llenas, y que fuese una nueva, tan muda, como elocuente solicitud al corazón de Pepita y a las onzas de oro. Y el «discípulo de Hipócrates» tornaba a relamerse.

Pero, como para sentenciar un pleito hay que oír a ambas partes, permíteme Pepita Albuquerque, si me entro en su tocador la víspera de la Cruz de Abajo y la someto a este interrogatorio.

—¿Vas al Romerito esta tarde?

—Al mismo Romerito, no, porque no soy de Abajo, pero a la puerta de Curra Pando a verlo entrar, desde luego voy.

—E irás muy compuesta ¿verdad?

—Con todo lo bueno, no: pero compuesta, sí.

—¿Y qué piensas ponerte?

—Pues este traje de serrana que me ha hecho Carmela y que, dicho sea de paso, me sienta muy bien. ¿Ve usted? la falda, de seda listada de azul y blanco, como las valverdeñas; el corpiño, de terciopelo carmesí,

con la mar de requilorios en las bocamangas, y luego este pañuelo de Manila al talle y todos estos corales para el cuello, para las orejas y para el pelo: mire usted qué delantal más cuco, qué medias de cuchilla más lindas y qué zapatitos encintados los que voy a estrenar. ¡Milagrito será que se presente ninguna como yo!

—¿Y todo eso... ¡la verdad, Pepital, es solamente por la Santa Cruz de Cristo, o tiene alguna parte en ello la cruz... del matrimonio?

—¡Hija, qué preguntones son los novelistas y qué reteimprudentes!

—Dilo, mujer, sé franca: después de todo ¿qué tiene de particular ni de extraño que una muchacha, devota de la Santa Cruz de Abajo o de la de Arriba, lleve su fervor religioso a ser devotísima de esa otra santa cruz del matrimonio? ¿Eres devota de esta cruz? ¿sí, o no?

—Sí señor, ¿por qué negarlo?, lo soy.

—¿Lo ves tú? ¡si lo sabría yo! Pero no te pongas colorada por eso, que no se trata de ningún crimen. Conque quedamos en que la cruz del matrimonio no te horripila ¿verdad?

—Hasta este momento y en buena hora lo diga, no.

—Y vamos a ver, Pepita: y a que estás hoy de hoja y tan franca conmigo ¿se puede saber, a quién querrías tú... (no sé cómo decírtelo en metáfora) a quién querrías de.... Mayordomo de esa cruz?

—¿Vaya que se da usted modo y traza de enterarse de todo?

—Dímelo, tonta.

—No: que me da muchísima vergüenza.

—Bueno: pues para que no te cueste tanto como decírmelo a boca de jarro, ve diciéndome solamente sí o no, como Cristo nos enseña, a lo que yo te fuere preguntando. ¿Vive en El Tomillar?

—Sí, señor.

—Supongo que no será un campesino.

—No, señor; no lo es.

—Sino hombre de carrera y de posición desahogada.

—Sí, señor.

—Y próximamente de tu edad.

—Algo mayor que yo, pero poco.

—Y guapo.

—Por lo menos a mí me lo parece; es decir, que me parece, nó; sino que lo es.

—¿Muy guapo, muy guapo?

—Que empaña la vista.

—¿Y se llama...

—¿Pero no me dijo usted que yo no tenía que decir, sino que sí o que nó?

—Pero como tú has roto la consigna y has dicho otras cosas que no entraban en lo tratado... en fin: seguiré interrogándote de tal manera, que no tengas que decir sino que sí o que nó: ¿Se llama... se llama... don Juan?

—Sí, señor, ese es su nombre.

—¿Pérez?

—¡Un cuerno retorcido!

—Pero ven acá, mujer, que eso es romper nuevamente la consigna. No es el médico, don Juan Pérez ¿verdad?

—Nó, nó y mil veces nó.

—Entonces ¿qué don Juan?... ¡ah! ¡ya, sí! ¡Juanito Ibáñez! ¡tu primo!

—¡Ajajá! el mismo que viste y calza: la flor y nata de España entera.

—Cuidado con la consigna otra vez: ¿Y te ha dicho alguna cosa?

—Más que pelos tengo.

—¿Y cómo es que no estáis en relaciones?

—Porque es un mariposón de todos los demonios, que, cuantas veo, tantas quiero.

—Y ahora, en la actualidad, ¿a qué altura os encontráis?

—¡Pschs!... ni *fú* ni *fá*: y para hacer por traerlo al buen camino, era lo del vestido de serrana.

—¿Pues quién es la que ahora está en el candelero?

—Pues entre Celia Valdés, Merceditas Gil y Carlota la del Abogado anda la bola: por lo menos él no sale de casa de la última, y según ella cuenta...

—¿Y será cosa que lo *engatuse*?

—Todo es posible, aunque creo que no. El tiene talento, y no hará disparatón semejante.

—¿Disparatón, por qué?

—Porque sí, porque como dice tía Clara, la única que pega en todo El Tomillar con él soy yo.

—Según eso, doña Clara está por tí.

—Tuviera que ver que no: de la familia, prima hermana de mi padre... Si fuera por ella, ya estaríamos casado más de cuanto ha.

—Pues mira, nunca es tarde si la dicha es buena.

—Tras eso ando... tras eso ando.

—¿Entonces, lo del médico...?

—Ese, que se case con Carmela, que, después de todo, es una muchacha monísima...

—Si dice él que quien le gusta eres tú.

—Lo que le gusta a ese... caballero, son las onzas de oro de mi madre. Que se case con un *portamonea*, como decía el gitano, y que me deje en paz a ver si San Antonio bendito me otorga la gracia que deseo alcanzar, como dice el libro de la novena.

—¿Haces con mucha frecuencia la novena del Santo?

—Como que le acabo una y le empiezo otra: y, si son los trece martes.... ¿querrá usted creer, señor novelista, que cuando cojo el libro, me leo hasta el índice? Pero en fin: ya que he sido tan explícita y franca con usted, contándoselo todo como si fuera

mi confesor, no vaya usted a hacerme la mala pasada de espolvorearlo por ahí, que ustedes los novelistas no son de fiar en cuestión de secretos. Conque cuidadito con la lengua, por Dios.

—Descuida, mujer.

—Y con efecto...



VI

En que se proyecta otro vestido de serrana y se le suelta a Juanito «la inconveniencia»

¡El demonio, el demonio en carne mortal, ni más ni menos, era la condenadísima tía Mónica! ¡Mira que haber salido *escascardo* por todo el pueblo que su niña le había jecho a Pepita Arburquerque un vestío 'e serrana pa estrenarlo la víspera de la Cruz de Abajo, pa la entrá 'er Romerito, y que si de sea a listas la nagua, y que si de terciopelo coló de guinda er jubón, y que si de raso negro er delantá, y que si cordones granas jaciendo calas 'e tostón por toa la lantera, y que si patatín y que si patatán!...

¡Y que fué a buena parte con la música! ¡nada menos que a la Escarza, la mandadera de la casa del Abogado, que, con

ese vanamente pueril, por no llamarlo estúpido, orgullo de ciertos criados o dependientes de algunas casas, que creen cosa suya el prestigio, grandezas y relumbrones de sus amos, tenía puestos los ojos y los cinco sentidos en el esplendor de su *ita* Carlota, y que no podía consentir, aunque la aborreciera, que «naide en er mundo le echara la pata ni en tanto asina».

De aquí que en cuanto la oyente de tía Mónica llegó a la casa de su amo, llamó aparte a la *ita* Carlota, y, respirando llamas, le hizo el *carnet* del traje confeccionado en el taller de Carmela para Pepita Albuquerque. Y, como la *ita* de la Escarza tenía entre ceja y ceja a la Albuquerque, máxime desde que había echado el ojo a Juanito Ibáñez para yerno del Abogado, mandó llamar a Carmela la antevíspera de la Cruz de Abajo, que fué cuando lo supo, para que, dejándolo todo de la mano, le hiciera con la velocidad del pensamiento, porque no había tiempo que perder, un traje que se le había «ocurrido». Un vestido de serrana.

De más comprendió Carmela de dónde le había venido a Carlota su «ocurrencia»;

pues, sobre saber que era naturalmente antojadiza, conocía la malquerencia de ésta a la Alburquerque, porque, más rica que ella, tenía más medios a la mano para lucir y llamar la atención, no ya sólo al montón de hombres y mujeres de El Tomillar, sino a Juanito Ibáñez, manzana sabrosísima, que habría de llevarse, si no la más hermosa, como la que sembró la discordia entre Venus y Juno, a lo menos la que más y mejor hiciera por llevársela.

—Mira, Carlota—le decía Carmela que había acudido a su llamamiento y que al ver a Juanito Ibáñez que se levantaba al entrar ella, se había puesto más colorada que un tomate, de tantísima vergüenza como le dió, de que un señorón tan alto se molestara por una infeliz como ella.—Mira, Carlota, que no es posible en tan poco tiempo hacer lo que tú quieres. Lo primero, la tela ¿a dónde nos vamos por seda listada?

—La tela la tengo yo aquí—respondió Carlota, entrándose en una sala de la que salió al poco tiempo, agitando, como si le sacudiera el polvo, o le «desperezara» las arrugas, un vestido anticuado de las moce-

dades de su mamá:—¿ves? con quitarle los volantes y meterle estos dos paños, se nos queda una falda de serrana que ni buscada con un candil. Pues verás:—y volvió a entrar en la sala, donde se oyó ruido de cajones y de donde tornó a salir con una manteleta de terciopelo color de pasa de la fecha del vestido:—¿no podrá salir de aquí el corpiño? porque lo quiero de terciopelo precisamente y ya no hay tiempo de mandar por él a Sevilla, que si no, eso sería lo de menos.

—¡A ver!... Con trabajillo, con trabajillo, si llega a salir; y para eso con las mangas añadidas. Como que está al sesgo toda a tela.

—Bueno: sea como sea, ello es que es necesario que salga; porque lo que toca yo pienso estrenarlo mañana por la tarde por encima del mundo.

—Pero vamos a ver, Carlota—le dijo la modista en tono de amistosa reconvencción:—¿por qué te ha entrado ese avenate tan a última hora?

—El por qué—le respondió la hija del Abogado con brusquedad—no te importa: lo que te importa a tí es ver si puedes ga-

narte lo que se te ofrece a ganar, y punto en boca.—

Carmela, que se sintió humillada, se puso más encendida que cuando entró; pero haciendo por dominarse, le respondió con la posible suavidad:—¿Por qué lo dirá una?... ¿Me amargaré a mí ganarme un duro, cuando de eso vivo?... por eso, cuando te digo que no puedo ahora ¿por qué será?... Mira... ¿por qué no lo dejas para la otra Cruz?...

—Sí: para cuando lo tengan hasta los perros. Nada, que me lo tienes que hacer para ahora que quieras que nó: para algo somos amigas.

—Pues yo, hija mía, ya te lo he dicho: ahora me es imposible.

—Pero ¿por qué?... ¿no está ya aquí la tela?

—Pues hija, porque tengo la casa llena de gente y sin poder dar abasto a probar, cuanto más a coser. Figúrate: ¡cuando he puesto a mi madre a trabajar en el vestido que le estoy haciendo a Merceditas Gill!... Tres noches, tres noches, como quien no dice nada, llevamos ya las dos sin apenas pegar los ojos. Lo de menos sería lle-

varnos otra más en vela por darte gusto, porque en esto no veo yó la marchanta, sino la amiga: pero lo peor de la cosa es que ya no queda más que una noche, y esa la necesito yo entera y plena, para...

—Para pelar la pava con el médico.

—¿Pelar la pava yo?—replicó la modista con todos los colores del arco iris en la cara—¿pelar la pava yo? ¿yo? ¿y con el médico?... ¡no, hija mía! al médico le parece muy poca cosa... hasta la hija del Abogado vivo, cuanto más la pobre hija del médico muerto. Descuida, que ni él me quiere a mí, ni yo lo quiero a él.

—¿Porqué no quiere el perro pan?—se puso a decir entre agrías carcajadas de despecho la iracunda Carlota:—¿por qué no quiere el perro pan?... ¡porque no se lo dan!

—Mira, Carlota,—le respondió Carmela, poniendose de pie, con la noble majestad de una reina:—Yo he venido a tu casa, a ver si podía servir a una amiga, no a recoger insultos en pago de mi buena voluntad: quédate tú en tu casa, que yo me voy a la mía, a trabajar honradamente para mi ma-

dre y para mí, no ha darle conversación a éste ni al otro.

—¡Con que no hubieras venido...

—En fin; queden ustedes con Dios; y usted dispense, señor don Juan.

—Vaya usted con Dios, señorita.—

Y cuando la modista hubo estado en la calle, la rabiosa Carlota recogió del suelo las añejas galas de mamá, que despedían ese olor a ratones, peculiar de las telas largo tiempo guardadas. Se fué con ellas hacia la sala de donde las había sacado, y, cambiando de intención a la mitad del camino puso la talma sobre una silla, rebuscó unas tijeras dentro de una cesta de costura, tornó a sentarse junto a Juanito, y tendiéndose la falda sobre la suya propia, empezó a descoserle los volantes tableados, que desde la cinturilla hasta el borde inferior la cubrían por completo.

—Pero lo que ha dicho Carmela—hubo de decirle Juanito Ibáñez—es la pura verdad. ¡Te entran unos avenates! ¡Cuidado con la precisión de estrenar mañana mismo un traje de serranal

—Mira, Juanito: tú no sabes de la misa

la media ¿estás? Lo de menos es el vestido. Lo de más es el prurito que tienen algunas en humillarme: pero lo que es en esta ocasión, se llevan chasco. ¿Cree tú que no poder Carmela dedicarme ni media hora es a humo de pajas?

—Mujer, yo la creo sincera: y sobre todo, que a nadie le amarga ganarse un duro.

—Lo de la sinceridad es discutible. Lo de ganarse un duro... quizás le tenga más cuenta no ganárselo conmigo.

—Créete que no te entiendo, nena.

—Pues te pondré en antecedentes para que entiendas. Sé, y de muy buena tinta, que tu prima Pepita se ha hecho un vestido de serrana, para estrenarlo mañana en la entrada del Romerito ¿estás? Vé atando cabos. Sé, y de muy buena tinta, que se lo ha hecho Carmela a las escondidas y con la condición de no hacer otro, hasta que la muy orgullosa lo haya lucido.. para lo cual, y para que te enteres y sigas atando cabos, no solamente le ha pagado la hechura, dándole el doble que por otro cualquiera, sino que le ha prometido pagarle tantas hechuras, como vestidos de serrana deje de hacer,

sobre todo si soy yo la que se lo encarga ¿estás? Y porque sé todo esto, y porque es ella muy poco, pero muy poco, a pesar de sus dineros, para arrollarme a mí, se me ha puesto en el moño lo de estrenar mañana antes que ella el vestido de serrana: porque no me disgusta que me digan don Martín, sino con el retintín ¿estás?

—¡Chismecillos de mujeres y tonterías!

—¿Tonterías? . . De las aguas mansas librenos Dios: no, hijo, nada de lo que discorra tu primita, sobre todo en asuntos relacionados contigo, es tontería, sino cálculo e intención. Más intención que un toro tiene la cosa.

—Oye, Carlota; ¿y qué tengo yo que ver con los vestidos de serrana, ni de no serrana, de mi prima?

—Ahí es nada lo del ojo, y lo llevaba en la mano: ¡pues lo que tiene que ver la procesión del Corpus con las colgaduras de las calles! ¿Crees tú que si no estuvieras tú en El Tomillar este año, le iban a entrar a tu prima, furibunda Arribera, esas ganas de vestirse para ir a la entrada del Romerito de Abajo? Lo que tiene es que te vé un poco

frío y retirado de ella, y más que retirado de ella, aproximado a mí; y, como se le estarán haciendo los dedos huéspedes y pensará que con vestirse de mamarracho te echa una nueva solicitud, ahí tienes ya la madre del cordero y el por qué de todas esas cosas que tú no entendías, inocentito de Dios.

—Bueno; pues demos de barato que lo de su vestido de serrana sea por mí: conformes: pero ¿qué le importa a ella que se vistan las demás, o que te vistas tú, aunque sea de... cosaco?

--Mira, Juan: o eres tonto o quieres hacerte. Fatiga me da entrar en explicaciones de cierta clase; pero, puesto que me tiras de la lengua, allá va. ¿Crees tú que por todo El Tomillar no se dice que no sales de aquí, y ¡para que te enteres, aunque me da mucha vergüenza de decírtelo! que estamos en relaciones?--

—Gesto de sorpresa en el galán, que no había pensado en toda su vida en semejante cosa.

—Pues sí, hijo mío, esa es la voz que corre; tanto, que hasta mi mismo padre me ha preguntado que qué es lo que hay. Y lo

que yo he dicho: hasta el presente, nada entre dos platos: que parece que yo no le disgusto a él y que él no me disgusta a mí.—

Juanito Ibáñez, que no deja de tener vergüenza, está más colorado que una colegiala al primer requiebro.

La *lagartona* del Abogado, sin darse por entendida del aturrullamiento del galán, lía un volante que ya ha despegado, y empieza a despegar otro, diciendo de camino: —¡Y claro, como ella, tu prima digo, te estará contando ya entre los muertos; mira tú que tonta, cuando «todavía» no hay entre nosotros nada; como ella, repito, te estará contando ya entre los muertos, porque lo menos que creará es que vas a pedirme esta noche para tomarnos los dichos la semana que viene, de ahí el vestido de serrana, a ver si te resuta.

—Mira, Carlota: bueno está lo bueno. Lo primero, que no encuentro a mi prima tan necia, que se ponga a pagar a su modista los vestidos que deje de hacer a esta ni a la otra, y lo segundo, que me conoce perfectamente y sabe que no son los moños lo que a mí me llama la atención en la mujer.

A mí me gustan las perchas ¿estás? y una percha a mi gusto es lo que ando buscando; lo de los colgajos es lo de menos.

—Pues Dios quiera que la encuentres... ¡la percha dígol... y que no te arrepientas.

—Como llegue a encontrar la percha «mía», descuida que no me arrepentiré. Sin embargo, muchas gracias por tu buen deseo.

—No hay por qué darlas.—Y Carlota dió tal tirón del volante que descosía, que, como la tela estuviese un tantico pasada, hizo en uno de los paños un *uno* de una *tercia*, que no siempre han de ser *sietes* las figuras aritméticas que hagan las roturas.



VII

Que es una lástima que no se lea, porque entonces no va a poder decirse con verdad que se ha leído toda la obra.

Y, como cuando a una mujer se le pone en el moño hacer alguna cosa, o la hace o revienta, Carlota, que no quería reventar, siguió toda aquella tarde y toda aquella noche (y, si no toda, gran parte de ella) y toda la mañana siguiente, enredada en el vestido de serrana «que se le había ocurrido», ayudada de la Escarza, que también tenía sus humos de modista, y de la otra criada de la casa, que no tenía otros humos que los de la cocina, que, muy medianamente por cierto, hacía por desempeñar.

¡Valiérale Dios y qué respunteada estaba la falda, después de despegados todos

los volantes, todos los lazos y todos los demás perendengues que la adornaran! ¡Nadal! ¡lo dicho! ¡que aquel vestido no estaba para de día! Y cuidado que lo de la rotura era lo de menos, porque afortunadamente podía muy bien tapparla el delantal, complemento indispensable del atavío: lo peor era tantísima puntada como la taladraba de arriba abajo, y que ni los estirones de Carlota, ni los plancheos de la Escarza, ni los refregones de uña de la otra «oficiala» lograban en manera alguna disimular. Pues nada: quería decir que no se lo pondría hasta por la noche, hora en que todos los gatos eran pardos. Pero la cosa era que, si ella lo estrenaba por la noche, ya Pepita Albuquerque llevaría dos o tres horas de lucir el suyo; pero el suyo, nuevo... el suyo, crujiente... el suyo, en fin, que resultaría a los ojos de todo El Tomillar el original auténtico, y del que el suyo (el de Carlota) vendría a parecer tardía y averiada caricatura... ¡Ah! ¿por qué no habría en El Tomillar tiendas como las de Sevilla, atestadas de sedas y de terciopelos, de encajes y de todo lo que en un caso de apuro fuera menester? ¡Mirásemos

que no poder comprarse en aquel confiscado pueblo sino percales a real, lienzo moreno y otros yerbajos, que ni siquiera yerbas podían llamarse! En fin, que ella no se ponía aquel adefesio aunque se lo mandaran de medicina. Por tanto, a recogerlo todo, con los peores modos posibles por supuesto, a despedir a las dos ayudantas, a encerrarse en la sala, y por primera providencia, darse a sus solas un buen hartón de llorar...

¡Qué pena, el que no fuera ella la *percha* que Juanito Ibáñez andaba buscando! ¡Y que no lo había dicho él muy por lo claro!... ¡Y cuidado que ella le había tendido el capote a ver si se arrancaba, que era un primor!... ¡Pues como si se lo hubiera hecho a una esquinal ¡suerte más arrastrada! . .

¿Y quién llevaría más trazas de «cristalizar» en percha de Juanito Ibáñez?... Ella desde luego nó. ¡Pepita Alburquerque! ¡un cuerno retorcido, por no decir otra cosa que olierá peor, para ella, para su tía Clara y para todo el que apoyara su candidatura! ¡Merceditas Gil?... ¡tampoco!... ¡la hija de un tendero oliendo a jabón blando, a bacalao, a pimiento molido y a sardinas aren-

ques! Mejor que se lo llevara Pepita, que siquiera era «de clase» y quedaba el recurso de decir que se lo había llevado porque era rica. ¡Celia Valdés, la de Villafadrique, cuyo padre era uña y carne de don Agustín, rico como él, como él linajudo y como él rumboso y caballero?... ésta sí que formaba buena pareja con Juanito. Pero ¿no era una lástima, un *contradiós*, consentir que una forastera se lo llevara? ¡Si se imponía ella, Carlota! ¡si era de clavo pasado!... ¡En fin, que era una majadería amilanarse por una mera repulsa, quizás aparente, y cruzarse de brazos y dejárselo ir! Por tanto, ya que no en el vestido de serrana, era menester pensar en algún otro colgajo llamativo para aquella tarde; a ver si lo llamativo del colgajo hacía a aquel condenado niño fijarse en la percha. A ver el ropero... Cabalmente no la había visto Juanito con el traje rosa. Pues nada: el traje rosa desde luego y grandes grupos de rosas musgo en la cabeza y en el pecho...

¡Pero mirásemos que haberlo llamado para comprometerlo a que la llevara al Romerito a ancas de su potro Lucero y habersele dejado ir, sin siquiera haber planteado

la cuestión! La chocantona de Carmela tuvo la culpa, con haberla destemplado como la destempló con su negativa, y con haber dado lugar a que el otro la hubiese puesto de loca o de poco menos, por lo del avenante del vestido de serranal...

¿Volvería por allí Juanito antes de la tarde? De volver, ¿debería ella decirle por lo claro que la llevara, o convendría más aguardar a que él se lo dijera? Lo segundo desde luego era más decente; pero lo otro, lo primero, más práctico, más eficaz. ¡Y que no les habría de dar mucha rabia a Pepita Albuquerque, a Celia Valdés y a Mercedes Gil, al verla a ella entrar del Romerito a las ancas del potro del bizarro galán; ella, con su traje rosa, y él, con su marsellés de paño gris, con coderas, solapas y recortes de paño negro, ceñido el talle con la faja de espuma blanca bordada de mariposas, pajarracos y flores de colores mil, y destacándose su virilmente hermosísima cabeza del blanco nimbo de las redondas alas de su sombrero!

¡Hasta allí un moreno salado el que tenían las mejillas de Juanito Ibáñez! Moreno

que, si bien se acentuaba, merced al gris perla de las alas del sombrero, se desvirtuaba en cambio, pero adquiriendo una suavidad encantadora, al contrastar con la intensa negrura del barbuquejo que, desde los castaños «tufos» hasta la puntiaguda perilla, de arriba abajo se las atravesaba! Cuidado que estaba guapísimo cuando se ponía de levita: pero de ropa corta... era... ¡que era materialmente el disloque!

Pues ¡y la maestría con que jugaba con el caballo, ora haciéndole arrodillarse delante de la cruz, hasta llegar con el húmedo belfo a la arena, ora haciéndole encabritarse y girar sobre los cuartos traseros con limpieza de acróbata? ¡Arrastrado, y qué pinturero y qué regarbooso se ponía sobre el caballo! ¡Lo mismito que el médico, que jamás se había montado más que en la burre de tío Pílonga, y para eso, llevando tantas caídas como ascensiones!

Y no: no quería ella decir por eso que el médico no le gustara: ¡librálala Dios! sino que donde rayaba Juanito Ibáñez, ni el médico ni el protomedicato. Por lo demás, ya se diera ella por satisfecha con que, a

falta del «pan» Juanito, le deparara el Señor las «tortas» médico: pero antes que ella, estaba Pepita Alburquerque y... sí señor, y aunque el médico lo disimulara o hiciera por disimularlo: antes que ella y que Pepita misma, estaba la gatita muerta... la mansuerrona Carmela.

Ahora bien: que aquello (lo de Carmela) no sería nunca nada, porque el Médico quería dineros y Carmela no tenía más que sus tijeras y su aguja; conformes: pero eso no obstaba a que antes que ella (Carlota) entraran en la lista del doctor dos enemigas formidables: una, rica; muy rica: y otra ... muy mona, sí señor, muy mona y muy buena. Ahora que no la oía nadie era menester decirlo: una muchacha muy bonita ¡la más bonita de El Tomillar! y muy buena y muy mujercita de su casa, aunque... la había dejado a ella sin el traje de serrana que se le había «ocurrido».

Pero a bien que tenía ella un traje rosa que daba el opio, y sobre todo, que el que no se consolaba era porque no quería: y era una majadería solemnísimas eso de aperrear-se por quitame allá esas pajas. Por consi-

guiente, a sacarlo del ropero, (el vestido rosa); a colgar la chaqueta en el espaldar de una silla para que perdiera las arrugas, y a empezar a peinarse, porque la hora del Romerito se venía encima: ¡digo, las tres!...



VIII

El Romerito

Porque en esto sonaron en el reloj de El Tomillar las tres de la tarde, y con la última campanada del reloj los preludios del repique «general» con que las tres campanas de la torre saludaban por segunda vez aquel día la cercana fiesta de la Cruz de Abajo.

El sacristán, que era Abajero de los más denodados, volteaba de manera furibunda «la tan» mientras sus dos chiquillones hacían lo propio con «la ten» y «la tin» (que así se conocían en el pueblo las tres campanas, respectivamente) produciendo entre las tres un repique vertiginoso y bullanguero, que semejaba un tropel de carcajadas de alegría.

«¡Asinal ¡pa que rabiaran la Camarera

y toa la gente de Arribal ¡Po nó, que nó! Tuviá que vé que él no repicara pa su Cruz, si era mesté, jasta con su cabeza por badajo! ¡Y que no había aquel año muchos motivos de fantasía! ¡figurárase el lector! unas bandas nuevas pa la Santa Cruz, dos tamborí, y una música de sordaos! ¿Cojetes? más 'e cinco ocenas se pensaban dispará pa la entrá del Romerito aquella noche, y a la otra, durante la procesión, echara usté y no se erramaral!»

Y el sacristán sentía en sus músculos potencia de gigante... El entusiasmo «sagrado» de cien generaciones de Abajeros, cuya sangre circulaba por sus venas, le causaba escalofríos por todo el cuerpo y le nublaba los ojos... y vengan empujones a la «tan» hasta hacerle dar vueltas sin que sonara, y allá van repiques y más repiques, hasta la hora del Romerito. Las cuatro en punto.

Pero el lector acaso no sepa lo que es el Romerito. No lo sabe, ¿verdad? Pues, si quiere que yo se lo diga, hágame la merced de proseguir leyendo.

Llámase el Romerito la alegre y pintoresca cabalgata que todos los años sale de

El Tomillar y de otros pueblos de aquel Condado la víspera de la Cruz, si es una sola la que en el pueblo se celebra, o la víspera de cada una de ellas, si son varias, a cortar en el campo y a traer al pueblo romero con que adornar el lecho sacrosanto de nuestra redención.

Componen esta cabalgata cuantos caballos de lujo y de no lujo, mulos de pujanza y de no pujanza, y hasta burros y burras hay en la hermandad: quiero decir, poseen los hermanos; los cuales caballos, mulos y pollinos (con perdón sea dicho) enjaezados todo lo mejor y más majamente que es posible a sus dueños, se reúnen ante la puerta de la Iglesia, en donde el señor Cura del lugar bendice a los jinetes, que, en ellos caballeros, esperan este requisito para lanzarse a carrera abierta hacia los pinares, o adonde hayan de ir en busca del romero tradicional.

El Hermano mayor o Mayordomo, cuyo caballo suele lucir hermosísimo pretal, como hoy se dice, o, como antes se decía, petral de terciopelo rojo con alamares de sedería carmesí con campanillas de plata;

aparejo redondo, también de terciopelo grana con flecos a la usanza árabe, como los del pretal, de cordones carmesíes, y ancha faja de seda con borlas de madroños en la trenzada cola, lleva enhiesta en la derecha mano y apoyada en el estribo correspondiente, la vara de la hermandad, verdadero centro de su realeza, mientras dos palafreneros, reminiscencia de las costumbres medioevales, recogen los arranques de las riendas. Es la primer figura del risueño cuadro.

La segunda en importancia jerárquica, aunque objeto preferente de todas las miradas del pueblo, era la Abanderada. Solía y suele ser la muchacha más bonita de la hermandad, escogida de entre millares por aclamación. La aclamación era una copla que días antes corría por el pueblo, y la copla del año cuya efeméride estamos haciendo, había sonado así:

Este año la bandera
no la lleva Catalina (1)
que la va a llevar Carmela
que es muchacha más divina.

(1) La abanderada del año anterior.

La aclamada podía aceptar o no aceptar, según le pluguiera, y Carmela declinó el honor que se le hacía por razones que después se dirán. Pero Merceditas Gil se apresuró a aceptarlo, y cáta la caballera en una yegua blanca como la nieve, con rozagantes gualdrapas de damasco azul y jamugas de madera dorada con tallados y primores a lo Luis XVI, y entre otros dos palafreneros de lo más garrido de la hermandad.

Imagínese el lector sobre este trono una muchacha escogida por bella, ataviada con lo mejor que tiene y ha podido encontrar entre sus parientas y sus amigas; colóquele en la mano una bandera con cruz verde en campo blanco, ondeando al impulso del viento, y tendrá aproximada idea de lo que es la Abanderada de un Romerito.

Y con el Hermano Mayor y la Abanderada, rodeándolos y haciéndoles corte de honor, hasta trescientas cincuenta caballerías con un jinete cada una de ellas, y las más de ellas, por no decir todas, con la hermana, la novia, la prima o la amiga del jinete a ancas. Y allá van colchas coloradas, y colchas a ramos, y colchas blancas, y

colchas «de pedacitos»; y mantas sobre los fustes de las sillas, y cintas de colores en las frontaleras, y flecos en los aparejos y atabarres de las caballerías; y mantones de Manila, o pañuelos de seda en los talles, y flores en los rodetes y en los bustos, y moñas en las cinturas de las jinetas, y fajas color de púrpura en las de los jinetes; y parejas que llegan y espectadores que aplauden; y colores que se mezclan sin confundirse y cascadas de luz solar que ilumina sin producir molestias; y nubes de polvo que de oro parecen al herirlas el sol de la tarde; y estampidos de cohetes; y acordes de música y repiques de campanas; y carreras por aquí y apretones por acullá; y vivas, y coplas... y la gran marimorena en todo el pueblo y la rabieta número uno en los contrarios.

Juanito Ibáñez era de Arriba y el Romerito que se celebraba aquella tarde era el de Abajo. Su tía Clara no quería que fuera ni por un solo Dios; pero a él le pedía el cuerpo un rato de fandango, y, desoyendo las amenazas de la vieja, ensilló su caballo, le adornó de cintas de colorines y de espejos

el mosquero, y de madroños o caireles la cola; montóse en él en un periquete y se lanzó a la calle, camino de la plaza.

Con un vestido de linón blanco, con unos cuantos entredós por todo adorno, y por viso, una falda de tafetán amarillo, cuya primer misión fué también servir de viso a la colcha de novia de la médica, y sobre el bien modelado busto un pañolillo de color de canario, bordado en colores, de allá de las mocedades de doña Paca, se asomaba a su puerta, al pasar Juanito, la modista de El Tomillar.

El hijo de don Agustín recogió las riendas a su Lucero, imprimiéndole una de aquellas paradas en firme que entusiasman a la del Abogado, y, tocándose al sombrero en señal de saludo, le dijo a la muchacha:

—¿Qué es eso, Carmela? ¿no va usted al Romerito?

—No, señor, iba a ir con *señó* Rafael que se me había brindado, pero le ha entrado un dolor a la yegua y nos hemos quedado a pie.

—¿Quiere usted que yo la lleve? Mire usted que es con mucho gusto.

—No, señor; muchas gracias.

—Pero ¿por qué?

—Porque soy yo muy poca jineta para... ese caballo.

—¡A ver, qué gracia! ¡pues si hasta el de Santiago iría orgulloso con llevarla a usted encimal... nada: que se viene usted conmigo, o no voy yo.—

Y en esto se asomó doña Paca, y Juanito, apeándose, comenzó a decirle:—Que me la llevo, que me la llevo y que me la llevo: traiga usted una almohada para la grupa y un paño cualquiera; es decir, un paño cualquiera, no: que es menester tener en cuenta quién va a sentarse. ¡Traigalo usted, señora! ¿No se fía usted acaso de mí?

—Nada de eso, don Juan—respondió doña Paca: ¿Desconfiar yo de usted, siendo hijo de quien lo es usted? ¡Ave María! Nada de desconfianza: porque ni en el Romerito a donde va todo un pueblo pasa nada malo, ni usted es capaz de ello, ni mi hija tampoco, gracias a Dios. Es que es muy poca cosa mi hija, aunque a mí como madre me parezca lo más grande del mundo, para formar pareja con usted. Busque otra de su igual, que eso

es lo que pega: y que ella se quede sentadita en la puerta de su casa, que no se le va a romper ninguna costilla por no ir, y si no va este año, irá el que viene.

—Pues mire usted, señora: ni mi buena voluntad merece un desaire de esa manera, ni...

—Si lo va usted a tomar por ahí, llévesela cuando le dé la gana, pero...

—Pues ya lo creo que lo tomo por ahí: ¿qué muchacha se niega en El Tomillar a que la lleve al Romerito un hombre de bien?

—Pues deje usted, que voy por la almohada.----

Y la exmédica entró en la casa y tornó a salir con una, blanca como la nieve y la buena tía Mónica, con un sudadero. Juanito colocó sobre las redondas ancas del caballo, sudadero y almohada, amarró a la baticola un pañuelo de seda que se quitó del cuello para que la jineta se agarrara a él, afianzó la grupa con las correas, le echó encima un cubrepies de estambre blanco y rosa que trajo Carmela, puso el pie izquierdo en el estribo y tornó a montar sobre su Lucero.

Carmela, sacando una silla del portal de

la calle y acercándola a la ventana, se subió a ella para alcanzar a los hierros de la reja, a la que, con el mayor recato, se encaramó. Su madre quitó la silla. Juanito Ibáñez arriñó el caballo, que obedecía a su dueño como un autómeta. La modista se sentó en la grupa, soltó los hierros para agarrarse al pañuelo de la baticola y al talle del galán, y, compuesta por la madre la leve falda de la jineta, arrancó el hermoso grupo de caballo y caballeros camino de la plaza, no sin que a la buena de doña Francisca se le arrasaran en lágrimas los grandes ojos. ¿Por qué? porque sí; porque todo lo de los hijos, ya próspero, ya adverso, tiene la rara virtud de humedecer los ojos de las *tontas* de las madres.

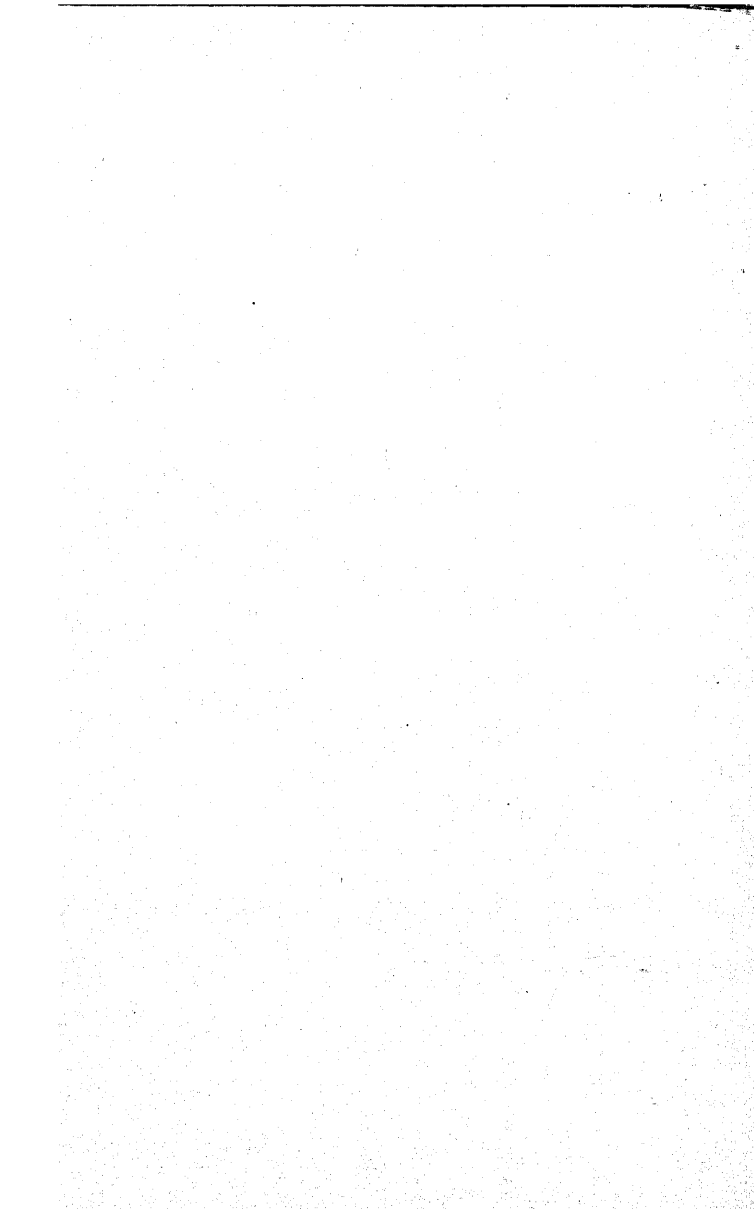
Cuando la hermosa pareja llegó a la plaza, no se sabe todavía de dónde partió, pero es lo cierto que, fuera por lo simpático de la muchacha, que lo era a todo el pueblo sin distinción de clases, fuera por lo inesperto de la asistencia al Romerito de los Abajeros, por parte del hijo del Mayordomo de los de Arriba, fuera por las dos cosas juntas, lo cierto de ello, repito, fué, que el pueblo en masa se dignó de recibirlos con el más estrepitoso y delirante de los aplausos.

—¡Ay! ¿por qué será eso? preguntó Carmela a Juanito, que había agradecido la manifestación con toda su alma.

—Como no sea por tí... digo, por usted...—

Y ya no se oyó más del diálogo: porque fué tal el ruido que produjeron las herraduras de las caballerías al comenzar a trotar, contra los duros guijarros de la plaza, que hasta los mismos repiques eran insuficientes para dejarse percibir.





IX

**En que se le ofrece al lector una silla en la
puerta de Curra Pando y ocasión de oír hablar a
varios de los personajes de esta historia**

Era ya entre dos luces, o al *lubricán* como en El Tomillar se llama el crepúsculo vespertino, cuando en todas las puertas de la calle del Cañuelo había un grupo de gente compuesta, esperando la entrada del Romerito. Eran Abajeros los más de ellos, que no habían podido ir, y Arriberos algunos, que, pudiendo, no habían querido.

Curra Pando, relacionada con todo lo principal de la villa, «recibía» en el porche de su casa a los que iban llegando y habían llegado ya, con el doble fin de aprovechar la entrada y de visitar de camino a su sobrina Celia Valdés que había venido de

Villafadrique a las fiestas de El Tomillar, famosas en toda la comarca.

Mientras viene y no viene la gente del Romerito, ofreceré al lector una silla en el tan bien barrido, como regado porche... con permiso por supuesto de la señora doña Curra Pando, viuda de Valdés, que no sólo no tiene inconveniente en ello, sino antes muchísimo gusto y fina voluntad, a juzgar por sus palabras.—Demos, pues, las gracias a la señora, y sentémonos, lector, y en Dios y en mi ánima que no habrás de arrepentirte.

—¿...?

—¿Quién? ¿esa? pues la sobrina de Curra Pando; Celia Valdés.

—¡...!

—Sí que es guapa la muchacha, y además muy rica y muy bien educada. Fígate: en las Irlandesas de Castilleja nada menos.

—¿...?

¡Pues no te lo he dicho? Por atún y a ver al duque: quiero decir: a disfrutar de los festejos de las Cruces y... a ver si el sangre gorda de Juanito Ibáñez acaba de decidirse de una vez. Créete que el que se la lleve,

se lleva una alhaja: por lo menos así lo cree don Agustín, que le daría de muy buen grado y talante el dictado de nuera. Ahí viene, hombre, ahí viene, trayendo del brazo a su hermana doña Clara, quizás a hacer la visita de reglamento a la huéspedada de su amiga doña Curra Pando.

—.....

—Sí que habrá sido guapo, a juzgar por los restos; pero más que guapo, con haberlo sido no poco, señoril... sí señor, que tiene mi hombre un empaque de rey de trapillo, que ya, ya.

—¿.....?

—¿La que viene con ellos? ¿pero no lo imaginas, aunque no sea más que por el traje que pensaba estrenar? Pepita Albuquerque, cuya madre tiene tantos dolores de reuma como onzas de oro, y no sale nunca, teniendo la pobre muchacha para hacerlo que va' gse de su tía Clara.

—¿.....?

—¡Ya lo creo que lo sabe! Pero como las mujeres son tan disimuladas cuando les conviene serlo, Pepita no se da por entendi-
da de las gestiones de la otra, y... míralas:

míralas besarse y tornarse a besar, como si para la una y la otra no hubiese en este mundo más Dios ni más Santa María que la otra y la una. Mira, en cambio, cómo doña Clara, sin faltar en lo más mínimo a lo que su esmerada educación exige, no está con ella tan expresiva como... su hermano sin ir más lejos. ¡Claro! como su candidato para Juanito (el de la Camarera) es su sobrina, donde quiera que vé un rival, no puede remediarlo la buena señora, se le atraganta. Pero dejémosla formar grupo aparte con don Agustín, Curra Pando y el abogado.

—¿.....?

—¿Pues qué? ¿No lo habías visto?

—.....

—¿Ni a su hija tampoco?

—.....

—Sí, hombre, la morenilla esa del vestido rosa que estaba departiendo con Celia cuando llegamos. Mírala: mírala como también se abraza a Pepita, como el naufrago a la tabla salvadora.....

—.....

—Tienes razón, aunque el dístico no sea tuyo:

Estos besos de mujer
Tienen mucho que entender.

Pero callémonos si te parece: pues donde hay mujeres, me gusta más oír las que hablar yo.

—Vaya un traje monísimo el que vienes estrenando, Pepita—ha dicho Celia.

—Aquí está a tu disposición; y a la tuya, Carlota.

—Muchas gracias.

—Muchas gracias.

—Pues sí,—prosiguió la Villafadriquería—es muy bonito, y te sienta muy bien y está muy bien hecho.

—¿Te lo han mandado «por casualidad» de Sevilla?—preguntó Carlota.

—No, que me lo ha hecho Carmela.

—¿Sabes que cose bien esa muchacha?—añadió la sobrina de Curra Pando.

—Según y conforme—replicó Carlota:—cuando una está encima, dándoselo todo mascado, no lo hace mal, porque tiene buena puntada: ahora, cuando se deja a ella sola...

—Pues mira—le arguyó la Alburquerque-

que—cabalmente cuando trabaja ella a su idea, es cuando lo hace mejor. Lo que tiene es que la pobre criatura es la misma bondad, y por no contradecir, salen de su casa los mamarrachos que salen. Jamás le he dicho yo que me haga lo que me hace, ni así ni asado; y, la verdad, siempre me gusta lo que me manda.

—¿Y es muy carera? —preguntó la Valdés.

—Dos duros lleva por un traje de vestir—respondió Pepita—y luego siempre está la pobrecilla dispuesta para cuando una la necesita en un caso de apuro.

—Menos cuando no lo está—prosiguió la del Abogado.—Ayer, sin ir más lejos, la llamé yo para que me hiciera una *María-Antonietta* para esta tarde, y me dejó plantada.

—Mujer,—le dijo Pepita—¿cómo querías que en un día como el de ayer tuviese tiempo la infeliz ni para rascarse la cabeza? Todavía estará dale que dale a la aguja, y con todo y con eso, no serán pocas las que se queden disgustadas.—

Vámonos, lector, otro rato al corrillo de la gente grave.

¿Y cómo es que Juanito no viene con ustedes? — preguntaba el abogado a don Agustín y doña Clara.

— Porque es lo más sin juicio que hay en el mundo — respondió la señora — y se le antojó, cuando estábamos comiendo, ir al Romerito.

— ¿Y ustedes consienten esa apostasía? — siguió preguntando con tono chancero el padre de Carlota.

— Más que apostasía es — prosiguió doña Clara — y bien que me opuse. Y lo que yo le decía: que otro cualquiera lo haga, mal está: ¿pero tú? ¿el hijo del Mayordomo de Arriba, nada menos, ir a formar pandilla con los contrarios de tu padre y de toda tu casta? ¿tú, Mayordomo el día de mañana?... y que sé yo lo de cosas que le estuve diciendo. ¿Usted me hizo algún caso? pues ese mismo me hizo él. En cambio me dió tres o cuatro besos, para cogerme la llave de la cómoda y sacar la faja blanca de mi padre, para ponérsela, porque tiene un ojo saltado por ella, y lo que yo le digo: ¿para quién va a ser el día de mañana todo lo que yo tengo, sino para tí? pero dártela, para tí solo, no

te la doy, porque es de papá Juan y quiero yo conservarla mientras viva: póngela cada vez que te dé la gana, pues tuya ha de ser, pero dártela, no. Y ya usted vé; una cosa como esa que no me gusta que se la ponga, sino para el Romerito de nosotros, a fuerza de besos, (porque cada vez que me besa el demontre del muchacho me desarma y me hace un ovillo) me la sacó, y puesta la tendrá, para que se regodeen cuatro pelagatos (porque Abajo no hay más que cuatro pelagatos) que habrán ido al Romerito. ¡Niño más consentido que ese! ¡ya se vé! su padre no le ha quebrado un gusto en la edad que tiene, y tiene una sola que hacerlo todo.

—¡Ya lo creo!—dijo en tono zumbón don Agustín.—Como que si no fuera por ella, que no le deja pasar una, y que está deseando saber qué se le ha antojado para quebrarle los ojos, como esta tarde...

—Bueno:—replicó doña Clara—Entre los dos la mataron y ella sola se murió; pero si una, que es su sangre y que lo ha criado, porque el alma mía no ha tenido más madre que yo, no lo quiere, yo no sé quién va a quererlo. Y hablando de otra cosa: ¿quién

va de Abanderada de los de Abajo? porque yo, hija, doy tan poca importancia a todo lo de esa gente, que no me entero ni de la mitad.

—Merceditas Gil—respondió la señora del porche.

—¿Lo ves tú, Agustín?—se puso a decir doña Clara en tono de lamentación:—¿ves, Agustín, cómo la ida al Romerito no era a humo de pajas? ¿Ves tú, como cuando el río suena, agua o piedra lleva? ¡Milagrito será... milagrito será...

—Bueno, cállate, Clara, y no des a la cosa una importancia que realmente no tiene.

—Eso es: mándame callar porque preveo un peligro. ¿Ven ustedes?—siguió diciendo, mientras volvía el rostro a Curra Pando y al padre de Carlota, como a caza de prosélitos para la doctrina que iba a asentar:—¿ven ustedes cómo el débil y el que tiene la culpa de todo no es ni más ni menos que éste?—y dió un fuerte abanicazo en el hombro de su hermano... y a la vez, un chillido, como si en plena cara le hubiese caído una salamanquesa, y, simultáneamente con

el chillido, un brinco inverosímil como si se hubiese clavado un alfiler olvidado en el asiento de la silla. Era... que a sus espaldas y sin que ella ni nadie de la reunión se hubiese percatado, tío Cachomonos disparaba un cohete atronador, que anunciaba la entrada del Romerito por la calle del Cañuelo. —¡Pa que retumbel—

Con una embreada tea encendida en la mano cada jinete, entraban en aquel momento por la mal empedrada calle, formando dos filas interminables. Los dos tamborileros, cada cual en un mulo, «amenizaban» el acto, tocando «a contratiempo» la marcha real; la banda del regimiento de Granada ejecutaba un pasacalle de aires andaluces, capaz de hacer saltar a un paralítico y gritar de entusiasmo a un mudo; las campanas no se cascaban de milagro, y todo El Tomillar en la calle del Cañuelo, y en la plaza, y en la puerta del Mayordomo, o aplaudía de regocijo o rabiaba de coraje.

En medio de las dos filas de jinetes, entre tanta tea encendida y llevadas las riendas de sus respectivas cabalgaduras por los palafreneros, el Mayordomo y la Abande-

rada hubieran parecido al inmortal Hidalgo de la Mancha, si los hubiera visto, dos reyes encantados que turbamulta de malandrines encantadores llevaban prisioneros: pero dejemos al inmortal Hidalgo, que está ya hartopasado de moda el traerlo a colación cuando hay que hacer comparaciones, y prosigamos pintando a nuestra manera nuestro cuadro Tomillero.

Con haces de romero sobre los aparejos de las caballerías, con ramos de romero en las frontaleras, en los pretales y en las baticolas; con ramos de romero en el peinado y en el pecho de las jinetas, y con ramos de romero en el sombrero de los jinetes y entre los pliegues de las fajas de los mismos, la procesión, llamémosla así, pasaba por la puerta de Curra Pando...

—Allí viene Juanito—dijo Celia Valdés, que con todos los del porche se había puesto de pie para ver mejor:—¡oye! y trae una a ancas: ¿quién será?...—obteniendo estas respuestas de Pepita y Carlota respectivamente, que no sabían nada de la ida de Carmela y que sintieron al verla irresistibles impulsos de echarla abajo.

Pepita:—¡Pschts! ¡una... cualquiera!—

Carlota:—¡La modistilla, que es muy comprometedora y se le habrá metido por los ojos... ¡Esa le anda buscando tres pies al gato y se los va a encontrar... ¡¡Sinvergonzona!!—



X

En que se pone al lector en autos de la vida y milagros de Merceditas Gil

La que traía del Romerito un hocico, que se le podía amarrar, era la Abanderada: Merceditas Gil: ¿Que por qué? allá va la explicación del «fenómeno».

Como todas las muchachas casaderas de El Tomillar, tenía puestos los cinco sentidos en Juanito Ibáñez, desde que se había dado cuenta de que los hombres se casaban con las mujeres; y por conseguir que el hombre Juanito se casara con la mujer Merceditas, hacía cuantas proezas pueden hacerse por la mujer más encaprichada en salirse con la suya. Proezas de indumentaria principalmente.

No era fea la muchacha, ni mucho me-

nos; más bien era bonita y de ello tenía fama en El Tomillar, aunque era de esas bonitas empalagosas y «chinchas» que parece que van a ponerse malas de bonitas el día menos pensado. Claro que la primera en creerlo a pies juntillas y hasta en darlo a entender era ella. La propia vida hubiera ella inmolido en defensa y sostenimiento de esta verdad.

Lo mejor que tenía era el cutis, terso, fino y rosado, como el pétalo de un clavel se entiende de un clavel color de rosa pálido, porque sino no hay caso) dando esto lugar, lo de la tersura y suavidad de su cutis, a que se creyera por todas las mujeres del pueblo, que Merceditas tenía la «toballa de Venus».

Convencida de su hermosura e hija de un padre prestamista de mostrador, usurero y vampiro hasta haberse hecho dueño de medio término en menos de una docena de años; con dineros a la mano para gastar en arrequives y perendengues cuanto le viniera en gusto, y con gusto para gastar en perendengues y arrequives cuanto dinero le daba su padre, que no era mucho, y el que ella le sisaba, que no era poco, no es para descrito



el tren de vestidos que traía siempre entre manos, ni para reducidas a número las combinaciones que con ellos hacía cuando llegaba la hora de vestir.

Cada mujer, lo mismo que cada hombre (no nos echemos nosotros fuera) la da de alguna parte: quiero decir: agasaja y mima alguna vanidad. Y nuestra Merceditas la daba de la ropa.

Más que una muchacha con un traje encima; Merceditas, cuando estaba compuesta, o sea desde que se levantaba hasta que iba a acostarse, parecía un vestido con una muchacha dentro: hasta tal punto llegaba a hacerse en ella principal lo accesorio, y accesorio lo principal. Lejos del que esto describe lo de

...presumir de roto y mal ceñido,

que decía el poeta: ¿pero no es una puerilidad indigna, no ya de un hombre, que debe ser serio, sino hasta de una mujer, hacerse mero maniquí de lo que lleva encima, esclavo de aquello mismo de que debe ser señor y dueño, y cifrar su grandeza, por no decir

su gloria, en lo que se compra por varas y puede lucir cualquier mentecato que tenga dos pesetas para adquirirlo, o desplante y frescura para deberlo, que de todo hay?

Merceditas era así, «inoñófila» empedernida e impenitente; vanidad trapera: maniqué perpetuo. Para ella una arruga en la chaquetilla era más que para otra cualquiera una úlcera en un ojo, o un cáncer en la lengua. Su ideal era el figurín sin arrugas, tieso, amanerado e imposible; pero con arrugas en las prendas, había acabado por ponerse la criaturita de Dios.

Lo que se llama amiga de confianza, no tenía ninguna en El Tomillar. La única con quien tenía trato, todo lo íntimo que en su corazón egoísta cabía, era Carmela, a quien «chinchorreaba» de lo lindo cada vez que necesitaba de ella, y necesitaba de ella cada semana por lo menos. La modista la sufría con una paciencia rayana en el heroísmo, haciendo por complacerla en todo cuanto estaba de su mano. Y no ya sólo como modista o asalariada, que sirve a quien la ha menester y le paga por sus cabales; sino como una amiga que inmola su voluntad y

hasta su criterio en aras de la amiga exigente, que dice quiero melón y ha de tener al punto tajada en mano.

Vaya en pro de lo dicho lo acaecido en la aclamación de Abanderada del Romerito de los de Abajo.

Recordará el lector por la copla que queda atrás, que la aclamación de Abanderada había recaído en la modista. Pero Mercedes quería serlo porque no lo había sido nunca, y creía que siéndolo, atrapaba a Juanito Ibáñez de una vez, y Carmela dimitió, digámoslo así, porque la otra se lo pidió por Dios y por todos los santos y santas de la corte celestial, y no fué la modista la Abanderada, sino que dejó el campo libre para que la presumida subiera al Capitolio de la hermosura, aceptando como aceptó, aunque aparentando vencimiento, el honor de ser Abanderada en el Romerito de una Cruz en El Tomillar, honor ante el que palidece hasta el de ser nombrada Reina de las Flores y del Amor en esas justas literarias que se llaman Juegos Florales.

Pues un vestido de raso blanco nada menos se mandó hacer para la fiesta la muy

presuntuosa. Y si hubiera sido el vestido solamente... ¿pero dónde me deja usted los zapatos de raso blanco también; el abanico, los guantes y el sombrero, todo ello blanco como la nieve y caro como una mortaja? Ni la Margarita de Goette apareció tan bella a los ojos del remozado Fausto, como a los de Merceditas la imagen de Merceditas reflejada en el espejo de su sala la tarde víspera de la Cruz.

Y así salió de su casa, entre un grupo de hermanos y hermanas, y así llegó a la plaza, y montó en la yegua de doradas jamugas y gualdrapas de damasco azul. Y, cuando ella esperaba que llegara Juanito Ibáñez, porque así se lo había prometido él la noche anterior, lo vé en efecto llegar a la plaza, pero llevando a las ancas del caballo una grupa; sobre la grupa un vestido, y dentro del vestido una mujer ¿quién sería?... ¿quién no sería?... ¡Pues si era Carmela; mal rayo la partiera a ella y a su madre y hasta tía Mónica!... Y ahora empuñara usted la bandera, y echara usted a andar hacia el Romerito como si tal cosa, y tragara usted polvo durante dos horas mortales y, a la

vez que polvo y más que polvo, quinina, porque quina era poco; y todo ello para que el muy... (no quería decirlo) anduviera de chicoleos con esta y con la otra, y sin decirle a ella ni buenos ojos tienes.

¡Pues miráramos la mosquita muerta de la modista, que parecía no haber roto un plato en la vida de Dios, y cómo y qué honrada se dejaba traer y llevar al arbitrio del garrido jinete!... ¡Más valiera que se echara más abajo el vestido... o mejor que se hubiese quedado en su casa, por que, después de todo, el vestido llegaba a donde debía llegar!... ¿Y aquéllas eran las amigas?... ¡fiárase usted de las amigas!... ¿Y para aquello servía el lujo?... ¡Dejarla a ella y no mirarla en toda la tarde, y eso que llevaba encima un capital, para llevar a ancas y hecho unas mieles, ¡sí señor, hecho unas mieles! a una cursilona, sin otro atavío que un vestidillo de linón, harto de lavados y de coladas, con un viso de la colcha de novia de su madre, maldita fueral...

¡Ir ella por la noche a la fiesta de la casa del Mayordomo?... ¡En eso estaba pensando precisamentel... ¡Como no fuera el

moro Muza!!... ¡Que fuera la modista, la agraciada por la suerte, o mejor, la ladrona, sí, reteladronal que le había robado a ella de una mano a otra su proporción; su novio, como quien decía; su Juanito Ibáñez!... ¡Ladrona, reteladronal

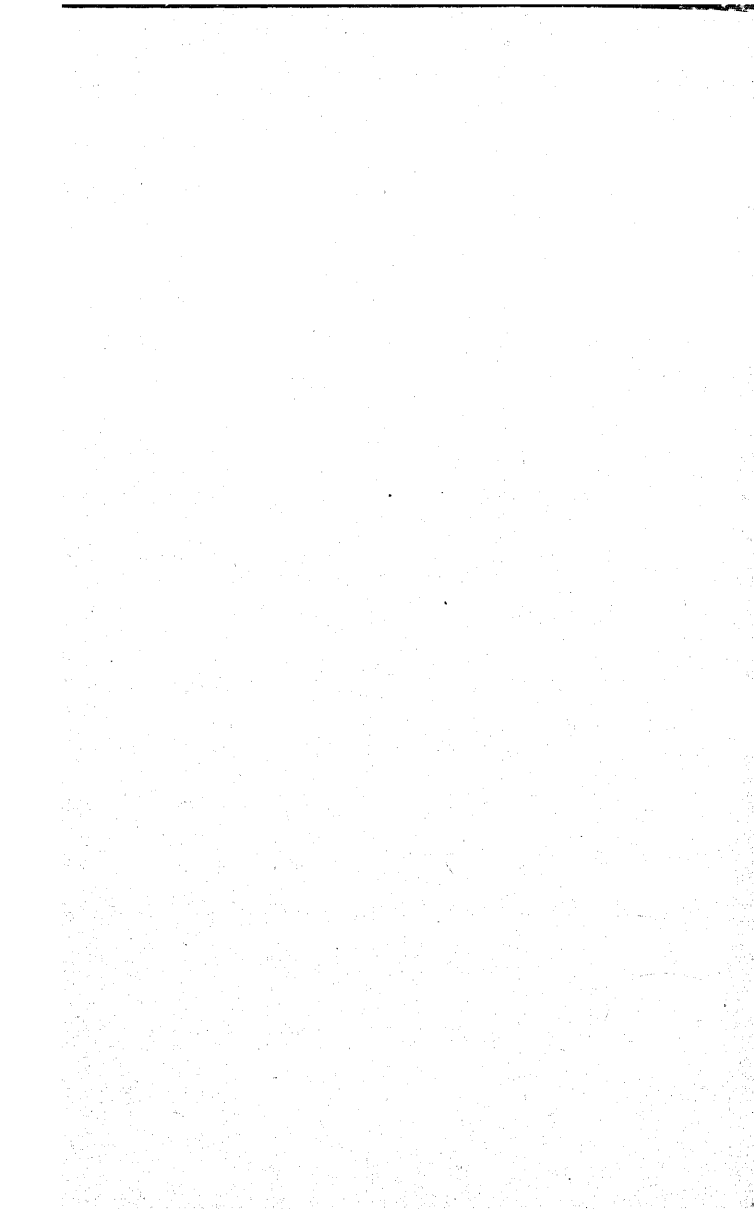
¿Cenar?... ¡que cenara... Baltasar o quienquiera que fuera el que cenó: que ella se iba a su cama, a maldecir durante toda la noche de su condenada estrella que, con

Tanto vestido blanco,
Tanto volante,

la dejaba a ella, verdadera reina de la moda en El Tomillar, desbancada por la miserable sotilla de una modistilla de tres al cuarto, sin otro capital que sus tijeras y su aguja, ni otro mérito que su hermosura y su honradez. Sí señor: era bonita y honrada la muchacha: no se podía negar: ¿pero acaso ella no era también bonita... ¡más bonita que la otra, si se quería! y también decente y honrada; riquísima, en comparación de la otra, y además elegantísima, sobre todo aquella tarde, que iba materialmente hecha un primor, y, para

que no le faltara nada, hasta Abanderada de una Cruz?... pues entonces ¿por qué aquel animal, ¡animal, sí, animal, porque no merecía otro nombre! era como las gallinas que dejan el trigo para irse al estiércol?... ¡Permitiera Dios...





XI

En que no se sabe quién es más imprudente;
si el novelista que se mete en donde no
lo llaman o el lector que le sigue

La noche está hermosísima, lector amigo, como noche de mayo y de luna en Andalucía. ¿No percibes el aroma del azahar de las vecinas huertas, junto con el del romero que ha quedado esparcido por las calles?... ¡Lástima que el olor a aceite frito de las buñolerías venga a meter la pata en este deleitable «dúo» de perfumes, y perdona lo cursi que ha salido la frase.

Créete que no merecemos, o por lo menos yo no merezco, que el Señor me regale con noche tan apacible, tan tibia, tan intensamente luminosa: (si me hace recordar la frase de los salmos *nox, illuminatio*

mea in delictis meis!... En fin, y, lirismos al traste, que es una majadería acostarnos y desaprovechar la fruición de una noche como esta. Por consiguiente, vámonos por ahí, y por Dios que no habrá de pesarnos.

No: descuida, que no te llevaré al baile de la puerta del Mayordomo: ¿para qué? ¿para oír un insoportable piano de manubrio, traído de Sevilla, con el doble fin de que rabien los de Arriba mientras bailan los de Abajo? Dejémoslos que «obsequien» con seguidillas más o menos garbosamente bailadas, al Madero sacrosanto de nuestra salvación: ¡ellos se hartarán! y, si no se hartan, por estas que son cruces, que habrán de amanecer estropeados.

A donde vamos a irnos, sin que nadie nos sienta, es... a la alcoba de Celia Valdés que, sentada en el poyo de la ventana que da al jardín, toma el fresco de la noche y discurre a sus solas al siguiente tenor:

—¡Ni siquiera ha venido a hacerme visita, y eso que llevo ya dos ¿qué digo dos? ¡tres! tres días de estar aquí!... ¡Si no me gustara tanto como me gusta, yo se lo diría a él!... Pues sí: nunca ha tardado tanto tiem-

po en visitarme cuando he venido a El Tomillar; y, como no venga mañana, o no lo recibo, o le doy a entender, pero por lo claro, que no es Celia Valdés la que le aguanta ancas ni a él ni a nadie.

Pero lo peor de todo es que, como tiene tan requetepoquísima formalidad y lo echa todo a juego cuando le conviene, y yo estoy tan enamorada (porque lo estoy, sí señor, que lo estoy, hasta los huesos) con cualquier carantoña que me hace, me desarma, y otra vez en las mismas. ¡Por vida del nene ese y qué malitos ratos los que me está haciendo pasar!...

Y no; no es la modista la que me inquieta a mí; la modista, al fin y a la postre, será un juguete más: ¿no está jugando conmigo, como quien juega a la pelota, va para cuatro años? pues con ella jugará lo mismo, y quiera Dios que no le cueste a ella la torta un pan; no es la modista la que me inquieta. Lo que me inquieta a mí, hasta hacer que no se me pegue la ropa al cuerpo, es que sea él como es; es decir: sin asiento; que estemos hoy como el primer día, o sea sin más ligaduras que la de una buena amistad, y

aquí paz y después gloria; y, a todo esto, mi primo Pepe Valladares instándome a que lo desengañe de una vez, y yo, temiendo despedir al uno, para correr el albur de que no llegue el otro, y tener, o que bajar la mano y casarme con un cualquiera que no sea de mi clase, o quedarme para vestir santos, que, dicho sea de paso, será lo más aburrido que habrá en el mundo.

A mí no se me oculta que don Agustín, ¡Dios se lo pague! está y ha estado siempre por mí: porque lo está y porque a papá se lo dice siempre que viene a pelo. Pero esto mismo ¿no es para que me dé mala espina con respecto a las intenciones de su hijo? Si el padre se opusiera, o se opusiera el mío, estaría explicada su indecisión; pero constándole, como le consta, lo bien que la cosa parecería a todos ¿no es verdad que no se comprende cómo no estamos casados más de cuanto ha? Y que le gusto es innegable, o miente más que da por Dios. ¿Pues entonces?... ahí, ahí es donde me duele, y eso es lo que no le perdono, ni le perdonaré nunca... hasta que se enmiende por supuesto ¡ojalá fuera mañana mismo!

Y qué guapo venía el arrastrado, del Romerito y con qué desparpajo y con qué señorío y garbo nos saludó a todos los de la puerta, y sobre todo a mí ¡Y a eso digo yo! Si él diera alguna importancia a lo de la modista, o hubiera esquivado el pasar por la acera nuestra, o se le hubiera notado algún encogimiento al saludar, o alguna turbación; ¡pero nada! ¡tan fresco, como si tal cosa! todo lo cual me indica que lo de la modista no será sino lo que dijo Carlota: que lo habría comprometido a que la llevara, y que la llevó como podía haber llevado a otra cualquiera que lo hubiese comprometido, como ella lo comprometería.

Y a propósito de Carlota. ¿Estará también la muy cursi esperando turno en lo de Juanito? Pues que espere sentada, no sea que se canse; porque no me parece a mí que es él el que carga con ese estafermo, más flaca, que una oblea seca y más pegajosa, que una oblea húmeda... ¡tuviera que ver! Mejor, que se lo lleve Pepita Albuquerque, que siquiera es de clase, y después de todo... y ¡qué gorda y qué grande y qué bigotuda está la condenada! Tampoco me parece que

es ella el tipo de su prímico, por más que la tía Clara... ¡arrastradísima vieja, y qué mal disimula la poca gracia que le hace el verme en El Tomillar!... ¡Si quisiera Dios que tuviera que tragarme por los siglos de los siglos, amén!

En fin, que voy a acostarme; que es cerca de la una, y dentro de poco pasará el tamboril, como el rosario de la aurora,

Repartiendo flores al amanecer:

sólo que lo que el tamboril reparte a esa hora es la lata a domicilio. ¡Y este año que han traído dos!... ¡El Señor nos asista!

Santo Angel de mi Guarda, dulce compañía...—

Me parece, amigo lector, que estamos aquí de más.

¡Que a dónde? A casa de Pepita Alburquerque, que, como está acostada y hasta dormida, no nos sentirá. Verás: verás la serie de disparates que está soñando.

Su primo Juanito Ibáñez, con un vestido de serrana, como el que le ha hecho Carmela últimamente, y con muchos corales en

las muñecas y en el cuello, había ido al Romerito a las ancas de un caballo que hacía mil cabriolas a los movimientos que el médico imprimía a las riendas... ¿De cuándo a dónde se había vuelto tan jinete el señor doctor?... ¡Dios suyo, que se caen... que se caen... ¡que se cayeron!... ¿El médico?... ¡y a ella qué le importaba el médico?... Lo que a ella le importaba era Juanito, que iba de palafrenero de la Abanderada, Celia Valdés;... ¡Celia Valdés!... ¡Celia Valdés!... ¡Pero qué repropia era Celia Valdés a Carmela Morán!... ¡Si parecía la misma!... ¿Tía Clara, tirando cohetes y dando chillidos, y abanicazos a Carlota?... ¡uno, dos, tres... ¡santo Dios, y qué de abanicazos!... ¡bien hecho! ¡a ver si la mataba y se le quitaban las ganas de traer todo el día cosido a la jareta y sin que ella le viese el polvo, a su primito Juan!... ¡tomara «catute»! ¡así, para que se desempicara la muy cursilona de todos los demonios!... ¡Jesús y qué desgarrón el que le había hecho con el clavillo en el vestido rosa... ¡se alegraba!.. ¡¡Carmela!!... que viniera Carmela, a ver si tenía algún arreglo aquel desgarrón... ¡pero en qué que-

dábamos? ¿quién era la Abanderada? ¿La modista, o la sobrina de Curra Pando?... No: la sobrina de Curra no podía ser, porque estaba allí junto, diciéndola a ella que estaba muy bonita con el vestido de serrana... La Abanderada, por consiguiente, que ¡cosa más particular! iba a las ancas del potro de Juanito, era Carmela, que decía que ya ella no volvía a coser, porque se había casado con Juanito Ibáñez y estaba atroz de rica, y ya eso no pegaba... ¡Abajol!... ¡que la echaran abajol que la modista no era más que una cualquiera... ¿Que aquel potro era de su prinito y que aquél su prinito lo había criado Dios para que no se casara con nadie, nada más que con ella!.... ¡Abajol!.... ¡que la echaran abajol!... ¿Que pasaban de largo por la puerta de Curra?... pues tomara tía Mónica una paliza descomunal.... ¡Tomara «catute»...!

—¿...?

¿Que qué ruido es ese? pues que le ha dado con la mano a la palmatoria; que la palmatoria ha caído de la mesilla de noche al suelo; que, como es de cristal, se ha roto al caer y Pepita ha despertado... Anda, vá-

monos, antes de que se entere de que hemos estado oyéndola soñar.

Y, ya en la calle, me parece una descortesía no intentar otra visita a Carlota la del abogado. Y, pues tenemos la agilidad y la sutileza de los cuerpos gloriosos, colémonos por el agujero de la llave, y... ¡pues si está despierta y con el quinqué encendido y la aguja en la mano!... ¿Que qué es eso que tiene en derredor de la frente, como una corona de espinas blancas?... ¡papillotes, hombre, papillotes! para amanecer con el pelo rizado, como las olas del mar Egeo, de cuya nítida espuma es fama que naciera la Madre del Amor. ¿Que qué es lo que se cose a estas horas? Pues un peto de gasas, encajes y cintas, como el que tenía puesto ayer tarde (por que, para que te enteres, son las dos de la madrugada) Celia Valdés: ¿qué quieres? si ha de estrenarlo por la mañana en la función de Iglesia, tiene que velar para ello; porque la época en que venían los ángeles a la tierra a hacer las cosas pasó ya, y aun suponiendo que no hubiera pasado, quizás no haya en toda la corte celestial ni uno siquiera que se ponga a hacer petos para

ésta ni para la otra. No está mal perjeñado, ¿verdad?... Pero nosotros no hemos venido para ver trapos ni moños, sino a oír razonamientos: por consiguiente...

—¡Anda, toma primito, Pepita Albuquerque, toma primito!... ¿Creías tú que el vestido de serrana iba a ser como el unguento de la Magdalena? Mira de qué te ha servido tanta seda listada, tanto terciopelo estirado, tanto pañuelo de espuma y tantos corales! de lo mismo, mismísimo que me ha servido a mí mi traje color de rosa, a Celia, el suyo verde Nilo y a Merceditas, el suyo blanco... ¡Toma primito y vuelve por otra!... Mañana nos veremos las caras y te daré el serretazo, así como el que no quiere la cosa... descuida, que no se me quedará en el tintero. Te tengo muchas ganas, y yo te daré primito: ¡primito!... ¡primito!... ¡límpiate que estás de huevol

¡Y tú, Merceditas, anda; gástate otro capital en otro traje blanco como el que llevabas encima, para que ni siquiera te mirara en toda la tardel... ¿No sabes tú, inocente de Dios, que lo que a él le gusta, porque así se lo he oído yo decir con estas ore-

jas que se ha de comer la tierra, son las perchas y no los colgajos?... Míralo: míralo más claro que el agua: que después de haber robado a tu padre, (aunque el que roba a un ladrón como él tiene cincuenta mil años de perdón) para vestirme como una gran princesa, no te ha dicho en toda la tarde ni por ahí te pudras. ¡Ni mirarte, vamos!... Así venías tú, con aquel hociquito, que se te podía amarrar con una liga.... ¡Me alegro y me retealegro, so piojo resucitado!

¡Pues no que tú, Celia Valdés!... Me parece a mí que, como la cosa no varíe pero muchísimo, vas a sacar de tus hospedajes en casa de tu tía Curra lo que el negro del sermón: los pies fríos y la cabeza caliente. ¡No ves, mujer, que ni siquiera te ha visitado? ¡Eso, qué quiere decir entre cristianos? ¡Blanca y migada...? Si tú tuvieras dignidad, que no la tienes, lo que debías hacer, cuanto antes mejor, era irte a tu Villafadrique y no volver a acordarte de que había tal Tomillar en el mundo, ni tal Juanito Ibáñez en El Tomillar. Pero, ya se vé: Juanito es muy guapo, y, sobre todo, muy rico, y tú no comerás par a manteles hasta que consigas

quitárnoslo a nosotras que lo hemos criado, como quien dice, para que no vengas tú ni ninguna forastera a llevarse el pimpollo de oro de todo el Condado. ¡Por qué no te conformas con tu primo Pepe Valladares?... ¡Que el Señor no me concediera a mí aunque fuera otro que valiera la mitad que él!... Aprende a no ser descontentadiza ni exigente y a tener buen pico...

En cambio la que está de enhorabuena, hasta dejarlo de sobra, eres tú, modistilla indecente de tres al cuarto... ¿Sabes tú lo que es ser llevada al Romerito en El Tomillar por un hombre soltero? Pues, hija, ni más ni menos que un parte oficial de noviazgo, pero de noviazgo muy adelantado. ¡Así ibas tú de contentona, y él de derretido contigo, que hasta daba vergüenza de veros pasar por la puerta de Curra Pando! ¡Mira la santita, la mosquita muerta y la paloma sin hiell... Pero no: descuida que no lo atraparás: es bocado demasiado caro para estudiante tu jinete de ayer; y a lo que vas a dar lugar, como sigas por ese camino, es a que la gente, y yo la primera, te tome en boca, a que él te deje con tres cuartas de

narices, y a que el médico te eche la bendición con la mano izquierda hasta el valle de Josafat!... ¡Qué me alegraría de que fueras por lana y te quedaras trasquilada... hasta que yo dijera que podía nacerte el pelo! ¡Como no lo dijera yo...!

¡Ea! ya se acabó el peto; ¡no está mal ¿verdad? y luego, sobre el vestido de gró y con el alfiler de pecho, va a dar el gran golpe y a poner el mingo. ¡Y que a ese bendito niño no le gusten los colgajos, sino las perchas!... ¡y si siquiera le gustara esta percha, aunque no le gustara luego ningún colgajo!... ¡En fin, en haciendo una de su parte cuanto esté de su mano, como dice el señor Cura!... ¡Las dos y media?... ¡Jesús, María y José, y cómo se va el tiempo!... A ver si durmiendo de un tirón siquiera hasta las ocho...

Pues cuando gustes, amigo lector.

Bueno: pues, si no tienes ganas de acostarte, no seré yo quien te acueste a la fuerza: quiere decir que nos iremos a la fiesta del Mayordomo, y allí pasaremos el rato.

¿Que no? ¿que estás de pianillo hasta la punta del pelo y que, a ser autoridad, no

dejarías uno vivo para un remedio? Pues anda, vámonos a la alcoba de Carmela, ya que eso es lo que tú quieres, so... golosazo.

Mírala: como Pepita Alburquerque, está acostada, y como la del abogado y Celia, sin haberse dormido aún. ¿Qué pensará?... pues nada: que quién le había de decir a ella, cuando «señó» Rafael le comunicó lo de la enfermedad de la yegua, que había de tener quien la llevara al Romerito. Y, como estaría de Dios que no se quedara ella sin ir, cátrate nada menos que a don Juan Ibáñez pasar por su puerta cuando ella se asomaba y, que si pito, que si flauta, que si por aquí, que si por allí, que no hubo más remedio que aceptar; que subirse a la silla, de la silla a la reja de la ventana, y de la reja de la ventana, a la grupa del caballo. ¡Madre de los Dolores y qué vergüenza tan regrande al llegar a la plaza y empezar todo el mundo a aplaudir, si tenía que aplaudirl... ¿Por qué sería aquello?... Como no fuera por lo de ir don Juan!...

¡Pues cuidado con la tonta de Mercedes Gil, y cómo se había puesto porque iba ella a las ancas con don Juan Ibáñez!... ¿Iba

ella a quitárselo quizás? En eso estaría pensando don Juan Ibáñez, en casarse con una pobre costurera, sin otros méritos, que los de nuestro Señor Jesucrito. Descuidara Mercedes y descuidara todo El Tomillar y descuidara todo el mundo, que era ella, Carmela, muy poca cosa para que un hombre como don Juan, de carrera, millonario.... guapo. . (y al llegar aquí Carmela se ponía colorada, como si ella tuviera la culpa de la guapeza de Juanito y ésta fuera un crimen).

Pero más que su carrera, que sus millones y que su hermosura, valía su corazón... Mirásemos que haberla llevado a ella, una pobre, sin nada de particular, a las ancas de su caballo al Romerito, dejando a su prima... a Celia Valdés... a Carlota... en fin, a todas las de El Tomillar!... Y todo sería porque, como le había dado el dolor a la yegua de «Señó» Rafael, le daría a él lástima de que ella no tuviera quien la llevara y por ello la llevaría... ¡Qué bueno! ¡verdad? ¡Cuándo olvidaría ella acción semejante?

Siempre lo había creído ella... así, un poquillo orgulloso y como engréido de su posición y de su valía: pero ¡vaya un chasco

el que se había llevado aquella tarde! La misma llaneza no era tan llana, como lo era don Juan... ¡En fin, hasta empeñarse en que ella le hablara de tú por tú!... ¡por cualquier cosa, iba ella a hablarle de tú y a no decirle don!... ¿Estaba ella loca?...

¡Y qué rebién se iba a las ancas de aquel caballo!... Como que mano de brida semejante... paso más suave, imposible: hasta la fin del mundo sería ella capaz de ir a las ancas con él... ¡como una seda!

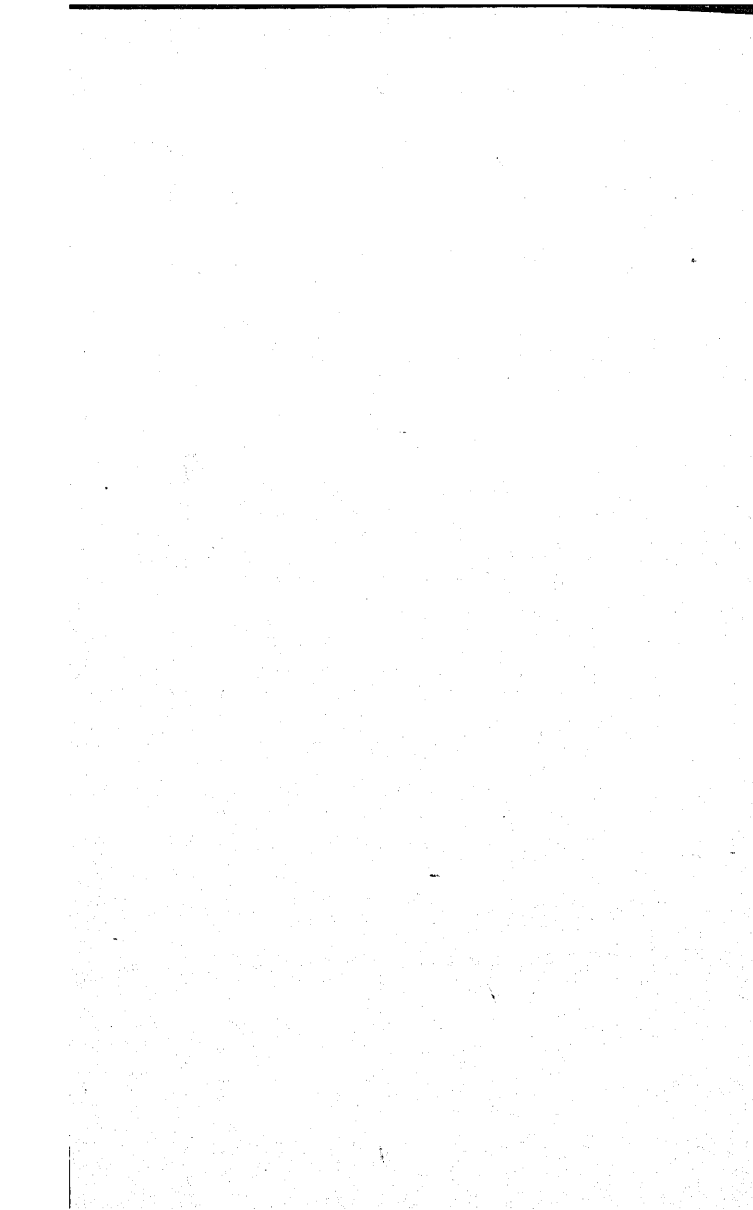
Ya podría llamarse dichosa la mujer que se lo llevara... ¡Ayl... Dios quisiera que fuera buena y digna de él; porque sería una lástima que un hombre como aquel cayera en manos de una cualquiera que no se desviviera por hacerlo feliz; ¡tan bueno!... ¡con tan buen co....ra....zón.....—

Pues nada: que se ha quedado dormida como un patriarca. Y son las tres de la madrugada, y tú, lector, sin malditas las ganas de dormir. Pues ya no hay más remedio: o a la camita, o a la fiesta del Mayordomo, a oír a Josefilla la Coscona, a quien le da por el género fino, cantar al son de la guitarra que puntea su novio:

---Gorverán las oscuras golondrinas
De tu barcón sus nidos a corgá---

¿Que no quieres tú «gorvimientos»?
Pues a casa a dormir; que mañana será de día
y verá la tuerta los espárragos.





XII

En que se desmiente lo de «come y calla»
pues se habla más que se come

¡Buena estaba a la hora de la comida del día siguiente la Camarera! ¡Con decir que ni los mismísimos demonios podían aguantarla! Por supuesto, que mayor triunfo que el de «la gentuza» de Abajo sobre los «señores» de Arriba, no se había conocido, desde que se hacían funciones en El Tomillar. Sí señor, habían ganado: triste era confesarlo, pero era verdad: habían ganado. ¿Y cómo no, si habían traído una banda de música militar, cosa en El Tomillar ni siquiera soñada hasta entonces, y eso para la calle solamente, que para la Iglesia se habían descolgado nada menos que con la capilla de la Catedral? ¿El sermón? pues nada menos que predicado

por un señor Canónigo, con su traje coral y todo su cuento para que no faltara ni ese pormenor; y, lo que valía más que todos los trajes corales habidos y por haber: sabiendo mi hombre lo que se decía y haciendo un panegírico de la Santa Cruz, verdadera filigrana de bellezas y de primores oratorios, como doña Clara no tenía memoria de haber oído otro, desde que oía sermones en el mundo... Nada: lo que ella había pensado sinnúmero de veces y nunca se había atrevido a poner en práctica por temor al ridículo de una copla: otro año, a Cascotes, o a Villafadrique, o a Sevilla, o a la gran China, con tal de no estar en El Tomillar durante la función de la..... canalla (porque ya no era ni gentuza) de abajo.

Y a todo esto, las tres y pico de la tarde, y su sobrino Juanito, sin haber venido a comer todavía, ni haber ella encontrado con quién desahogar su berrinche... Y la mesa, puesta hacía una hora; y la sopa, hierve que te hierve...; y el flan, atrayendo todas las moscas y asimilándose algunas... ¿Dónde andaría aquel bendito niño, babosillo de los demonios, más enamorado que Cupido y más sin formalidad que una veleta?

De más sabía ella que lo de la ida al Romerito de Abajo no era a humo de pajas, y más cuando se enteró de que iba de Abanderada la de Gil: pero lo de que ella no tenía ni noticia, ni el menor barrunto, era que también la de don Federico... ¡a ver qué trata! soñaba en su locura (porque para ello era menester estar loca) llegar a entrar en la familia... ¿Y de abajo y todo?... ¡Ajajál... ¡Cabalito amén Jesús!

—Hijo, ¡bendito sea Dios! bendito sea Dios—empezó a decir doña Clara a Juanito que entraba en aquel instante, colgaba el sombrero, dejaba el bastón, se desabrochaba la levita y se desanudaba la corbata:— ¡bendito sea Dios y qué poca cuenta echas en nada de este mundo! ¿De dónde vienes, que te has tardado tanto?

—De ver al señor predicador, tía.

—¿También esa? ¿De modo que no has tenido bastante con ir al Romerito de esa.... canalla, sino que también has ido a cumplimentar a su predicador? ¡Cuando digo yo...

—Pero, tía...

—No hay tía que valga, ni excusas ni mentiras: ¿estás?

—Pero si es un señor finísimo, que vivía en la fonda en que yo me hospedaba, y es muy amigo mío...

—¡Hombre, qué casualidad! Hasta este año no han venido amigos tuyos a predicar a Abajo: ¡mira que la cosa es más particular de lo que parece! ¡Cuando te digo yo!.. en fin, anda ya a la mesa, que estará todo hecho una plasta, y más para echárselo a los perros que para que lo coman los cristianos.

—Pues mire usted—replicó jovialmente el sobrino—si tan para los perros está la cosa, que se lo echen y comeré con mi padre.

—¿También esa? ¿bravatas a mí? ¡Cuando digo yo que algo raro te está a tí pasando!... ¿Te han prohibido también que comas conmigo?

—Vamos, tía: la verdad: hoy tiene usted ganas de bronca... Bueno: pues sepa usted para su gobierno, que ni me han prohibido que venga a comer, ni ha nacido todavía quien, fuera de mi padre y de mi señora «Doña» tía, me ponga a mí leyes: ¿está usted, señora Camarera?

—Sí: alardea de independencia y echa

la pata por alto. ¡Como si yo no estuviera enterada del pe a pa...! Pero ponte más sopa, criatura, que eso es muy poco... Y ahonda, que estará en el fondo todo el menudillo.

—¿Y de qué está usted enterada, si se puede saber?

—Espérate que se vaya esa... ¿Que de qué estoy enterada? Pues de lo que saben hasta los perros: de que llevaste ayer al Romerito a... esa que cose y de que estuviste tonteando con ella a más y mejor. ¡Yo se lo diré a tu padre, tontito! ¡yo se lo diré!

—¡Vamos hombre! ¡pues está uno fresco! ¿De modo que llevar al Romerito a una muchacha, porque no puede llevarla el que la iba a llevar, porque se le había puesto mala la bestia, es ya ni más ni menos que tomarse los dichos?... ¡Gente más novelera y más aficionada a chismes que la de este pueblo!...

—¡Calla!... Anda, sírvete el cocido... No: no me sirvas a mí: sírvete a tí solo, que a mí se me ha pasado ya la gana... ¡Tomarse los dichos, no! pero dar que hablar a la gente, y, más que dar que hablar a la gente,

dar que roer a tu pobre prima y, de rechazo a mí...

—Total: que, por lo visto voy a tener que pedir permiso a mi prima, hasta para venir a comer con usted. ¿Pues no puede irse mi prima a contar los frailes y dejarme en paz? ¿Me meto yo en nada de lo que ella hace?... ¿Le digo yo alguna vez que vaya o que venga? ¿Pues por qué esa majadería de andar contándome los pasos y de meterse hasta en lo que yo sueño? ¡Ahí tiene al médico! ¡Que arree con él! ¡A bien que anda mi hombre bebiendo los vientos por colársele en casa!

—Que te calles, que vienen ahí con la carne... Perc chiquillo, ponte más... Anda... chorizo... ese poquito de pechuga que tanto te gusta.... ¿No quieres hoy jamón?... Hijo, ¡qué redesganado te «han» puesto!

—¡Y dale, bola!

—¡No: que no le voy a dar!... Ahí voy yo a consentir que una Alburquerque se quede por dos velas y en Triana y pospuesta a.... una piojosa que le debe a tu padre hasta la camisa que lleva puesta: ¡y de Abajo para que no le falte nada!

—Pero tía: ¿quién le ha metido a usted en la cabeza que yo he mirado siquiera a esa muchacha... ni que he pensado en mi vida en semejante cosa? Que la llevé ayer tarde al Romerito, porque no tenía la pobre quien la llevara: ahí está todo: y que a estas horas se acordará ella de mí, como de los habitantes de la luna... ¡Cuidado con la importancia, hombre que ha dado usted a esa tontería...

—No andes con tiquismiquis y ponte más croquetas... como sé que te gustan las de seso y leche... No, lo que es esta te la comes, para que sea en memoria de la Santísima Trinidad... ¡Chiquillo, no te comas eso: ¡niño más aficionado al perejil!... En fin y para remate y para que me entre el cuerpo en caja: que con esa muchacha no hay nada ¿verdad?

—Nada: pero absolutamente nada. ¡Como ese sol que nos alumbra!

—Y por consiguiente, que me darás el gusto de... ¡vamos!... que tu prima y misobrina... ¿me he explicado?

—Mire usted, tía: esos ya son otros López. Mil veces le he dicho a usted que,

como primo, bueno: ahora, como otra cosa, que perdone por Dios, porque no llevo suelto.

—Pero ¿por qué, confiscado niño?

—Porque es muy grande.

—¿Muy qué?

—¡Muy grande! ¡Muy grande!

—Cuidado que no soy sorda.

—Muy grande, y muy gorda y muy rica, y con un bozo de bachiller, que llegará, si Dios no lo remedia, a bigote de señor doctor, y yo no quiero en mi casa otros bigotes, que los míos. ¿Se entera usted?

—¡Chiquillo! ¿un alón nada más?.... ¡Cuando te digo yo que algo raro pasa por tí!... ponte siquiera ese medio muslo, criatura... ¡Hombre, déjate de rábanos y come cosas de alimento!... Pues déjalo, que no faltará quien se lo coma. Conque todas las tachas que tienes que poner a tu prima son que es muy rica y muy guapa, ¿verdad?

—No he dicho guapa, tía; sino grande: muy grande y muy gorda y...

—Pues, hijo, dame gordura y te daré hermosura.

—Sí: pero dame bigote y te daré... carabinero.

—¡Quítate de aquí, chocante, que no te puedo ni ver y me vienes con carantoñas y zalamerías! Y dime: ¿en qué libro has leído tú que el ser rica una mujer sea una falta, como para no poder casarse con ella?

—Jamás he dicho eso: lo que sí digo y diré mientras viva, es que el hombre que se casa por el dinero, merecía que le grabaran en la frente con un hierro ardiendo la palabra «vendido» y, para ser consecuente con mis principios, no quiero ricas.

—¿Pero tú no eres rico? ¿Van a creer que vas por lo de tu prima, cuando a Dios gracias tienes el doble que ella?

—Pues por si acaso.

—No es ahí, ¡farandulero, hipocritón y cógelas al tiento y mátalas callando! no es ahí donde te aprieta el zapato, so tunantón; es que ni te gusta, ni te ha gustado nunca: que, si como no te gusta te gustara, ya veríamos cómo todos esos remilgos iban a parar a donde yo me sé.

—¡Cabalito! usted lo ha dicho. Ni me ha gustado nunca, ni me gusta ahora, ni me gustará probablemente por los siglos de los siglos amen. Y, como yo me estimo dema-

siado para venderme a ella ni a nadie por todos los dineros del mundo, cate usted ahí por qué no la he pretendido, ni la pretendo, ni la pretenderé mientras el cuerpo me haga sombra. ¿Lo quiere usted más claro, doña Idem?

—¡Anda y vete a la porral; pero cállate, que viene esa ahí con el pescado... Mira que está muy fresco, y en amarillo, como a tí te gusta... Ponme a mí esa cola... No, hombre, quítame un poco... Bueno: te daré gusto. ¡Para bien agradecido si Dios quisiera! Pues mira; te lo voy a decir, y no harta de vino, pues, como habrás visto, no lo he catado: como dejes plantada a tu prima, que es tu sangre, por esa... pobretona abajera, ¡entérate bien! te desheredo, como Clara me llamo. Lo que es con lo mío no se regodea ella ni nadie que no me dé a mí la realísima gana ¿estás? Conque piénsalo a tus solas y toma tu resolución.

—Yo la tengo tomada.

—¿Y se puede saber?

—Espere usted que me sirva flan, que debe estar delicioso, aunque no sea más que por la cara que tiene... ¡Adiós! ¡ya manché

el mantel! Con razón dice usted que como se ponga limpio, se «sella» ¿no es esa la palabra? se sella a la primer postura... ¡Riquísimo, tía, riquísimo!... y saliéndole el limón y la nuez moscada.

—¿La nuez moscada, demontre? ¿Dónde has visto tú flanes con nuez moscada?

—Bueno: pues lo que sea: como yo no sé lo que se le «echa» y está tan rico... ¿Sabe usted que voy a ponerme otro poco?... ¿Ve usted? ahora no se ha manchado el mantel, será que, como ya está sellado...

—Sí, búrlate de lo que yo digo: pero verás cómo no se pone nunca un mantel limpio, que no quede sellado en la primer postura.

—Bueno: ¿y aquí ya no se toma café?

—En la sala lo tomaremos.

—¡Alza, peneque!... Quien me parece a mí que se ha vuelto abajera a la vejez, es mi señora tía: mira sinó, cómo celebra la fiesta de su Cruz con el café en la sala y todos sus menesteres. ¡Claro! ¿para qué quiere ella su juego de plata, sino para cuando repican gordo? En cuanto vea a la Chata se lo voy a decir... Pues tome usted el brazo y

vámonos para allá... ¡Que tome usted el brazo le digo!... Que... Mire usted que me la echo a cuentas en cuanto ande usted con dengues y remilgos de señorita cursi!.. ¡Que como lo digo lo hago!... ¿Lo vé usted? ¡si estaba usted deseandito, deseandito de formar pareja conmigo!... Bueno: pues quiere decir que usted no quería ni a tres tirones, sino que se deja llevar, sólo por darme gusto... Lo mismo, mismísimo que dije: el servicio de plata saliendo a relucir. ¡Yo se lo diré a la Chata en cuanto que la vea!...

—Conque vamos a ver, so marrullero: ¿cuál es esa determinación que tiene usted tomada?

—Cuando en mi casa me hablan con crianza, mala anda la danza: conque apee usted el tratamiento.

—Pues bueno: ¿cuál es esa determinación que tienes tú tomada?

—¿Otra te pego? ¿pero no íbamos a tomar el café, en el juego de plata?... ¡Digo!... ¡digo! ¡y su cognac, tres estrellas!... ¡Tate, y su curaçao y todo!... Lo dicho: que ha llegado la Cruz de Abajo y que hay que tirar la casa por la ventana. Ya estoy oyendo

a las chiquillas cantar, sobre poco más o menos:

La señora doña Clara
Se ha borrado de su Cruz:
Doña Clara es abajera...
Padre nuestro amén Jesús.

¡Caray, qué bien ha salido la copla!... nunca creí que yo fuera tan poeta: ¡improvisar y todo!... Y a propósito de improvisaciones: voy a decirle a usted... ¡Caray y qué rico está hoy el café!... una copla que improvisé también, hace dos o tres días y que no deja de tener gracia. Usted conoce a don Juan Pérez: ¡el médico!; pues bueno: el muy pampoli acaba de retratarse, vestido de toga y muceta, sentado en un sillón, y con una calavera en la mano.

—¡Oye!—¿y eso, por qué?

—Para que se vea que es médico, digo yo: pero resulta que, por haberlo puesto el fotógrafo mirando al objetivo de la máquina, el retrato mira al que lo mira, y no a la calavera, ni Cristo que lo fundó. Crea usted que está lo más desencajada y estrepitosamente cursi que pueda usted imaginarse.

—Bueno: ¿y tú qué le has dicho?

—Decirle, nada: sino escribirle al pie, pero desfigurando la letra, para que no la conociera Carlota la del abogado que es a quien él se lo regaló con una dedicatoria, y que lo tiene, o, mejor dicho, lo tenía sobre el piano, esta aleluya:

Para no estar mirando
La calavera,
¿«Pa» qué te has retratado
De esa manera?

—Hijo, ¿y tú por qué haces esas cosas?

—¿Qué quiere usted? lo ví, me hizo gracia la pedanteria, se me ocurrió la copla, y como se me ocurrió, ¡ahh!... se la espeté. ¡Ahh....

—¿Qué es eso? ¿tienes sueño?

—Que me estoy ¡ahhh!... cayendo nada más.

—¿Estarás malo, hijo mío?

—Tía, yo creo que sí... ¡Tengo una pesadez y unas ganas de acostarme! Si no tengo calentura, qué sé yo lo que será esto.

—¡Hijo, no me lo digas! ¡Jesús, María y José, y las cosas que vienen a las casas!...

¡Anda a tu cuarto ahora mismo! ¡Y lo que yo siento, hijo mío, es que quizás tendré yo la culpa, con el mal rato que te he estado dando! ¡Vaya por Dios, vaya por Dios, vaya por Dios!... Yo voy a llamar al médico, que yo no estoy tranquila.

—Si quizás no será nada.

—¿Qué, nada? ¡ojalá no lo fuera!... ¡A ver la frente!... ¡Como una fragua! ¡Y tan colorado!... ¡Como un tomate! ¡«Enseña» el pulso!... ¡Como el de un caballo, aunque en mala comparación!... ¡Anda, hijo, acuéstate, por el amor de Dios!

—No: lo que voy a hacer es irme a la otra casa, no sea que se asuste mi padre.

—Pues que vaya contigo José dándote el brazo, no sea que te caigas en el camino y luego sea peor.

—No señora: ¿para qué ese lujo de precauciones? luego cualquier cosilla llama la atención.

—Pues solo, no consiento yo que te vayas.

—Si ya estoy casi bueno.

—Eso es por no disgustarme.

—No: de verdad: ya me ha pasado casi todo, y en cuanto duerma un rato...

—Pues anda, hijo, vete. Pero arrimadito a la pared ¿estás? ¡Por la sombrita!... ¡Que estás más malo de lo que tú te crees!

—Pues quede usted con Dios.

—Un beso, hijo... ¡Adiós y que te alivies!

—¡Madre mía del Dolor, que no sea nada!... ¡Una misa, como no sea nada!... ¡tres! ¡digo nueve!... ¡y una cantada!... ¡Jesús, María y José! y qué desgracias las que vienen a las casas a lo mejor...—



XIII

En que el médico corre peligro de que le tomen
medida de una prenda de abrigo; quiero decir:
de una bufanda, con otras cosas de que
podrá enterarse el curioso lector

Quien merece los honores de un capítulo aparte, es el señor doctor de El Tomillar, y no seré yo ciertamente el que se lo escatime. Y con efecto.

No había ido al Romerito, porque no era de Abajo, como tampoco era de Arriba, y aun cuando hubiese sido abajero, en una burra, como comprende el lector, no iba a ir un señor de su categoría.

No había ido, así pues, al Romerito. Pero había presenciado la entrada, desde la puerta del casino, tomando café con unos cuantos, y le había hecho malditísima gra-

cia ver a Carmela a la grupa del caballo de Juanito Ibáñez.

Los amigos que con él estaban, lo hubieron de notar, y no faltó de entre ellos quien se atreviera a ponerle un par de banderillas de fuego con esta saladísima copla:

—A rey muerto, rey puesto
Dice mi madre:
No pases tú penitas,
Niña, por nadie.

Sí: nadie sienta morirse por la falta que haga, señor doctor.—

El médico, que necesitaba poco para estallar con sólo haber visto el garrido grupo de Juanito y Carmela, tuvo de sobra con la seguidilla y el refrán: y, mirando desdeñosamente a su interlocutor, se permitió decir:

—Pero siempre resultará que yo fui el que... segó: y ese el que salió a espigar por mi rastrojo.

—¡Lo cuar es una mentira, como una jesa, y una solicitú pa que le rompa yo a usted la jeta en cuanto güerva usted a boqueá infamia semejante, so titirimbaina!—le con-



testó tambaleándose de ira «señó» Rafael, que estaba en el corrillo y que enarbolaba el hercúleo brazo, para no ser como el reloj de Pamplona, del que se dice por las Andalucías, que apunta y no da.

—¡«Señó» Rafael, por Dios!—exclamó el de la copla, sujetándole el brazo—no vayamos a tener una perdición por una tontería.

—¿Por una tontería?—contestó el interpelado: —¿Po pa cuándo ha jecho Dió las gofetás, sino pa cuando un alabancioso, como ese sinvergüenza, echa abajo de una bocaná la honra de una mujé de bien? ¿Qué dice usted a tó esto, so blancote?—prosiguió, encarándose con el galeno:—¿Se atrieve usted a sostené lo que ha dicho, o es más fáci urtrajá a un ánge, que verse la cara con un hombre?... ¡No le tomo a usted media de una gufanda, porque no es mesté que diga usted que ha calurniao, pa que tós estemos convencíos de que tito ha sío pura fantesía. ¡Conque arza el párpago, que has pisao un queso! ¡y cúdaiito, cúdaiito con la singüeso de aquí pa alante, si no quíe usted que le jaga con ella un corbatín.—

Y el médico se calló, con color de pajuela en la cara, y con más «jindania» debajo del chaleco de la que creyó que su barraganada podía costarle. El de la seguidilla mandó traer unas copas para por medio de libaciones aplacar a «señó» Rafael; pasó el Romerito, se dispersó la gente y el médico se levantó para irse a visitar.

«Señó» Rafael no consintió que se fuera, sin cogerlo por las solapas y decir a los tres o cuatro que formaban el grupo:—Conque coste, señores, que lo que ha dicho er señó no ha sío más que decí por decí: por lo consiguiente, que costé, y cudiao con er Cristo que es de plata. Er primero que jable por ahí atento de esta custión, que sepa que me tiene encima, y que me voy a queá dormío dándole puñalás. ¡Tuvía que vé! ¡ofendé a la vergüenza y a la honra en persona!.. Conque vaya usté con Dió, señó don dortó, a su purso, y güena mano erecha, y aquí no ha pasao ná.—

Y el doctor se fué, pero (yo no sé si será porquería decirlo: si lo es, perdóneme el lector y séame leve la crítica) se fué el doctor, decíamos, pero con el vientre movi-

do y dándole gracias a Dios de no llevar movida otra cosa: la dentadura por ejemplo. Anduvo como sonámbulo por las calles, y, dejando las visitas para el siguiente día, se entró en su casa.

Despachó con muy malos modos a una mujer que se encontró esperándolo y que le traía un chiquillo que se le había quemado en una mano con un cohete, diciéndole que le pusiera un poco de vinagre aguado, con hojas de lechuga.

—Güeno: un plato de ensalá—le contestó la mujer, resentida por lo casera y primitiva que le pareció la medicina.

—¡Que se largue usted de aquí, so indecentel!!!—le replicó, casi en do de pecho. La mujer se largó, poniéndolo como un caño, y él se encerró en su alcoba, dando un portazo tal, que hizo retemblar el tabique.

Y encendió la luz. Y con la luz encendida se alijero de ropa. Y alijero de ropa, se dió a pasear por la pieza, con las manos a la espalda, la cabeza caída hacia adelante, y mordiéndose, pero sin hacerse daño, el labio inferior. Harto de pasear, vaciló entre acostarse sin cenar o acostarse cenado; y,

como lo segundo le pareciera más higiénico que lo primero, apagó la vela, salió á la pieza contigua que servía de comedor, y pidió de cenar.

A punto estuvo de tirarle los huevos a la criada porque estaban claros; el jamón porque estaba gordo, y la ensalada, porque estaba agria; pero se contentó con poner a la aturrullada doméstica como un guiñapo, y amenazarla con plantarla en lo ancho de la calle, si no variaba de medio a medio. Sin embargo, se bebió los primeros (los huevos) despachó un par de lonjas de lo segundo (el jamón) y regular porción de la tercera (ensalada); comió un poco de queso fresco con miel recién sacada de la colmena que le habían aquella tarde regalado, acabó de reñir, y con nuevo portazo, se encerró en la alcoba.

¡Carmela!... ¡ahl... ¿por qué no podría él odiarla, y, más que odiarla, echarla en el pozo de la indiferencia, cuyo fondo creo yo que será el olvido eterno y sempiterno?... ¡Qué pena no poder decir al corazón «por ahí no se va, ea, conque a dejar ese camino y bueno está lo buenol»

Porque lo más particular de la cosa era que mi hombre, que se creía desenamorado por la sola razón de que le convenía estarlo, se encontraba con que no había tales carneros; sino antes por la inversa, había visto aquella tarde y estaba viendo entonces que el amor que él juzgaba pretérito perfecto estaba en perfecto presente y había levantado la cabeza para decirle, con toda la elocuencia con que dicen que habla su señoría, que hiciera lo que tuviera por conveniente, pero que supiera que la mujer que a él le llenaba el ojo... y el corazón ¡y el corazón! ¡sí señor, el corazón! no era, ni podía ser nunca otra que la modista, Carmelita Morán. ¿Que le convenía más Pepita Alburquerque? ¡Conformes! El amor no se lo negaba ni aquel era el camino; pero, como no se trataba entonces de conveniencias, sino de gusto, siempre resultaría, que lo que le decía el amor no tenía vuelta de hoja, a saber: que la *ella* de él, era y sería siempre Carmela Morán.

Pero ¿por qué?... ¿por qué había de gustarle tanto como le gustaba, cuando precisamente quisiera él que le fuera lo más in-

diferente del mundo... ¡como la del abogado! sin ir más lejos?... ¿Por qué habría hecho Dios tan indómito el corazón humano, y por qué no marcharían de común acuerdo la cabeza y él?... ¡Mirásemos que el corazón diciendo ¡Carmela Morán! y la cabeza por su parte ¡Pepita Alburquerque!...

Pues ésta también estaría contenta a aquellas horas con lo acaecido por la tarde, si había visto la entrada del Romerito, que sí la habría... Nunca mejor ocasión que aquella para hacer una hombrada, en la casi seguridad de caer en blando... ¿La hacía, o no la hacía?... ¡A la una, a las dos, a las tres!.. ¡A bien que el que no se arrojaba al mar no pasaba!

Un pliego de papel. Una pluma nueva y unas gotas de agua al tintero, porque estaba la condenadísima tinta espesa como unas poleadas y no era de mandar a casa de Gil por un bote nuevo... ¿Qué le decía, qué no le decía?... Empezáramos por la fecha y ya saldría lo demás, y si no salía, allí estaba mañana, porque después de todo no era puñalada de pícaro, y de allí a siempre, mirásemos si había lugar.

Y se puso a escribir.

«El Tomillar, 2 de Mayo de 189...

» Señorita...

¿Pepita o María Josefa? Lo primero era más cariñoso, lo segundo más formal... Pues pondríamos María Josefa y ya en el cuerpo de la carta saldría el Pepita. Por tanto...

» Señorita doña María Josefa de Albuquerque y de Saavedra.

» Pepita idolatrada:

—¿Ves tú? ya salió.—

» Porque sé medir las distancias, hace tanto tiempo que adoro a usted desde lejos.»

—Aquí unos puntos suspensivos vendrán muy bien.—

»... y porque el amor no conoce distancias, me atrevo hoy a manifestar a usted el infinito con que mi corazón la ama.»

—¡Hombre, qué exordio más monótono! Prosigamos.—

» Sé que usted merece más que la pobre posición que pongo a sus plantas, con todo mi sér; pero créalo usted, Pepita: si como Dios ha querido dotarla de pingüe fortuna, la hubiere hecho mendiga, con orgullo le hubiese ofrecido entonces la misma

mano, que hoy, lleno de encogimiento y cordedad, me decido a ofrecerle...

—¡Caray! ¡caray, caray y qué cosas tan bonitas las que se le ocurren a uno a lo mejor!... ¡Vaya un párrafo salado el que ha salido al correr de la pluma! Pero insistamos.—

»Ni siquiera me atrevo a suplicarle que me conteste pronto: prefiero la agonía de la incertidumbre, a la muerte instantánea que me causaría su repulsa.»

—¡Olé, por los conceptos profundos y las frases galanas! Otro empujoncito, y fuera carta.—

»Pero no; sería cruel, y los ángeles no saben serlo, contestar con un desdén a una adoración... ¡Pepita, por Dios!... no permita usted que muera el que no tiene otro delito que amar a usted, como no se ama más que una vez en la vida.

»Es de usted y lo será siempre, aunque usted no lo quiera, fino, amante y rendido adorador, que besa su blanco pie,

JUAN PÉREZ DE CALDERÓN.»

—¿No está mal, verdad?... ¿Qué digo,

mal? Magnificentísimamente es lo que está. Lo de sí, como es rica, fuese mendiga, es quizás lo más bonito de la carta. ¿Lo creerá?... ¿y por qué no?... ¡Somos tan fáciles, y tenemos tan buenas tragaderas para creer todo lo que nos halaga?... ¡Y las mujeres!...

¿Y con quién se la mando?... Dársela yo mismo en propia mano, me parece cursi. Mandársela con la criada, me resulta ordinario. . y además que me haría poquísimo salero una calabaza pública... Más vale echársela por la ventana, cuando pase yo mañana por allí, y no haya en la calle testigos de vista... Pues le pondré una postdata, en que se lo diga, y será lo mejor.—

Y tomó el pliego y escribió lo siguiente:

«P. D. Porque va en este pliego el nombre adorado de usted, no me atrevo a confiárselo a nadie. Yo mismo se lo echaré por la ventana, donde suelo verla, cada vez más hermosa y más tentadora. Vale.»

—Y de contestación no le he dicho nada. Pues otra postdata.—

Y tornó a escribir:

«La contestación la leeré en sus ojos. Pero quisiera releerla escrita por usted. ¿Por

qué no la pone usted en la misma ventana, con un piquito fuera?... Adiós, mi vida.

JUAN.»

Y quitado de en medio este quehacer, y siendo harto entrada la noche, el médico se desnudó y se tendió en la cama. Se acordó de «señó» Rafael y le deseó una pronta y santa muerte, y, si no santa, lo más pronta posible. Se acordó de Carmela y le deseó unas viruelas negras, que le pusieran la cara como un tostador de castaña. Se acordó, por la fuerza de las ideas asociadas, de Juanito Ibáñez, y le deseó un desheredamiento de su tía Clara, pero con herencia a puerta cerrada a favor de Pepita, y, deseando que ésta le dijera que sí, se casara a las voladas con él y se le muriera de repente la mamá, dió una media vuelta y se quedó dormido... pero poquito a poco,



XIV

En que esta historia, lejos de ir adelante,
como parece natural, retrocede

Como el único personaje casable de esta historia que queda sin una visita a su interior en la noche víspera de la Cruz de Abajo es Juanito Ibáñez, y como mis lectores (si los tengo) más bien que molestarse con la tal visita, quizás se huelguen de ella, retrocedamos del punto en que lo vimos por última vez y entrémonos de puntillas en su dormitorio.

Sí: está lujosa la habitación. Y es que, como don Agustín no ha tenido en el mundo otro placer que mimar a su niño, quiso hacerle esa fineza o agasajo, cuando vino con la carrera concluída.

¿Qué enchapado, ni qué niño muerto?

Roble macizo por todos cuatro costados, y lo mismo la cama, que la mesa de noche, el ropero de luna, que el lavabo, y la sillería, que la moldura del cuadro de la Virgen del Carmen del testero de enfrente a la puerta.

Porque Juanito era muy devoto (cuanto devoto puede ser un muchacho de mundo) de la Virgen del Carmen. Su madre había llevado ese nombre y quizás de ahí procedería su devoción. Y, como no había quedado retrato de ella, porque siempre tuvo la buena señora horror cervical a colocarse ante la lente de una cámara oscura, Juanito, con sus ahorrillos de estudiante, mandó pintar el cuadro y tallar la moldura, para en un solo objeto tener reunidas las dos prendas de su más tierno amor. La Virgen Santísima y el nombre de su madre.

Tontería es meterse en estas minucias y pormenores; pero como es tan hermoso el cuadro y tan artística la moldura y se vé también a la luz de la lamparilla de plata que continuamente arde ante él, me he permitido consagrarle la impertinencia de estos renglones. Tenlos, lector, si te desplacen, por no escritos, y tornemos al unigénito de don Agustín Ibáñez y de Albuquerque.

Volvió del Romerito, con todos los que habían ido: a la hora en que se suele volver: a la oración.

Fué con toda la cabalgata a la casa del Mayordomo, a depositar el ramo de romero a los pies de la Cruz, y se alejó de allí, como todos los otros, a lo que se llama y es en efecto «repartir las jinetas.» Como la suya era Carmela, fué a llevarla a su casa, para entregársela a doña Paca y darle las gracias, como se las dió, por haber fiádose de él, entregándole aquel ángel. ¡Vaya una muchacha buena, y más que buena, con talento!

Siempre, siempre le había gustado a él, y a ella aludía, cuando estuvo tentado de hacer que su padre se pusiera la levita, para ir a pedirla en el primer capítulo de esta historia: pero, gustándole sobremanera, jamás se le había acercado, por temer el muy platónico que, tratada íntimamente, le pluguiera menos que vista desde lejos, y por querer el muy egoistón de todos los demonios vivir como buey suelto, para bien lamerse, siquiera... siquiera ¿qué menos? hasta los treinta años.

Por eso coqueteaba de lo lindo con todas las que se le terciaban buenamente, y hasta no buenamente; reservando la que había de ser su definitiva «percha» (usaremos su misma palabra) para cuando llegara el momento de liarse la manta a la cabeza y hacer la hombrada de casarse.

Por eso, hasta aquella tarde no había echado nunca un rato de conversación con ella: pero, si buena era para vista de lejos, era aún mejor para tratada íntimamente. ¡Vaya un piquito el que tenía la niña! Y no porque pecara de charlantina, no: más bien pecaba de lo contrario: sino por lo oportuno de sus contestaciones, por lo atinado de sus juicios, por la modestia de su propio concepto, por lo hondamente apasionado de su corazón, por... en fin: por la mar de cosas.

—Nada: que es una tontería—le había dicho él, camino del Romerito—que nos hablenmos de usted, y es menester que eso se acabe y que se acabe esta misma tarde.—Hábleme usted de tú,—le había dicho ella—¿pero yo a usted? ¡que vergüenza, Madre mía del Dolor!

—Pues esa sí que está buena: tutearte yo a tí y dejar que me hables de usted!

—¿Y por qué no?

—Porque no: porque somos iguales.

—¿Iguales en qué, don Juan?

—Pues en todo.

—¿Seré yo ciega que no lo veo? Mire usted: usted es un hombre de posición y de carrera, que podrá ser el día de mañana... y sin mañana: hoy mismo: hoy mismo es usted... en fin, y sin adulación: la primera figura del Condado, y yo... pues una costurera, como para El Tomillar. Usted, rico; yo, pobre. Usted se casará el día de mañana con quien le pega; con una señorona, que me llamará a mí para que le eche un día de costura, y que desde luego no habrá de llevar a bien el que una sirvienta suya tutee a su marido.

—¿Pero no somos iguales en edad y de una misma clase?

—Por Dios, don Juan: no diga usted simplezas. ¡De una misma clase!

—De una misma clase: y si no, tú dirás: ¿qué es mi padre? Abogado: un hombre de carrera. ¿Qué era el tuyo? vamos a ver:

otro hombre de carrera: médico, como el mío, abogado.

—¿Y quiere usted comparar?...

—¿Qué? ¿que tu padre murió pobre y que el mío se dice que es rico, y quizás será más el ruido que las nueces, porque de dinero y santidad, la mitad de la mitad?

—Mire usted, señor don Juan: con agua pasada no muele el molino. Mi padre murió ya, y las cosas deben estudiarse en su punto. Lo que hay de cierto es que usted será siempre el hombre de carrera y de posición llamado a brillar, y yo la pobre modistilla, llamada a coser. Y si está bien que sea usted tan bueno conmigo, ¡Dios se lo pague! y tan llano, que quiera que le trate de igual a igual, en mí está no pasarme de la raya y no hacer cosa que desdiga, ni de usted, que merece respeto, ni de mí que debo respetar. Hábleme usted de tú que con ello me pone una corona; ¡pero yo a usted? ¡mientras me llame Carmen! ¡Ave María Purísima! ¡qué vergüenza!

—Pues mira, haz tú lo que quieras, porque tu gusto es para mí más digno de respeto de lo que tú misma te figuras: pero yo te hablo de tú.

—Y hace usted muy rebién; y no sabe usted el gusto que me da con tratarme de ese modo.

—Pues ese mismo me darías tú a mí haciendo la propio, ¡so egoistona!

—Pero usted puede darse otros muchos gustos, y una tiene tan pocos...

—Bueno: Y si algún día se nivelara nuestra posición, ya que ese es el inconveniente que alegas, ¿me tutearías?

—¡Como eso es imposible...

—¿Imposible, qué?

—Que usted baje tanto, que se iguale a mí, o que yo suba tanto, que me iguale a usted.

—¿Pues qué? ¿no puedes tú el día de mañana... casarte...

—¡Con la tierra!

—¿Qué es eso de con la tierra? ¿Vas a ser monja?

—Ojalá tuviera vocación, que no la tengo.

—Entonces, ¿por qué no has de casarte?

—Porque no: porque soy muy exigentona y me va a pasar lo que a Bertoldo: que no voy a encontrar árbol que me guste.

—¡A ver! ¡explícate, que me place oírte! ¿Qué es lo que tú has soñado, que piensas que es imposible de encontrar?

—Pues un hombre que me llene.

—Según eso, necesitará muchos requisitos.

—No, señor; con uno le sobra.

—¿Y se puede saber, por si yo conozco alguno que lo tenga?

—Sí, señor ¿por qué no?

—Pues dímelo ¿cuál es?

—¡Que tenga corazón!

—¿Corazón?

—Sí señor: con eso me sobra. Verá usted. El que sea rico o pobre me importa poco; pues, a Dios gracias, sé yo ganarme una peseta y sobre todo, que Dios no le falta a nadie, ni a los pájaros del aire, ni a los lirios del campo, como dice todos los años en el sermón de San Cayetano el señor cura. Lo de bonito o feo tampoco me importa, porque, como dice el refrán, quien feo ama hermoso le parece. El que sea de tal casta o de cual familia también me tiene sin cuidado, porque después de todo cada uno es hijo de sus obras, y nada más. Lo que yo exigo a

mi hombre es corazón que sepa querer. Pero un corazón que sea firme, como las montañas, que siempre están en el mismo sitio y no varían nunca... no como las veletas, que hacen a todos lo vientos; un corazón, hondo para el cariño, como la mar, que dicen que nadie le ha visto el fin; un corazón, grande como los cielos, que es lo más grande que Dios ha criado... en fin, y para no decir más tonterías, un corazón como el mío.

—Oye: y tú que no has tenido nunca novio, porque yo lo sé, ¿cómo es que sabes tanto de esas cosas?

—¡A ver!... necesitará una, para saber lo que le pasa por dentro, que venga a decirsele este ni el otro?

—Pero si tú no has querido nunca, ¿cómo sabes que tu corazón es firme, hondo y... ¿cómo era lo otro? ¿grande, sí; grande? dilo.

—Esas cosas.. nace una con ellas aprendidas.

—En resumidas cuentas: que para tí la riqueza en el hombre es nada.

—Sí, señor: nada.

—La hermosura...

—Menos.

—El linaje...

—Retemenos.

—Sino que lo que tú buscas es un corazón como el tuyo: ¿no es así?

—Buscarlo, no lo busco, porque las mujeres no podemos buscar.

—¿Pues entonces...

—Que lo espero: es decir: esperarlo, tampoco, porque creo que el Señor rompió el molde: sino que, si me lo tropezara por ahí, me pondría muy contenta y me llevaría toda la vida en cruz, dándole gracias a Su Divina Majestad.

—¿Quién sabe?... ¡quizás no esté muy lejos alguno que, si no tan igual al tuyo, porque Dios, según tú, rompió el molde, merezca la pena de que se recoja.

—Si no es como el mío, no lo quiero. —

Y Juanito Ibáñez, tan correntón y tan dicharachero con las mujeres, ya no supo en toda la tarde cómo reanudar la conversación de los corazones firmes, hondos y grandes. En cambio, le contó a su jineta las muchísimas cosas bonitas que había en Sevilla, lo grande que era Barcelona, lo divertido de la

vida en Madrid, lo... en fin, una retahila de impertinencias sin orden, ni concierto, ni arte, como el que, abstraído por una idea que lo subyuga, se empeña, porque así lo exigen las circunstancias, en hablar por hablar.

Después, la entrada, el reparto de las jinetas y a la vuelta de cada cual a su casa a dejar la caballería y, a la fiesta de casa del Mayordomo unos, y a la cama otros. Juanito Ibáñez había sido de los últimos.

¿Y entraría mi hombre abstraído y turulato en su dormitorio, que se acostó con el chaleco puesto y sin rezar la salve a la Virgen del Carmen que desde que su madre se la enseñó no había omitido ninguna noche? Pues, sí señor: tan abstraído y turulato había entrado en el dormitorio. Y no era éste el sólo indicio de su aturullamiento y de su abstracción; sino que eran ya las tantas de la noche, cuando llevaba cinco horas de acostado y sin que su señoría el sueño se hubiese dignado de agraciarse con su visita.

¿Quién tendría la culpa de fenómeno tan raro en él, dormilón impenitente que apenas se acostaba se quedaba «cuajado» y caía siempre en la cama, como piedra en pozo?.

¡Por vida de Carmela, y qué ruido estaba dando a todos los personajes casables de esta historia en la noche víspera de la Santa Cruz! ¡Mira tú, hasta quitar el sueño a Juanito Ibáñez!

Grabada se le había quedado en la memoria, y, más que grabada, esculpida, como si su memoria hubiera sido un bloque de mármol, donde un escultor hubiese a fuerza de cincel modelado una Carmela... Tan clara, tan distinta, tan enérgicamente y tan de bulto la veía y la sentía dentro de sí... ¡Que sí! que era su percha y que no tenía vuelta de hoja; y era una tontería de repique estar perdiendo el tiempo, hecho un inútil zángano de la colmena de la humanidad.

Si siempre la había querido ¿por qué no decírselo de una vez? ¡Para andar hecho un... «pirandón» sinvergüenza, ¡sí señor, sinvergüenza! ofendiendo a Dios a destajo y expuesto a las consecuencias de un traspies...? ¡Que esto era cómodo y hasta sabroso? Vaya si lo eral y como prueba al canto, su conducta. Mas como el hombre no había venido a este mundo a gozar y regodearse como un cerdo, sino, como decía tía Clara, a

servir a Dios ora en el altar, ora en el matrimonio, era defraudar a Dios y a la humanidad... andar como él andaba... espigando en campo ajeno y... robando ¡cabalito!... ¡robando! lo que vale más que la plata y que el oro, porque, una vez perdido, no hay moneda que sea suficiente a volver a adquirirlo!

Bien se lo decía su padre: que se casara. ¿Y qué más natural?... ¿No era rico?... ¿No estaba en la edad crítica para hacerlo?... ¿No tenía a la vista una mujer, hermosa, como la juventud, discreta y prudente, como la ancianidad, y honrada y buena, que ni de encargo?... Porque mirásemos que iba bonita en la sencillez de su atavío... ¡parecida a la presuntuosa de Merceditas Gil, recargada de raso, encajes y cintas, como un escapate de tienda de tejidos!... ¡Murieran los colgajos y vivieran las perchas! ¡Cuidado si iba bonita con aquel vestidillo de poco más o menos!... ¡Claro! ¡como que lo era de por sí, no tenía necesidad de belleza por metros!... ¿Pues dónde le dejaba usted las explicaderas de la niña y las cositas tan rebién dichas con que lo había tenido embobado,

lelo y boquiabierto toda la tarde?... ¿Y lo de los corazones que hacen a todos los vientos como las veletas?... ¿Lo habría dicho por él?... Pues por aquella santa cruz, que ya no iba a tener que decirlo más; porque muchacho más juicioso, recoleto y austero que él desde el día siguiente, no iba a haberlo en cien leguas a la redonda... ¡Así! a dejarse de picos pardos y tonterías, a sentar la cabeza y a hacerse digno de acercarse a aquel ángel.

¡Jesús, Jesús, Jesús, y la que iba a armarse en el pueblo!... ¡Gracias que a él le tenía perfectamente sin cuidado!... ¡Su Padre!... ¡Su tía!... ¡Esta; ésta iba a ser la que iba a dar más ruido! Con su padre casi contaba él, porque, sobre ser el buen señor la debilidad con bigotes, no tenía nada de ambicioso, y no quería otra cosa, que verle casado con una mujer de bien: pero tía Clara... ¡con lo encaprichada que había estado siempre en casarlo con Pepital!...

Y no era que tuviera él aversión á su prima... Cabalmente era una muchacha de lo más honrado y discreto que él había tratado. Pero era tan grande, tan gorda, y, sobre todo, tan peluda... que ¡la verdad! le pa-

recía un macho. En fin, que no era su tipo Pepita Alburquerque.

Como tampoco lo era Celia Valdés, la candidato de su padre. Verdad que ni pecaba de grande, ni de gorda, ni de peluda; antes tenía contornos, perfiles y proporciones de estatua de los tiempos del arcontado de Pericles... Pero era tan marisabidilla, tan bachillera y tan dada a alardes de ilustración, que «le resultaba» un académico. Gustábale a él en la mujer, más talento que ilustración, y no más ilustración que talento; Celia tenía más de la primera que del segundo, y le resultaba así: una tonta ilustrada, y por ende, insoportable para tratada íntimamente... Celia le olía a macho además, hasta por sus aficiones... ¡Tirar!... ¡tirar!... la mujer no debía tirar, sino de la aguja. Montar a caballo... pasara, siquiera por lo antiguo de la costumbre; ¡pero en bicicleta, como él la había visto en su coto de Villafardique?... ¡horror, horror, horror! ¡Lo dicho! ¡que a él le horripilaba en la mujer todo lo que trascendiera a machuno! Su tipo era la mujer, mujer la que tiembla ante una escopeta aunque esté descargada; la que grita

ante una salamanquesa, y se sube a las sillas para huir de un ratón; la que siente la voluptuosidad del remiendo y pierde la vista haciendo vainicas en la ropa blanca; la que por averiguar cómo se hace un dulce, un embutido, o una conserva, es capaz de un viaje al Polo Norte; la... en fin: la mujer tímida y hacendosa; agradable a la pata la llana; buena hasta el heroísmo, sin saberlo; con hermosura, con discreción y con virtud, aunque con faltas de ortografía... ¡Tampoco era su tipo Celia Valdés!

¡Merceditas Gil?... ¡La muñeca de trapo, como él la llamaba en sus monólogos? ¡Libráralo Dios de que él se casara en su eterna vida con mujer así!... Claro que la mujer debe hacer por agradar y para ello echar mano del arte, como de marco que brillante la naturaleza. ¡Pero si aquella criatura sometía la naturaleza al arte y a la moldura el cuadro!... ¡si era enteramente, y ni más ni menos que un maniquí! Para aquella muchacha, su cabeza no era otra cosa, que una perilla de carne con pelos rubios, criada por Dios, para clavarle horquillas, peinetas y peinecillos, ponerle flores.

o tocarle un sombrero. Su busto, otra cosa de carne, sin más misión ni por qué, que lucir corpiños sin arrugas, con entredós o agremanes, gasas, plumas, pieles, abalorios, o demonios coronados que se estilaran. Su ser entero, en fin, otra cosa semoviente que meter dentro de los vestidos, para que éstos no estuvieran en el arca, sino que salieran a la calle, a llamar la atención, a despertar envidias, o a recoger aplausos. Por tanto, estuviera segura Merceditas Gil de que, por parte de Juanito, podía ella llevarle la palma a Santa Rosa. Tampoco era su tipo la mujer trapo, la mujer percha.

Y a propósito de perchas. ¡Mirásemos que las indirectas de Carlota habían tenido salero! Cuidado con la sopa ensalada con que le había ido la otra tarde de que en el pueblo no se decía otra cosa, sino que ellos estaban en relaciones, y de que su padre, el abogado, le había preguntado que qué era lo que había entre ellos!... ¡¡Un abismoll! ¿Qué, si no, iba a haber entre él, con veintitrés años y ella, con cerca de diez más; él, «cotufero» de gusto y descontentadizo y exigente, como no había otro, y ella, más

flaca que una carta, chata, verdinegra, con los dientes picados, y, por añadidura, chismosa, iracunda, deslenguada, vengativa, y con una lista de novios pasados, con los cuales habría, cogidos de la mano, para darle la vuelta a El Tomillar? Tuviera por seguro el señor abogado, que lo que era aquella finca, se le quedaba vinculada, y como censo eternamente irredimible... ¿Cargar él con aquella «Karaba»? que cargara con ella Miss Leona, o como se llamara la mujer atleta que él había visto en el circo de Madrid, cargar hasta con piedras de molino...

Por consiguiente, Carmela, Carmela y Carmela; pero pronto, pero pronto, pero pronto: pues, como decía el refrán, el casamiento y el caldo, pelando, y, una vez decidido a casarse, no dejarlo enfriar.

Por tanto...—y el sueño rozó con las plumas de sus tardas alas los párpados de Juanito Ibáñez, y éste se quedó dormido... con el chaleco puesto y la salve, por rezar.



XV

Que debía ser el XIV, si no hubiéramos
retrocedido a ver lo que le acaeció a Juanito
Ibáñez en la noche víspera
de la Santa Cruz

Lo que Juanito hizo al día siguiente, ya lo sabe el lector: es decir, parte de lo que hizo. Porque el lector no sabe que en la función de Iglesia, en la que asistió de tiros largos en la puerta de la sacristía, que era su sitio, desde el principio hasta el fin, no hizo otra cosa, que mirar con el rabillo del ojo unas veces, y a las claras no pocas, a Carmela que, vestida de un trajecito de alpaca gris y envuelta la hermosa cabeza en una mantilla de blonda catalana de las mocedades de la exmédica, estaba junto al altar de la Virgen de los Angeles, y meramente un

ángel vestido de alpaca gris y con mantilla de blondas le estuvo pareciendo a él.

Ni que decir tiene que la interesada se percató de la cosa antes de que la Misa hubiese llegado a los «Kiries»; pero, como la poca formalidad de Juanito y su alegría de ojos eran en todo El Tomillar proverbiales, y se creía ella punto menos que nada para que todo aquello terminara en casorio, y «otra cosa» estaban verdes, Carmela se agarró a su devocionario por no saber qué hacerse con los ojos, y, lee que te lee, aunque sin enterarse de nada de lo que leía, se llevó toda la función de punta a cabo.

Pareciéndole que leer durante el sermón era desacato a la palabra divina y falta de urbanidad contra el que la pronunciaba, cerró el devocionario, aunque dejando en él como registro el dedo índice de la mano derecha, y... a mirar muy fijamente al Padre predicador. Pero, fuera por esa atracción verdaderamente magnética que la mirada ajena causa en la propia, fuera... ¡vaya usted a saber por qué! lo cierto fué que en más de una ocasión, y de tres, y de cinco, y sin que todo su empeño en evitarlo fuera parte para

conseguirlo, sus ojos se confrontaron con los del émpecatado señor don Juan, que parecía no haber ido aquella mañana a la Iglesia para otra cosa, que para quitarle a ella la devoción... ¡Cuidado con el reimprudente, hija!...

Y llegó la súplica, y en ella «la marcha de Cádiz» como llamaba un amigo mío por aquel entonces a los arranques patrióticos de los predicadores, que a la guerra de Cuba, en que estaba empeñado el honor nacional, aludían; y, como sea costumbre que las mujeres se arrodillen cuando llega esa parte del sermón, Carmela se levantó de la silla de tijera en que estaba sentada, y se puso de rodillas muy devota detrás de la columna de junto al altar de Ánimas, con lo que Juanito Ibáñez, mal de su grado, dejó de darse el gustazo de estar comiéndosela con los ojos, el muy... comilón.

Acabó la función, con la bendición y la reserva. Siguió el tradicional refresco, abundante en vino de la hoja, aguardiente «discretamente aguado» que daría un capuchino, por la Mayordoma, que era larga como pelo de huevo, y no escaso de pesti-

ños, piñonates, «rosas», que así se llaman en El Tomillar las flores de sartén, hojuelas con grajea espolvoreada por encima, tortas de polvorón, bizcotelas, panales de rosa y garrapiñas, y en el que no hubo un santo que hiciera a Carmela asistir ¡mire usted qué tontería! porque iba don Juan Ibáñez acompañando al Padre predicador. Claro está que ella tuvo muy buen cuidado en callarse muy calladito el por qué no iba, como había ido otros años e iba toda la «crema» de la hermandad: pero, por estas que son cruces, que no tuvo otra razón, que la anteriormente apuntada. ¿Lo del dolor de cabeza?... mentira y rementira.

En cambio la que estuvo desde el principio hasta el fin, fué la del abogado, con su traje de gró por supuesto y la gola, o peto, o lo que fuera, que había improvisado la noche antes; y Merceditas Gil que, aunque sin ganas de ello, no había tenido más remedio que inclinar la cabecita y concurrir, para hacer los honores a sus huéspedes doña Curra «de» Domínguez y sus hijas Lolita y Fanny que estaban de temporada en Casco-tes y que se le habían entrado por las puer-

tas aquella mañana, atraídas por lo ruidoso de las fiestas de El Tomillar.

¡Lo que comieron aquellas criaturas y lo que hablaron, doña Curra, con el predicador, a quien no había visto hasta entonces, pero que así y todo se empeñaba en hacerle ver que lo conocía muchísimo, y que eran hasta parientes; Lolita, con Merceditas; Carlota, con Fanny, y todas con todas, porque habilidad como la de las mujeres para hablar con veinticinco a un tiempo y a la vez que cincuenta, es cosa para alabar a Dios que así las ha criado!

¡Pues y cuando Juanito Ibáñez se acercó al grupo de nuestras conocidas, con una batea de pestiños?...

— ¡Tres llevo ya comidos! — (Mentira: que eran cinco) díjole doña Curra—pero basta de media vez que usted se haya molestado, para que tome otro con muchísimo gusto. —

Y giró la vista por todos cuatro confines de la batea (porque era cuadrada) y cogió el más gordo; Lolita, el que seguía en tamaño al que cogió su madre; Fanny, el más enmelado; Carlota, uno muy rubio que

partió con Juanito y cuya parte se permitió poner en la boca del galán con su propia mano, por tener éste ocupadas las suyas con la batea, y Merceditas, medio, pero de mala gana, de soslayo y «por no despreciar» al que se los ofrecía.

Juanito soltó la batea, no sin que protestara en su interior doña Curra, que se hubiese comido otro con mil amores, y aun dos, si se terciaba; Juanito (decíamos) soltó la batea y vino a sentarse entre las dos to-milleras y las dos sevillanas.

Merceditas, que estaba resentida con él por lo acaecido la tarde anterior en el Romerito, hubo de desenrugar el entrecejo y de tornársele un tantico festiva, para que la ganzúa Carlota no explotara en beneficio propio la displicencia suya; Carlota, que había jurado en Dios y en su ánima no omitir sacrificio en la conquista, se puso hasta a secretear con él; y las «vestales» recién llegadas de Cascotes . . . figúrese el lector que las conozca, el voraz apetito casamentero que tan rico bocado, como Juanito Ibáñez, les abriría...

A Fanny le gustó mucho el pañuelo



que llevaba Juanito, no sé si porque era de seda, o porque era del galán y Juanito se lo ofreció no con poca insistencia.

—¡Que no! ¡qué disparate!—decía muy resuelta a no aceptarlo:—si todo lo que le gusta a una fueran a regalárselo... ¡no señor, muchas gracias!

—Vamos, niña—dijo la mamá desde el sofá, dejando al señor predicador con la palabra en la boca;—cuando el señor te lo regala con tanto empeño, será por que tendrá gusto en que te quedes con él. Tómaselo, que los regalos no se desprecian. —

Y Fanny, obediente, como buena hija, tomó el pañuelo, dió las gracias al donante y se lo guardó (el pañuelo, que no el donante) entre la chaquetilla y el vestido.

En esto llegó el médico al grupo, trayendo otra batea de garrapiñas y caramelos, y doña Curra cogió un puñado de estos últimos «para el Padre predicador, que estaba un poco ronco y con aquello se aliviaría». El predicador le aceptó uno, porque era poco aficionado a lo dulce, y la pobre señora tuvo que hacer el sacrificio de quedarse con ellos, «porque ya, manoseados, no iba a vol-

verlos a la batea». Sus niñas también los tomaron, y hasta hicieron que Juanito Ibáñez aceptara un puñadito de cada una ¡gente más franca! y Merceditas y Carlota, no queriendo ser menos, comieron y regalaron que era una bendición. ¡Con decir que la batea no salió del grupo!...

Y, como en aquel momento preludiara la banda el vals de «la sombra» de «Dinorah» pues banda de tan alto coturno como lo era aquélla, podía atreverse a interpretar partituras de Meyerbeer, Carlota «sacó» a Juanito a bailar con ella; el médico hizo lo propio con Merceditas, y las niñas de doña Curra «de» Domínguez tuvieron que apachugar la una con la otra, por no haber en todo el refresco otro pollo que supiera «barsamá» como diría tía Mónica. ¡Pobrecillas!.. Pan con pan...

Terminado el refresco, por haberse concluído cuanto comible y bebible había en casa del Mayordomo, el Padre predicador hubo de retirarse a descansar un poco; nuestras amigas, a peinarse y cambiarse de vestido para la procesión; Juanito, a casa de su tía, donde ya en otro capítulo le oímos

hablar, y el lector y un servidor del lector... pues a casa de Pepita Albuquerque, a quien no hemos echado la vista encima, desde la madrugada.

También había estado en la función de Iglesia con doña Clara, Celia Valdés y Curra Pando, y venídose con ellas a su propia casa. Las señoras se quedaron con la madre, cuyos dolores de reuma no le habían permitido ir, y ella se entró con Celia en el tocador a darse una mano de polvos a la carrera, para ir a asomarse a la ventana, a presenciar el paso de la gente que iba al fresco.

Sobre la alfombra de fieltro verde claro y junto a la peinadora que había delante de la ventana, halló un sobre lacrado, en el que estaba escrito: «B. L. P. a la señorita doña María Josefa de Albuquerque, su Juan.» Ver Pepita la carta y abalanzarse a ella, fué todo obra de un momento; pero no pudo guardársela tan pronto, que no pudiera Celia leer el sobrescrito, haciéndole la gracia que puede suponer el lector, dada la decisión y encaprichamiento de la muchacha por el Juan, por antonomasia, de El Tomillar.

Sin embargo, con una prudencia, rara en la mujer en casos tales, se calló la pobre como una muerta y no dió otras señales de vida, que empolvarse la cara con mucho arte; mojarse en saliva la rosada yema del dedo de en medio de la mano derecha, para, pasándosele luego por las cejas, quitarles los polvos a ellas adheridos; ahuecarse el rizado copete o tupé; componerse la mantilla y dejar el sitio a la otra.

Tan aturrullada estaba ésta con la carta y tan abstraída en saborear de antemano lo que su primo Juan pudiera decirle, que, en vez de hundir la borla en la polvera, la hundió en la palangana. El frío del agua, en que juntamente con la borla hundió o mojó los dedos, le hizo ver lo que había hecho; y riéndose muchísimo, pero con la risa del conejo, de su distracción dejó lo de empolvarse para cuando comprara otra borla; se compuso como su amiga la mantilla y el pelo, y se fué con ella a la ventana, maldiciendo para su capote la presencia de la imprudente que no iba a dejarla en toda la tarde morir de gusto, paladeando las mieles que habría derramado en aquellos renglones su primito Juan.

Y pasó por la calle la banda militar tocando el paso doble «La Giralda»; y tras la banda, el señor Cura y el Ayuntamiento; y los hermanos, a cual más escamondado de cara, manos y pescuezo y a cual más «vestido»; y Juanito Ibáñez, dando la derecha al predicador y hablando con él; y el médico, con el director de la banda que, por ser cosa tan sabida lo que ésta ejecutaba, no había menester entonces ir esgrimiendo la varilla mágica de su batuta; y Carlota la del abogado, del brazo de papá, porque eran neutrales como el médico e iban a todas las partes en que había que comer; y Merceditas Gil, muy compuesta y reventando de bonita, con sus tres huéspedas llenas de requilorios y perendengues de bisutería, pero que daban el palo, y alardeando de elegancia, de distinción y de buen tono; y Josefilla la Cacharra, con su «fichú», y la Zamba de tío Sietetostones, con su «garibaldina»; y Frasquilla la Zarposa, con su cuello Médicis; y... en fin, toda la patulea de Abajo, con los vestidos de sarga de las madres, las mantillas de blonda de las abuelas y todo lo que había dado de sí la cogida de la aceituna,

cado en moños, encajes, catrecillos, guantes, cinturones, abanicos, síguemepollos y gargantillas.

Pero pasó la gente para el refresco, y Celia, sin marcharse; y Pepita, haciendo de las tripas corazón, para estar muy cariñosa con ella. Por fin Curra dió la orden de marchar y se fué con su sobrina y con doña Clara, con gran contentamiento de la Albuquerque, que, sacándose del bolsillo la ya rumiada epístola, le rompió el sobre con mano temblorosa y se puso a leer con culebrinas en los ojos.

«Pepita idolatrada: Porque sé medir las distancias, hace tanto tiempo que adoro a usted desde lejos.»

¿A usted?—dijo entre dientes Pepita:— ¿a usted? ¿y desde cuándo a dónde me habla a mí de usted mi primito?... ¡pero, tate! ¡pues si no es su letra! ¡a ver! ¿Juan Pérez de Calderón?...—

Y sintió tal coraje la chasqueada doncella, que, sin acabar de leer la almibarada epístola, la estrujó entre sus manos convulsas por la ira y la redujo a añicos, tan menudos casi, como los papelillos de Carnaval.

¡Ah! ¿por qué? ¿por qué habría de solicitarla y de requerirla el hombre a quien ella aborrecía, y en cambio no habría de parar mientes en ella el hombre, por conseguir el cual sería ella capaz de dar la vuelta al mundo, de rodillas y en cruz, como los penitentes que ella había visto en el Rocío andar en esa guisa la ermita de la Virgen multitud de veces de cabo a rabo?... ¡Si lo que a ella le estaba acaeciendo en la intrincada cuestión de sus amoríos se parecía al juego de «pégale a quien no te pegue»! Porque ella le pegaba a Juanito; el médico, a ella; al médico Carmela Morán; a Carmela Morán... catara ahí una cosa que la tenía a ella sin cuidado: el o los que pudieran pegar a su modista; en cambio le preocupaba sobremanera la, o las, a quien, o a quienes pudiera pegar Juanito: por ejemplo: Celia Valdés, Merceditas Gil, hasta Carlota; pues, si bien ésta tenía en el concepto de la Alburquerque menos probabilidades que las otras dos, lo cierto era que él no salía de la casa de ella y... ¿quién sabía?... el amor era muy ciego y mayores imposibles se habían visto en el mundo, máxime siendo ella, Carlota,

tan descocada y tan capaz de pretenderlo por lo claro: ¡sí señor, que lo eral... ¡Y llamaba a Carmerla sinvergonzonal... sinvergonzona, ella (Carlota se entendía) que tenia menós, que un perro en el hocico (vergüenza, pues).

—¡Pepal!—empezó a decir en el zaguán de la casa de Pepita una voz femenina, agria, a fuerza de ser aguda, como la de un polichinela:—¡Pepita!—siguió diciendo la misma voz, cada vez más cercana; hasta que se destacó en el hueco de la puerta la figura de la dueña de la voz, que no era otra que Carlota, que volvía del refresco y que dejó a su papá con la madre de la Alburquerque, mientras pasaba ella al tocador de su «amiga» a cantarle el trágala por lo del Romerito de la tarde antes, y a darle que roer a cuenta de Juanito Ibáñez, o de otra cualquier cosa que se terciara. Era de malos centros la criaturita y, de las que se huelgan cuando dan un mal rato, aun sin motivo en el a quien se lo dan; conque teniendo contra Pepita lo del vestido de serrana «que se le había ocurrido» imagínese el lector, si apetecería tomar la revancha.

Esto supuesto, por lo que atañe a la

del abogado, y supuesto el chasco de la carta por lo que dice relación a la Aiburquerque, veamos a ésta recibir y a la otra, entrar.

—¿Cómo estás desde anoche?—preguntó la que entraba.

—Bien ¿y tú?—

Y se dieron dos besos muy rechinantes, uno en cada mejilla.

—¿Por qué no has ido al fresco?—preguntó la visitante cuando se hubieron sentado entre la peinadora y la ventana.

—Porque yo no soy de Abajo.

—¿Y eso qué tiene de particular? ¿Más arribero que tu primo, y sin embargo ha estado, y repartiendo y todo lo que tú quieras? Una nos hemos dado de bailar los dos, que nos hemos puesto verdes. ¡Extremos como los que gasta conmigo! ¡Con decirte que no sale de casa! y a propósito de tu primo. Como se vinieron ustedes anoche tan pronto de casa de Curra, no hemos podido hablar: ¿has visto cinisimo y descoco como el de Carmela? ¡Fíese usted de grajas peladas! ¡La santita!...

—¿Cinismo, por qué?—replicó la Al-

burquerque, no por otra causa, que por «machacar las liendres» a su «amiga» y desquitarse de la noticia del baile.

—¿De modo que no es cinismo y sinvergonzonería ir al Romerito con un hombre con quien no habrá hablado en su eterna vida?..

—Pues, hija, alguna vez se habrán hablado y amigos serán, cuando la llevó:—y, procurando dar a su voz el timbre más naturalmente indiferente que pudo, añadió:—mira cómo no te llevó a tí, y eso que, según tú, estais ahora dándoos el agua a buches.

—Ni a tí tampoco, que eres su prima y el ojito derecho de tu tía Clara—contestó la del abogado, con la misma natural indiferencia de su interlocutora, pero con la misma buena intención. Y se quedaron calladas como dos estatuas y mirándose mutuamente, como dos panteras. Habían procurado herirse y se habían herido de muerte, aunque sin dar la cara. Esto era poco todavía para Carlota, y se permitió este desahogo.

—Me parece a mí que va a haber muchos micos en El Tomillar con respecto a tu primo.

—Pues lo siento por tí—contestó la Alburquerque.

—¡No lloréis por mí, hijas de Jerusalén! —replicó Carlota con rabiosa chunga y entre carcajadas que sabían a la otra a tragos de vinagre de yema;—llora tú por tu cuenta, porque lo que toca el tuyo va a ser el mico padre.

—Con eso tendré uno. Pero si cada novio que se va hay que contarlo por un mico, tú podrías a estas horas tener una piara de ellos que no cupiera en la marisma.

—En cambio tú no has tenido quien te haya dicho en toda tu vida ni por ahí te pudras. Es más: ni lo tendrás: y... ¡algo tendrá el agua cuando la bendicen!

—¡Carlota!... ¡que estoy ciega!...

—Pues cómprate unas gafas.

—Basta, respondió en el paroxismo de la ira la Alburquerque, poniéndose de pie, empuñando la jabonera y dispuesta a estrellársela a la otra en mitad de la cara. Y, como ésta viese el pleito mal parado, echó a huir hacia la puerta, tan de prisa, que, agarrándosele el vestido en la chapa de níquel de uno de los tiradores del tocador, se

hizo «un siete» como para ella sola, y dejó caer de camino una mesa de bambú que soportaba un perro de china que Juanito había traído a su prima de no sé qué feria, y que se hizo mil pedazos al chocar contra el suelo.

—¡Me alegro!—dijo la Alburquerque, al ver el siete de la del abogado.

—¡Me alegro!—dijo la del abogado, al ver hecho trizas el cachivache de la Alburquerque: pero tan simultáneamente llegaron a decirlo, que cualquiera que hubiese estado escuchando no hubiese percibido más que un solo—«¡me alegro!»



XVI

**En que la cosa, sobre ir de veras, va más de prisa
de lo que el lector se figuraba**

Cuando Juanito Ibáñez llegó a su casa, terminada la comida en la de su tía, saludó a don Agustín, que leía la correspondencia en el despacho; se entró en su habitación; se desnudó en un santiamén, y se tendió en la cama cuan largo era, con intenciones de darse un hartazgo de dormir, que hiciera época en los anales de su vida de dormilón impenitente, empedernido y demás predicados que cuadren al que ha menester diez horas de sueño diarias, que eran las que él necesitaba, mucho más en un día como aquél, siguiente a una noche de vigilia, como la de la víspera.

Casi traspuesto estaba, cuando sintió

en la puerta un golpecito, que desde luego conoció que era de su padre. Se levantó en el atalaje en que se encontraba, descorrió el pasador de la puerta para dejar paso franco a don Agustín, y, tornando a tenderse, se cubrió con la sábana para recibir decentemente la visita que el caballero se disponía a hacerle, a juzgar por los preliminares de encender un cigarro, mirar fijamente por espacio de unos segundos al soñoliento mozo y empezar a decirle, no sin haber girado la vista por toda la habitación, como para cerciorarse de que nadie más que ellos dos solos estaban en la pieza:

—Y de juicio, como siempre: ¿no es así?

—¿Por qué lo dices?

—Porque parece, hombre, que te has propuesto el que tenga la gente que traerte siempre en boca.

—Pues no sé por qué.

—¿A qué fuiste ayer tarde al Romerito?

—Pues a lo que se va: a echar una cana al aire y a divertirse un rato.

—¡Y a lucir de camino una buena moza!... ¿no?

—Si se tercia...

—Y en cambio se deja a una señorita, hija del mejor amigo de tu padre, como Celia Valdés, para que la visite... su papá cuando venga por ella.

—Es que yo pienso ir.

—Pero es que has debido ir desde que vino, como lo has hecho siempre, y ni la pobre chica merece ese desvío, ni es de caballeros como yo quiero que seas tú, esa conducta con las señoras.

—Bueno: pues iremos esta tarde si tú quieres.

—No: yo no voy, porque ya ayer la visité con tu prima y tu tía, y además que no quiero que parezca como que te llevo del ronزال; sino...

—Pues yo solo no voy.

—Pero ¿no has ido siempre, pedazo de... angelito?

—Pues ahí verás tú: ahora no voy.

—Todo eso será hasta que se le mande a usted, so mequetrefe.

—Claro: como todo lo que tú me mandas, lo haría: pero hasta decirte que solo no quiero ir...

—Pero ¿por qué? ¿por qué no has de ir tú solo, como en sinnúmero...

—Pues mira, te lo voy a decir. Porque Curra es muy alcahueta y muy sinvergüenza.

—¡Demonio!

—Como lo oyes.

—Pero ¿por qué?

—Porque... verás: Curra me quiere a mí para novio de Celia...

—¿Y qué más natural?

—No vamos a que me quiera ni a que deje de quererme; sino a que me lo dice por activa y por pasiva siempre que viene a pelo, y muchísimas veces que no ha venido ni a pelo, ni a pospelo. Pero no es eso lo peor; sino que el año pasado, cuando estuvo aquí Celia mudando de aires, no fuí ni una sola vez a visitarla que no se le ocurriese a Curra una ocupación perentoria para tener que irse de la sala y dejarnos solos allí. Tú sabes que yo no soy santo ¿verdad? ni mucho menos: pues bien: lo que la santidad no ha hecho, porque, como hemos convenido, no tengo nada de santo, ha tenido que hacerlo la caballerosidad y la decencia, y la hija de tu amigo ha sido respetada por mí, como si fuera hija tuya, y créete: no siempre

está uno en veta de héroe, sobre todo cuando anda de por medio un pedazo de mujer, como la sobrinita de Curra. ¿Me he explicado?

—O lo que es lo mismo: que la sobrina de Curra Pando no le desagrada a mi señor hijo: ¿no es así?

—Para lo que tú no quisieras, no: para lo que tú quieres, sí.

—¿Ahora estamos ahí?

—¿Pues cuándo hemos estado en otra parte?

—Hombre yo tenía entendido que esa muchacha, tanto por su... estampa, que no puede ser mejor; como por su abolengo, que no puede ser más rancio, ni más linajudo; como por su posición, que no puede ser más desahogada, ni más boyante, era, como quien dice, tu media naranja: ¿es la primera vez que te lo he dicho?

—Pues está usted errado sin hache, señor don Agustín.

—Pues créete que lo siento.

—¿Y se puede saber el por qué?

—Porque tengo ansias negras por verte casado y bien casado.

—¿Tanto le estorbo a usted, señor mío?

—Lo que me estorba—siguió don Agustín, en tono patético—es el amargo pensamiento que me persigue, de que voy a morir antes de lo que tú te figuras.

—¡Papá, por Dios!

—Sí, hijo mío: las enfermedades del corazón son muy traicioneras y matan de repente y sin avisar, y la mía no es otra; y no quisiera, hijo mío de mi alma, que te atrapara, como te atrapará el día en que yo te falte, la primer... pelandusca, que te ponga los puntos. Te conozco, como tu padre que soy, y porque te conozco temo por tí. Eres apasionado: eres fogoso, ¡un niño con bigotes! y te veo expuestísimo a uno de esos trapiés, tan frecuentes en los de tu edad. ¡Y ay de tí, como llegues a darlo, mientras yo te viva!; porque ¡entérate! te caso con la que sea, aunque sea cunera; y para que no lo des, quisiera dejarte casado con mujer que te mereciera igual a tí en todo, como igual a mí en todo era tu madre que en gloria esté. Y porque Celia me parece pintiparada y tal para cual, me gustaría mucho que no te la dejaras ir y te arreglaras con ella de una vez, y cuanto antes mejor.

—¿Pero tiene que ser con Celia precisamente?

—Hombre, tanto como eso, no. Pero yo la prefiero aun a tu misma prima, aun que no sea más que porque nunca me han hecho gracia los casamientos entre parientes. Pero si ésta es la que te gusta, anda con ella; pues cuando la Iglesia lo permite, sus razones tendrá.

—¡Frío, frío, frío, don Agustín!

—Pues mira, nene: como quieras hacerme consuegro del vampiro ese... de Gil...

—¡Retefrío! ¡retefrío!...

—Pues entonces: ¿dónde demonios tienes ahora puesta la puntería?

—Pero, hombre, eso es querer saber tanto como uno mismo.

—¿Y por qué no he de saberlo? ¿A quién le interesa todo lo tuyo, sino a mí?

—¿Y tanta prisa te corre enterarte?

—¡Pues no, que no!

—Pues bueno: esta noche, si Dios quiere, lo sabrás.

—¿Y por qué no ahora, so... sangre gorda?

—Porque quiero darte toda la sorpresa de una vez.

—¿Y qué sorpresa es esa?

—La de que te enteres de quién va a ser tu nuera, cuando entres en su casa a pedirla.

—¿Estás loco, criatura? ¿Salir yo de mi casa, a pedir mujer para mi hijo, sin saber qué casta de pájaro es lo que voy a pedir?

—Mira, papá: vamos a hacer un trato. Esta noche, al acabarse la procesión, de levita los dos y con todos los requilorios y ringorrangos encima, pues afortunadamente no llamará la cosa la atención en día como éste, nos damos un paseo por las calles de El Tomillar, hasta llegar a la puerta de la casa de mi futura. Si al decirte yo—ahí es,—encuentras algún reparo que ponerle, aparte su pobreza, no hay nada en el trato, y nos venimos a casita, como si tal cosa; y, si te parece bien, entramos y la pides y, si te la dan, como yo espero, nos venimos también a acostarnos; tú, con la tranquilidad de que ya no me atrapa ninguna pelandusca, y yo, relamiéndome de gusto, porque, aquí para entre los dos: la muchacha es de rechupete: créelo.

—Pues conmigo no cuentes tú para esa comedia.

—Pero ¿qué hay de comedia en eso? ¡vamos a ver!

¿Y te parece poco? ¿Qué lugar es el que das a tu padre? ¡Mira que el papel a que lo relegas es sabrosísimo!

—Pues no le veo la punta.

¿De modo que no es ridículo que entre yo en una casa, sin saber...

—¡Si cuando llegues a entrar, ya habrás de saberlo! Mira: tú la conoces: tú sabes dónde vive y no puedes equivocarla ni confundirla con otra alguna, porque en su casa no hay más mujer casadera que ella. Tengo ese gusto, porque me imagino que no habrá de displacerte tu futura nuera. Sin embargo: si, contra lo que yo espero, no llegara a cuadrarte, pasamos de largo y aquí no ha habido nada. Pero ténlo entendido: como no te plazca, hago, antes de acostarnos, voto solemne de no casarme, para mientras me llame Juan: porque, para que te enteres ¡y por esta santa Cruz! ¿la ves? o esa mujer, o ninguna mujer; o esta noche, o nunca; o de la manera que te he dicho, o de ninguna manera. ¿Qué quieres? ¡un caprichito de niño mal educado y consentido!

¿Pero puedo hacer más en obsequio a lo que te quiero, y en correspondencia a lo que te debo, que renunciar a ella, si no es de t  agrado, y renunciar para siempre jamás, y eso que la estoy queriendo desde que nac , que la amo, padre, con todas las ilusiones del primero y único amor, con todos los ardores de la mocedad y a la vez con toda la honradez y toda la pureza, por no decir santidad, con que debe ser amada no la mujer, la hembra, la carne; sino la compañera para toda la vida, la...  qu  s  yo, padre!... porque todo lo grande y lo santo me parece poco para hablar de ella?—

Don Agustín, con los ojos arrasado en lágrimas, pero disimul ndolo, se levantó de la silla y dijo muy serio.—Bueno: conmigo no cuentas t  para ese sainete.—

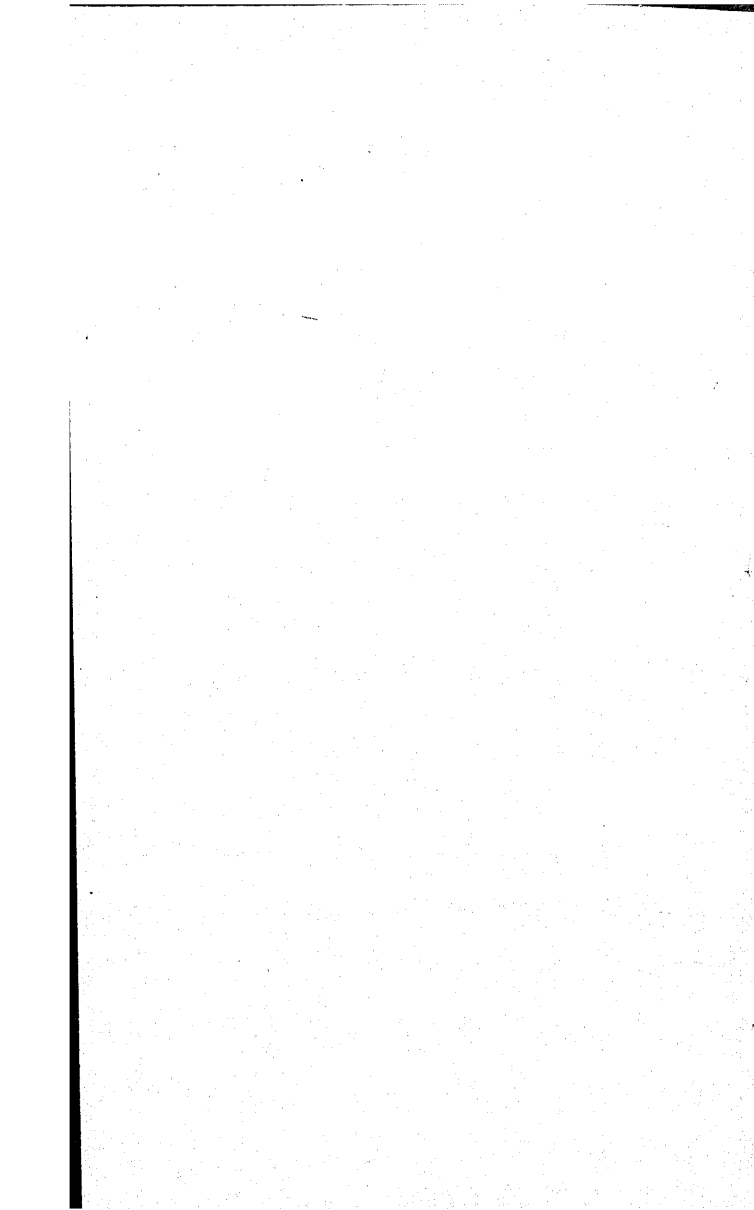
Y se fué hacia la puerta, refreg ndose los ojos con el dorso de la mano y levantó el pestillo. Con el pestillo levantado y sin volver la cara, hubo de añadir:—Pero no te disgustes por eso  est s? que yo lo pensar ...

Y salió de la habitación y cerr  la puerta. Y cuando Juanito hubo corrido el

pasador y se tendía de nuevo en la cama, don Agustín llamó a la puerta, para decir, fingiendo que lo decía de muy mala gana: —Bueno... te daré gusto. Adiós y que descanses.—

¿Descansar? ¡y que fué menudo el brinco que dió Juanito de la cama! Una vez en el suelo, cayó instintivamente de rodillas ante el cuadro de la Virgen del Carmen, y, con los brazos en cruz, le rezó la salve más fervorosa y a la vez más fresca, que había rezado en toda su vida. Más fervorosa, porque la rezó con toda el alma, que rebosaba amor y gratitud. Más fresca, porque la rezó... descalzo y en camiseta.





XVII

Compás de espera

Serían próximamente las seis de la tarde. Multitud de muchachas compuestas, agarradas del brazo y formando hileras tan largas, como anchas eran las calles, recorrían las de El Tomillar, «a san que nos vean y a san que veamos», quiero decir: a lucir las «atrevidas» galas que iban estrenando y a ver las Cruces que la gente de Abajo había puesto, para cuando pasara la procesión.

Las había de dos maneras puestas; a saber: dentro de las casas, y en las calles.

La «postura» de las primeras era así: una sala, la mejor de la casa, con puerta al portal de la calle, se tapizaba de colchas de percal grana y a las veces con cortinas de

«crochet» formando pabellones. Una, dos, o tres sábanas, según el tamaño de la pieza, adornadas con hojas de naranjo o estrellas de papel, formando «simetría» servía de cielo raso a la habitación, completando el decorado; y en el testero principal, cubierto materialmente con cuantos espejos podían en la vecindad recolectarse, la mayor parte de ellos con las lunas de esas «que hacen aguas» se destacaba la santa Cruz, con su arco de flores de talco, sus bandas ordinariamente de talco picado a tijera y su inri de lo mismo. Si había en la vecindad cadenas de oro, relicarios, brevetines y otras cosas que «arrelumbraran», también se le ponían; y si no las había en la vecindad, aunque fuera en el centro de la tierra. Descansaba la cruz sobre un risco de romero, bruscos, almoradux y esparragueras, mojas unas en cal de blanquear, otras en calamocho, y otras en almagre; flores de papel, casi siempre azucenas; corderitos de barro y niños llorones: todo, en fin, lo que «decorara». Tal se ponían y se ponen en El Tomillar las cruces que pudiéramos llamar «de salón» o interiores.

Las de la calle, aparte el arco, las bandas, el inri y demás requilorios de las anteriormente descritas se decoraban de distinta suerte y manera.

Estaban en un nicho, labrado en la pared o fachada de la casa del devoto o devota de donde tomaban nombre; y así se llamaban la Cruz de tío Lechones, o de tía Pitanguera, de tío Mayorazgo o de la Chata, y solían adornarse a esta guisa y tenor.

Un arco de romero, bruscos, almoradux y esparragueras, coloridas por el anterior procedimiento, subía desde el suelo hasta el tejado de la casa, adherido al muro. Cadenas de papel de colores, banderines asimismo de papel o de percalina y, a las veces, farolillos a la veneciana lo abrillantaban de color y lo «enriquecían» de detalles, tapizándose toda la parte de muro que quedaba entre el nicho, siempre pequeño, y el arco, tan grande cuanto el tejado lo permitía, tapizándose, repito, con espejos y retratos, bien de las muchachas que estaban sirviendo en Sevilla, bien de los soldados cuya madre o novia vivía en la vecindad y lo prestaba, bien del niño, de quien cualquiera

de las vecinas había sido nodriza y lo conservaba como oro en panes, bien del secretario del Ayuntamiento, o del maestro de escuela... de cualquier alta personalidad, finalmente, que había hecho por legar a los siglos su peregrina imagen.

Dos o tres quinqués de pared alumbraban a las primeras. Dos o tres trancas alumbraban a las segundas. Y, como el lector, por muy lince que sea, no podrá comprender, por más que se devane los sesos por comprenderlo, cómo una tranca alumbre, habrá de permitirme que le haga la explicación del «aparato».

Es talmente una tranca: un pino pequeño, clavado en la tierra, sobre cuya parte superior, o sea en el arranque de las ramas, se coloca una cazuela, dentro de la cual se encienden y dan no poca, aunque rojiza y humeante, luz, unas astillas de corazón de pino de la tierra, de donde se extrae la brea, conocidas en El Tomillar con el nombre de «escamochos».

Delante de las cruces de salón, no tanto: pero delante de las otras, se baila toda la noche de la víspera y toda la siguiente a

casquillo quitado, tanto para divertirse los devotos, cuanto para que rabien los que están «en turno de hidrofobia».

Pues, como íbamos diciendo, serían como las seis de la tarde del día de la Cruz. Las muchachas, con el arca tocada, y los chiquillos, no menos peripuestos y empavesados, ora comprando buñuelos en las Cuatro Esquinas, ora avellanas, altramuces y botellitas de licor, frágiles como la naturaleza humana, con las que se ponían los vestidos hechos una lástima (pues lo mismo era adquirirlas, que verlas rotas entre las manos y derramadas sobre los atavíos) ora, en fin, jugando a la ruleta del barquillero las «perras» que les dió la madre, la madrina o la chacha, macizaban las calles de El Tomillar, en espera de la procesión que ya no tardaría mucho y como preludios de la cual ensordecían el aire los repiqueteos vertiginosos de la tán, la tén y la tín, desde la enhiesta espadaña del campanario, o desde el enhiesto campanario de espadaña: como quiera el lector.

Los elegantes de El Tomillar no paseaban. La «crema» de El Tomillar se reunía en casa de uno de sus miembros, tanto pa-

ra hacer burla de los adfesios que pasaban desfilando ante su vista, cuanto para no confundirse con la patulea.

Curra Pando «recibía» en su porche, con su sobrina Celia Valdés. La primera, a su tocaya doña Curra de Domínguez, huésped de Merceditas Gil, y la segunda, a Merceditas Gil, vestida de seda color de rosa; a la del abogado, vestida de granadina celeste, y a las niñas de doña Curra, vestidas de raso verde oscuro. Parecían materialmente dos botellas de cerveza las criaturitas.

—Pues sí:— estaba diciendo la embustera Carlota, directamente a Merceditas, y a las otras indirectamente:—él mismo me lo ha dicho y hasta me ha enseñado la carta: que la llevó por compromiso y en contra de todo el torrente de su voluntad: que ni él quería, ni su padre muchísimo menos; pero que, como ella le escribió aquella carta tan suplicante, y hasta tía Mónica, que fué la que se la llevó, le dijo que por Dios y por Santa María no la dejara más fea de lo que era, por eso la llevó al Romerito; pero por caridad y como de lástima. Con decirte que yo misma he leído la carta y hasta me dió

vergüenza de que se arrastrara una mujer de aquella manera... Y todo, para ver si le mete ganas al médico, que parece que anda ahora un poco retraído, y (para que te enteres, Merceditas, y te fíes de ella, y la admittas en tu trato como a una igual) para revolcarse encima de tí y sacarse la espina de la elección de Abanderada: pues no ha llevado otra intención, que hacerte ver que, si tú la habías desbancado, ella iba al Romerito, ya que no de Abanderada, a las ancas con el primer partido de la provincia, y... para conseguir con sus hipocresías, (porque es más falsa que el alma de Judas) y con sus halagos de gatita mansa, que Juanito no te mirara a derechas en toda la tarde; porque desprecio más regrande que el que toda la tarde, según me he enterado estuvo haciendo de tí, no se ha visto en el mundo ni se verá. ¡Conmigo podía haber dado; que no iba a volver a mirarlo, hasta que las ranas criaran pelo...! ¡Groserol ¡Eso no se hace con una señorita...!—

—Y, levantándose del asiento, se fué a donde mentían, quiero decir: hablaban las dos Curras, y se encaró con la Pando para

decirle:—¿Conque por fin accede usted a que tengamos el baile?

—Yo—contestó la interrogada—lo que diga Celia; pero se está quejando tanto desde que salimos de la función del dolor de cabeza... Yo por mí, lo que ella diga.

—¿Estás oyendo, Celia? —prosiguió Carlota.—Dice que lo que digas tú: de modo que por estas niñas—señalaba a las de doña Curra de Domínguez—es menester que tengamos un rato de reunión.

—Yo, hija,—respondió la Valdés—con mucho gusto: pues, aunque no tengo ganas de fiesta con este dolor que no se me quita, basta de media vez que estas niñas quieran que nos reunamos...

—Los pollos son los que andan escasillos aquí;—siguió diciendo la del abogado a las de doña Curra:—aquí, en sacando a Juanito, que creo que vendrá, y al médico, que ese corre por mi cuenta, no hay más que paletos: ¡pueblo de menos paquete que este condenadísimo Tomillar!...

—Pues por nosotras—siguió hablando Fanny, con un gesto de inapetencia y, más que de inapetencia, de asco—no se apuren

ustedes; por que, tanto Lolita como yo, parece que vemos al demonio cuando vemos un hombre. Las proporciones que, con tantísimo como hemos viajado, nos han salido, no tienen número. Como si nada. ¿Consentir nosotras separarnos de mamá, ni para ir a misa?...

Y, torciendo la esquina, aparecieron de repente en la calle don Agustín y su hijo; aquél, como éste, de levita de vestir y chistera, guantes de cabritilla negra, corbata negra el padre y blanca el hijo.

Iban para la Iglesia, con el propósito de asistir en la procesión de la Santa Cruz; pues había en El Tomillar la costumbre de que el Cabildo de cada hermandad invitara para ese acto al Cabildo de la contraria. Pero opinó don Agustín que debían visitar de camino a Celia, encontrada tan manos a boca como la encontraron, y subieron al porche de Curra Pando, a cumplir con aquel deber de urbanidad y cortesía.

Curra mandó traer sillas para los recién llegados, y el padre se sentó con las dos señoras, y el hijo, con las cinco muchachas, previos (ni que decir tiene) los saludos y apretones de mano de ordenanza.

—Precisamente hablábamos de tí—empezó a decir Carlota a Juanito—porque pensábamos reunirnos un rato después de la procesión, y desde luego contábamos con que nos favorecerías.

—Si pudiera venir, el favorecido sería yo: pero esta noche no me pertenezco.

—Sí: hazte de rogar, que eso es muy bonito y de muy buen tono.

—No: aunque me lo rogara quien me lo rogara, no vendría esta noche, porque no puedo. Si pudiera, aun sin invitación vendría, porque...

—¿Pero tan perentorio es lo que tienes que hacer esta noche, que no puedas disponer ni de una hora?

—¡Y tanto, hija mía, y tanto!

—Pues, hijo, quiere decir que nos aguantaremos sin tí. Si quieres que se le avise a la... persona con quien tengas que hablar... o hacer, para que se venga aquí....

—No: muchas gracias. Ni se trata de persona que venga acá, ni de asunto que pueda ventilarse en una reunión.

—Pues tu prima viene aquí,—prosiguió Carlota, metiendo espinas para sacar sardina:—de modo que no sé por qué digas eso.

—Bueno: contestó secamente Juanito: y, dirigiéndose a las dos forasteras, añadió: —¿y qué tal les va pareciendo este villorro?

—Monísimo, monísimo—contestó Lolita.—Como que me recuerda enteramente las cercanías de Niza. Mamá dice que no: que más bien se parece a los de la Lorena: Fanny, que a uno de Irlanda, donde tiene mamá posesiones y pasamos temporadas. Lo cierto es que es un encanto. Es la primera vez que hemos venido; pero crea usted que hemos quedado empicadas.

—Como tienen ustedes tan buena patrona,—dijo Juanito mirando a Mercedesitas.

—¡Un ángel!—contestó doña Curra desde su corrillo:—finísima y generosísima... y lo que yo digo: no nos trate usted tan bien, ni nos mime tanto, que nos va a costar mucho trabajo tener que irnos.

—¡Es muy buena esta niña!—siguió el sangre gorda de Juanito Ibáñez:—y muy mona, ¿verdad?

—Verdad que sí:—contestaron al unísono sus tres huéspedes.

—Gracias:—contestó la aludida, poniéndose muy colorada.

—¿Pero por qué te pones colorada, tontilla?— le preguntó jovialmente Juanito— mira como Celia no se pone, y eso que está esta tarde... es decir: que lo es siempre...

—Bueno:— le interrumpió Carlota a quien no le llegaba una flor ni por un ojo de la cara, con tantas como se estaban prodigando:—¿vas a venir esta noche, o no?

—Ya te he dicho, mujer, que no puedo.

—Pues haz un poder.

—Sí: venga usted, don Juan—siguió diciendo Fanny.

—Crea usted que no puedo, señorita. Se trata de un caballero muy respetable, con quien he convenido en acompañarle en un asunto de familia, que no admite demora. Si no, con mil amores. ¿Dónde mejor, que entre amigas tan de mi gusto como estas tres señoritas, y entre jóvenes tan simpáticas, como ustedes dos? Compadézcame por lo que me pierdo y...

—Sí; como te dejen hablar—añadió la del abogado—no te ahorcan: descuida. Pues bueno: no vengas, que más te ha de pesar a tí que a nosotras: pero créete que no te conozco, de poco tiempo a esta parte.

—¿Por qué lo dices?

—Pues, hijo, porque habiendo sido siempre la pura galantería, te estás poniendo hasta... grosero.

—¡Carlota!

—¡Juan!

—Aunque manos blancas no ofenden, lo que acabas de decir necesita una explicación.

—Pues allá va. ¿A qué fuiste ayer al Romerito?

—Pues... a hacer la corte a nuestra amiga Merceditas, a quien se lo prometí el día anterior.

—Pues hijo; no se te conoció que ibas por ella: de modo, que no vengas a venderle a *la pobre* la fineza de que fuiste por cortejarla.

—Palabra de caballero: sólo por ella fuí.

—Pues mira: quizás te hubiera ella agradecido más que hubieras ido solo, aunque no por ella, que sólo por ella y del modo que fuiste.

—Pero ¿cómo fuí yo?...

—Pues llevando a ancas a quien no pega con tigo, ni es de tu igual.

—No sé por qué no sea igual a mí la que iba a las ancas conmigo. Ni tu padre, ni el mío, son más que era el suyo.

—Sí: pero al fin una costurerilla.

—Una señorita diría yo.

—Que se te metió por los ojos y te comprometió.

—¡Eh! ¡cuidadito con lo que se dice, Carlota! No me pongas en el aprieto de tener que contestarte, como no me gustaría contestar a una señorita como tú, o de portarme como un canalla, dejando que se diga ¡lo que no es! Ni esa señorita se me ha metido a mí por los ojos, ni es de las que se meten por los ojos de nadie.

—Bastante hemos hablado — replicó Carlota, recordando lo que había dicho acerca de la carta, y como dando a entender que daba de barato el callar: — bastante hemos hablado... pero conste que fuiste al Romerito, y que ni fuiste solo, ni sólo por Mercedes.

—Solo no fuí: es verdad. Pero puedo jurarte que, cuando salí de mi casa, salí sólo por Merceditas...

—Ahora, que tú no eres responsable de... en fin: encontrarte con una *percha* en el camino y... caer en ella. Nadie sabe por dónde voy; de modo que no te alarmes... ¡jal! ¡jal!...

—No hay motivo de alarma, Carlota; pero sí:.. encontré la *percha*... y... ¿qué quieres, hija mía?... caí como un pajarito.—

—Y don Agustín se levantó de la silla y empezó a despedirse; Juanito hizo lo propio; y, como en despedirse de unas cuantas señoras, no se gasta tanto tiempo, sobre todo, si son caballeros los que se despiden (porque, si son señoras, ya es harina de otro costal), a los tres o cuatro minutos, estaban padre e hijo más cerca de la Iglesia, que de la casa de Curra Pando.



XVIII

Calabazas por pasiva y calabazas por activa

—¿Está don Juan?

—No: se ha díó ya a visitá. ¿Hay ar-
guien malo?

—La señorita Pepita.

—¿Pero qué es lo que tiene?

—¿Qué se yo? Yo creo que va a ser
ua arcarlatazo (escarlatina) que se va a acor-
dá, pa mientras viva: porque tiene una ca-
lentura, como pa un toro, que está como esta
pañoleta, de colorá. Y cudiao que fué a la
función de Ilesia tan guapamente y que gor-
vió tan juncá y vendiendo salú: pero, cuan-
do eran eso de las tres 'e la tarde, le entró
esa enritación, o lo que sea, y la señora le
ha jecho que se acueste y me ha mandao a
llamá a don Juan, pa vé si le manda alguna

bebía u argo: lo cuar que ella inora que yo he venío: porque lo primerito que encargó fué que no se avisara ar méico, porque no era na 'e particular.

—Po lléguese usté ancá tío Chilindri-
nas, que está con er mal de padrejón, a vé
si ha llegao ya allí. Si no ha dío tavia, es-
pérelo usté u deje usté la razón: porque
aquí no vendrá ya, jasta espues 'e la quea,
que es cuando se arrecoge.

—Po lo pondré por la obra, como us-
té dice.

—¡Que haiga alivio!

--Tantas gracias.

En efecto, Pepita tenía un calenturón
como para ella sola. Había pasado muy mal
rato la tarde anterior, con la ida de su pri-
mo 'al Romerito; le había mortificado sobre-
manera el sueño de aquella noche; la carta
del galeno le había causado un berrinche de
padre y señor mío, y los dimes y diretes,
habidos entre ella y Carlota, vinieron a re-
machar el clavo. Unase a todo esto el haber
estado toda la mañana, acorselada, hasta
más no poder, porque, como hemos dicho,
a cada uno lo coge el demonio por alguna

parte y a ella la había cogido por la cintura, y verá el lector si no está en su punto lo de la calentura de Pepita Albuquerque.

Tenía, así pues, calentura y mucha calentura. Aunque no hubiese tenido tanta, su madre se hubiese alarmado, y, aunque su madre no se hubiese alarmado de por sí, su tía Clara que entró, hubiera sido bastante a alarmar a un ejército, cuanto más a una señora tan apocada de suyo, como su prima política doña Angeles de Saavedra.

La muchacha no quería ni a tres tiros que viniese el médico, pero doña Angeles y doña Clara acordaron llamarlo, sin que ella lo supiese, y, por lo demás, ya ha oído el lector a la «heralda» que enviaron en busca de él.

De casa de tío Chilindrinas iba saliendo el doctor, cuando la criada de la Albuquerque se confrontó con él. Ella le saludó muy respetuosa y él se puso con ella tan mimoso y expresivo, como los aduladores de oficio con los criados de los poderosos de quienes esperan o temen.

¿Pero es para algo profesional?—pregunto el doctor a la criada, cuando ésta le

hubo dicho que «jiciera er favó de dí pa allá...»

—No, señó; no es pa ná'e la procesión: sino que la señorita se ha puesto mala y quié la señora que vaya usté allá, pa vé si le manda argo.

—Pero—¿desde cuándo está mala? por- que esta mañana ha estado en la función, por cierto que iba hermosísima, y después la he visto en la ventana cuando íbamos para el refresco.

—Alospué ha sio el amagón.

—Pues anda, vete para allá; que yo voy a casa a recoger una cosilla que necesito, y ya estoy allí.—

Y don Juan Pérez de Calderón se fué a su casa; pero no a recoger nada que hubiera menester como médico. Lo que fué a recoger, fué un par de botas amarillas, que se calzó; unos pantalones de hilo, que se puso; una camisa de seda cruda, con tirilla y puños de holanda escocesa, que se vistió; un cinturón de cuero del color de las botas, con hebilla de níquel, con que se ajustó al talle los pantalones, una corbata de piqué blanco, que se anudó (no sin clavar en ella

un alfiler de turquesa, rodeada de brillantes americanos) y una chaqueta de alpaca negra, que desabrochada y suelta, como el tabardo tudesco, con que vistió el Duque de Rivas al Carlos V de su inmortal romance, completaba el atavío con que quiso presentarse ante la dama de sus pensamientos el médico titular de la villa, teatro de la historia que vamos en la ruindad de nuestras fuerzas haciendo por narrar.

Cuando iba a salir, se acordó de que no se había peinado, y se volvió y lo hizo. Una vez ante el lavabo, se acordó de que tenía por estrenar un bote de «piel de España» y lo destapó y se perfumó con su contenido; y, encasquetándose el sombrero de paja de arroz con ancha cinta de terciopelo negro, pero echándose al lado muy majamente se contempló en el espejo durante unos minutos, con la misma voluptuosa mirada, con que el Narciso griego, en la tranquila superficie de la fuentequilla mitológica. ¡Estaba guapo de verdad! o, por lo menos, a él se lo pareció, y con eso bastaba.

Con golpeteos en las sienes; el aliento, un si es, no es entrecortado, y secas las fau-

ces, nuestro Narciso puso el pie en los umbrales de su futura... ¡contingentel doña Angeles y doña Clara, que lo estaban aguardando como al santo advenimiento, lo recibieron como al agua de Mayo, y tomando la palabra la primera de ellas, empezó a decirle:

—Usted dispense que le hayamos molestado; pero le ha entrado a la niña un calenturón, como usted no puede figurarse, y, la verdad, aunque ella no ha querido que llamemos a usted, porque dice que no es nada, yo no estoy tranquila, ni Clara tampoco, y queremos que usted la vea. Pero por Dios, no le diga usted que lo hemos llamado no sea que se asuste. Anda tú Clara, entra con el señor don Juan en la alcoba, y que pase como cosa tuya. Después entraré yo.

—¡Niña!... ¡Pepita!... ¡hija mía!...—decía doña Clara a la paciente, para hacerle la presentación del facultativo.—Aquí tienes al señor don Juan, que pasaba por la puerta, preguntó por tí, y, al decirle una de las criadas que estabas un poco indispuesta, ha querido entrar a ver lo que tienes... ¡Pepita!... ¡niña!... ¿no te enteras?... ¡Niña!... ¡Pepita!... Que está aquí el señor don Juan Pérez!



—¡Que no!... ¡que no lo quiero!...—decía Pepita delirando.—Que le escriba a Carmela!... ¡Que no me escriba a mí!... ¡Que no puedo ni verlo!...—¡Que me carga mucho!... ¡Que ni le contesto, ni le contestaré!... ¡Que es muy cargante!...

—¿Pepita?...—¡niña!... ¿estás desvariando?... ¡Ha visto usted, señor don Juan, una calentura semejante?... ¡Niña!... ¡saca la mano, que va a pulsarte el señor don Juan!

—¡Que no!... ¡Que es muy cargante!... ¡Que no le contesto!

—Mire usted, señora—hubo de decir don Juan, aderezado y sin novia, a su extía política:—No es menester pulsarla. Por ahora lo que le conviene es quietud y silencio. Que no entre absolutamente nadie. Ni su madre siquiera. Dejémosla a ver si duerme, se le encaja el sistema nervioso, y se despierta en estado de poder empezar a tomar la quina. A la noche me daré una vueltecita por aquí, y veremos el cariz que va presentando la cosa... Ahora, soledad y silencio, y que nada ni nadie la moleste. Cierre usted la ventana, a ver si con la oscuridad duerme dos o tres horas. Crea usted que no he oído nunca a nadie delirar de ese modo.

—¿Pero quién será ese que le ha escrito? Porque nosotras no sabemos nada.

—Pues quizás nadie. Sino que las calenturas son unas arrastradas... que hacen delirar... sí: delirar... Porque eso es el delirio:... delirar...—

Y se salieron de puntillas de la habitación de la paciente doña Clara y el médico, no sin que resonara en los oídos del apuesto galeno:

—¡Ni verlo!... ¡Que es muy cargante!... ¡¡Cargante!!—

Una duda del novelista. ¿Decía esto Pepita delirando, o fingiendo que deliraba?... Yo, lector, hermano de mi alma, no he podido averiguarlo todavía. Lo que sí puedo asegurarte es que don Juan Pérez de Calderón no volvió aquella noche por allí, ni a pasar por la puerta en muchos pares de días...

¡Le imponía muchísimo oír delirar!

Todavía andaba la procesión por las calles, cuando con el entripado más agudo que él había sentido en toda su vida, pasaba, para ir a su casa, por la puerta de la del abogado... Para pedirle un favor iba mi hombre con los «delirios» de Pepita Albuquerque.

Carlota, que lo había visto venir, lo aguardó en el zaguán, como gato que acecha al ratón, y, deteniéndolo y haciéndole entrar y sentarse en una mecedora, junto a la en que ella se había sentado al verlo torcer la esquina, le dijo con arrullos de paloma enamorada.

Pero antes del diálogo, hagamos un poco de psicología de Carlota.

Por la buena o por la mala, Carlota había jurado casarse. ¿«Ir ella al poyetón»?... Iría... si no había más remedio; pero constaba que protestaba.

Quería ella tener tranquila su conciencia de que, si no se casaba, no era por negligencia suya: y, para quedar exenta de responsabilidades, aguardaba a que la pretendieran como Dios manda, y, si no la pretendían, pretendía ella. ¿No conoce el lector ninguna así? porque yo las conozco.

El primero que tenía en cartera, como tonta y sin saber, era Juanito Ibáñez: y el segundo, el médico... ¡Pero Juanito!... ¡mal hubiera Juanito y toda su casta! había encontrado su «percha» y caído en ella como un pajarito, según su propia paladina con-

fesión... El médico, así pues, se imponía; pero ya, ya; sin plazo ni demora; antes de que él mismo supiera que ella apelaba a las tortas, a falta de pan. Por consiguiente, atraparle y atraparle cuanto antes, era cuestión de muerte o vida... o sea de casamiento decoroso, o de soltería desairada... Nunca mejor ocasión, que aquella noche, ni ningún momento tan oportuno como aquél. ¿Que venía por la calle? pues a acecharlo, y con el achaque de convidarlo para el baile de Curra, preparar el anzuelo, echarlo al mar y tirar de la caña...

—Si buscas milagros, mira... —y se puso a recitar, mientras llegaba y no llegaba el codiciado «partido», el responsorio de San Antonio.

Por lo de «díganlo los paduanos» iba Carlota, cuando pasó el doctor por su puerta, y, después, ya lo ha visto el lector entrar en la casa y sentarse en la mecedora junto a la vestal por fuerza.

—Cuidado que contamos con usted esta noche—empezó a decir la dama—para un ratito de reunión que vamos a tener en casa de Curra Pando. De modo que no se haga usted esperar.

—Pues lo siento, Carlota, pero no puedo. Tengo una neuralgia en toda la parte parietal, que estoy como beodo y voy a acostarme en cuanto llegue a casa.

—Lo siento con toda mi alma, don Juan: ¿no sólo por usted, con sentirlo muchísimo, sino también por mí, aunque no sea más que por el lugar en que me deja.

—No veo el por qué deje yo a usted en mal lugar, no yendo a esa casa esta noche.

—Pues crea usted que me deja en muy mal terreno.

—Insisto en que no veo el por qué.

—Pues muy sencillo. Como me bromean tanto con usted, porque siempre están, dale que dale, con que si estamos o no estamos en relaciones, al acordar esta tarde tener esta noche el rato de reunión, desde luego me comisionaron a mí, para convidar a usted.

Yo, la verdad, ni tenía ganas de reunión, ni me creía con derecho a que fuera usted, o dejara de ir, por insinuación mía; pero, habiendo dicho, tanto Celia y Curra, como Mercedes Gil—nada, tú te lo traes,

que a tí no te ha de decir que no—he contraído, por así decirlo, el compromiso de que vaya usted, so pena de quedar en el concepto de todas ellas más baja que arrancada y más fea de lo que soy, que no es poco.

Carlota, al llegar aquí, esperaba que el médico habría de decirle que no: que no era fea, ni aquel era el camino. Pero no se lo dijo. Lo que dijo fué lo que sigue:

—Pues no sé de dónde habrán sacado que nosotros estamos en relaciones, cuando hace varios días que un retrato, que yo había dedicado a usted y que usted no tenía reparo en tener a la vista de todo el que quisiera verlo, ha desaparecido del lugar en donde estaba.

—Ese retrato existe, y existirá mientras yo viva: ese retrato...

—Ha desaparecido de su lugar, sin que yo sepa el motivo de su desaparición.

—Pues existe, y en lugar no peor, si bien más secreto.

—Pues entre amigos honrados, con verlo basta: enséñemelo usted.

—¡Don Juan, Don Juan!—empezó a de-

cir Carlota, con la dramática entonación de una doña Inés de la legua:—sólo la duda de la verdad de un amor (digo) de mi palabra, me ofende y me sonroja. El retrato lo tengo guardado, donde no puedan verlo otros ojos que los míos; porque ¡créame usted, don Juan! hasta el aire que lo tocaba me llenaba de celos. Crea usted en la palabra de una pobre mujer, que no puede prestarle otro testigo de la verdad con que le habla, más que a Dios... ¡El retrato existe!

—Pues con verlo basta. Tráigalo usted. ¿Qué otro mejor testigo?

—¡El retrato!... ¡En fin, que yo no se lo enseño!

—¡Claro! ¿cómo va usted a enseñarlo, si no lo conserva? Pero es raro que no haya usted tenido celos del aire que le tocaba, hasta que ha empezado a menudear sus visitas a esta casa don Juan Ibáñez.

—Don Juan Ibáñez ha venido acá siempre.

—Pero de higos a brevas; y sólo cuando ha empezado a venir diariamente ha sentido usted celos del aire que pudiera tocar el retrato que un buen amigo, pero nada más

que amigo, le dedicó, y para eso, pedido por usted. Pues bueno; sépalo usted para su gobierno. Ni me importa la suerte que haya podido correr el retrato, ni nada que se refiera a la amiga a quien se lo dediqué. Nada ha habido nunca entre nosotros, que pudiera interpretarse, ni aun por el más lince, como barrunto siquiera de relaciones amorosas; pero, aunque lo hubiera habido; aunque yo hubiera estado ciego de amor por usted, esa sola... (no sé cómo llamarla) esa sola... acción hubiera secado en mi pecho para siempre la fuente del amor hacia usted, y a estas horas sería usted para mí la mujer más indiferente, por no decir... ¡cargante! del mundo...

—¡Don Juan, don Juan!...

—Bastante hemos hablado.

—¡Que a mí me va a dar algo!...

—Pues quede usted con Dios y que haya alivio.



XIX

Que tengo para mí como el que más habrá de
placer al lector... si llega a placerte alguno

Recogida la procesión de la Cruz, don Agustín Ibáñez y de Albuquerque, del brazo de su hijo, porque el alumbrado del pueblo era malísimo, el piso, peor, y la vista del caballero no era tampoco como para emprender un bordado de imaginera, salió de la Iglesia a dar un paseo por las calles de El Tomillar.

—¿Usted a estas horas por ahí?—le decía a lo mejor cualquiera que con ellos se confrontaba: o bien:—¡Vaya con Dios la honra de Er Tomillá y la compañal!—o bien: ¡No quíe usted escansá un ratito? miusté que, aunque probe, no farta una silla, y si es el gusto, sobra.—

—Del brazo, íbamos diciendo, paseaban por las calles de El Tomillar don Agustín y su hijo; aquél más callado que un muerto, y éste, no más locuaz que su padre y señor.

Por fin, a los medios de la calle de la Misericordia, Juanito, asaz preocupado con el silencio de su padre, se permitió decirle:

—Mira que, si vas a hacerlo a la fuerza, no quiero que lo hagas. Te veo tan taciturno y tan disgustado...

Taciturno, sí: disgustado... lo que se llama disgustado del todo, no.

—Luego lo estás en parte.

—Pues ya lo creo que sí: ¿no voy a estar disgustado de ver que no merezco...

—¡Eh! ¡alto ahí, caballero! Como merecer, merece usted hasta entrar en la gloria con los zapatos puestos. Ahora, que su hijo de usted sea tan mala persona, que lo tenga en ansiedad y en desasosiego, por un caprichito de niño mal criado, eso es ya otra cosa muy distinta. Pero, como usted no merece una conducta así, voy a sacarlo de dudas y de perplejidades, diciéndole, pues hemos llegado a su puerta, que la mujer a quien quiere Juanito Ibáñez es la que vive ahí ¿Te

gusta, o no te gusta? ¿tienes algún reparo que ponerle, aparte su pobreza, o no lo tienes? ¿Me la pides de buena voluntad, y no como haciendo un favor a ella, sino como quien pide para un hijo la mayor de las posibles felicidades, sí, o no? Porque, si te gusta, si no tienes reparos que ponerle, nos colamos como trasquilado por iglesia y me la pides en la forma y modo que te he dicho: y, si no es de tu agrado, estamos aquí de más y nos vamos a casa a dormir, y aquí paz y después gloria. ¿Conque qué dice usted a todo esto, señor don Agustín?—

Y don Agustín, siguió callando, con la mano izquierda en el codo derecho y la mano correspondiente en la barba y sobándose con ella la blanca perilla, durante cinco minutos, que hubieron de parecer al enamorado mozo cinco eternidades, hasta que, dando una media vuelta y sin contestar al desasosegado mancebo, puso el pie en el umbral de casa de doña Paca, entró en el zaguán y dijo con voz no muy segura.

— ¡Ave María Purísima!

— ¡Sin pecado concebida! — contestó Carmela, saliendo al encuentro del caballe-

ro, cuya voz no había conocido, y quedándose como el que vé visiones con lo inesperado de la visita.—¡Mamá!—siguió diciendo a doña Paca, que andaba por la cocina con tía Mónica, disponiendo los menesteres de la cena.—¡Venga usted, que están aquí el señor don Agustín Ibáñez y el señor don Juan! ¡Ay! pero siéntense ustedes, y ustedes dispensen: ¿cómo está usted, don Agustín? ¿y usted, don Juan?: la verdad es que está una tonta la mitad de las veces.

—¿Tanto bueno por aquí?—entró diciendo doña Paca, muy fina, porque lo era, muy agradecida, porque lo estaba, y muy sorprendida, porque era la primera vez que veía entrar en su casa visita semejante:—¿tanto bueno por aquí?... pero siéntense ustedes... ¿levantarse porque llego yo?... ¿cómo están ustedes?

—Bien ¿y usted?—respondieron y preguntaron a la vez padre e hijo.

—Yo, mejor que merezco, y muy honrada con la visita de ustedes.—

Y los tres se sentaron; esto es: doña Paca, don Agustín y Juanito. Carmela pidió

permiso para retirarse y don Agustín le rogó que se quedara. Arrastró una silla y se sentó también.

—Conque ustedes dirán—empezó a decir doña Paca muy complaciente, o mejor, muy ganosa de complacer—, en qué podemos servirles.

—Yo no sé—comenzó don Agustín, muy serio y muy grave:—si usted sabrá, señora, que nuestros hijos, es decir: la señorita y este servidor de usted, se quieren.

—¡Ay! no, señor—contestó Carmela, blanca como la pared y temblando de pies a manos como un perlático:—yo no he hablado en toda mi vida con el señor don Juan hasta ayer tarde. Si a usted le han dicho algo, es mentira, porque ni el señor don Juan es capaz de ninguna cosa mala, ni yo... ¡Ave María Purísima!—y rompió a llorar con el mayor desconsuelo.

—No; si no es nada de eso, señorita—replicó don Agustín, dulcificando el tono.—Como no ha dejado usted que me explique, no ha podido entenderme. No vengo a recriminar a usted por nada malo; sino a pedir a su señora madre, que está presente,

la mano de usted, para mi hijo Juan, porque él así lo quiere. Y, como yo suponía que, para dar este paso, contaba él desde luego con el amor de usted, empecé por decir a su madre, que su hija y mi hijo se querían.

—Yo no sé nada de eso, señor don Agustín—contestó doña Paca, ni menos pálida, ni menos temblorosa que su hija.—Es más, señor don Agustín: si yo no conociera a usted como le conozco; si yo no supiera por experiencia propia que es usted la caballerosidad y la honradez y la decencia personificadas, creería que venían ustedes a chancearse. ¡Tan ignorante estoy de lo que usted dice y tan poca cosa me parece mi hija, para que ponga sus ojos en ella un hombre como el señor don Juan.

—Pues entonces, señora, que hable mi hijo: porque caso como este, yo no lo he visto en toda mi vida. Conque anda, niño, explícate tú.

—Sin que siquiera ella misma lo haya sospechado—comenzó Juanito sosegadamente—yo he venido queriendo a Carmela, desde que éramos niños los dos. Jamás se lo he dicho, ni aun dado remotamente a enten-

der. Quería yo estudiarla por fuera y desde lejos, para, sin apasionamiento de ninguna clase, ver si lo que ella me inspiraba era verdadero amor y si ella lo merecía. Trabajo me cuesta lo que voy a decir... pero en fin; allá va tal y como es realmente: pues mentir es indigno de caballeros y la felicidad que vengo demandando merece algún sacrificio de mi parte: quería estar desligado, para... la verdad: divertirme y holgarme como todos los hombres a mi edad, sin imponerle a ella la vileza de consentirlo, ni someterla al dolor de llorarlo. En fin y para decirlo de una vez: la tenía reservada para casa definitiva; pero entretanto, vivir de fonda me parecía divertido y hasta sabroso, y así he venido viviendo. Verdad que no he dado escándalos, pero tampoco puede decirse que haya servido mi vida de edificación a los demás.

En este estado las cosas, Carmela ha llegado a los veinte y yo a los veintitrés. El amor que me ha inspirado desde niño, lejos de aminorarse, se acentúa y se agiganta, cada vez más. Mi padre, no solamente quiere que me case, sino que me insta a que lo

haga, y resuelto a darle gusto y dármele a mí, le he hecho que se ponga de tiros largos para venir a pedir la mujer que imagino pintiparada para mis gustos. Por eso hemos venido, y venido los dos; para dar a la cosa toda la formalidad que ella requiere, a preguntar a Carmela Morán si me quiere para marido y a preguntar a doña Francisca Solís si tiene inconveniente en que su hija sea mi mujer. Conque, niña, tú dirás y usted dirá, señora.

—Mire usted; yo... don Juan, —empezó a decir Carmela—yo... la verdad...—y se echó a llorar nuevamente, como si no tuviera otra cosa que hacer.

—Pues yo... —siguió doña Paca:—yo... —¿qué ha de querer una?... ¡Como al fin una es madre!...—y siguió el ejemplo de su hija, tan guapamente.

—¡Pues estamos enterados!—dijo Juanito.

—Lo espontáneamente cómico de la salida del galán hizo soltar la risa a las dos Magdalenas, y don Agustín se vió en la precisión de tomar nuevamente la palabra, para decir a doña Paca:

—En resumidas cuentas, señora: ¿usted se opone, o no se opone?

—¡Ay no, señor! ¿yo oponerme?... ¡Con muchísimo gusto! es decir: si ella quiere.

—Bueno: ¿y usted, señorita? ¿qué dice usted a todo esto? ¿Quiere usted a mi hijo, o no lo quiere?

—¡Pero es menester decirlo ahora mismo!—replicó la joven.

—Ahora mismo y clarito—respondió el galán.

—¿Aunque le dé a una muchísima vergüenza?

—Sí: más vale ponerse una vez colorado, que ciento amarillo. Así pues, a dejarse de tiquismiquis y a poner las cartas boca arriba de una vez. ¿Me quieres, como yo te quiero a tí?

—Pero usted, entendámonos: ¿cómo me quiere a mí?

—Pues... con todas las condiciones consabidas. ¿Se te puede querer a tí de otra manera? Ccnque dí.

—Sí, señor, ¿por qué no?

—¿Sí señor?... ¿Todavía, sí señor?

—Bueno: sí nada más.—

Don Agustín no quiso recogerse aquella noche, sin pasarse por casa de su hermana, a darle cuenta y parte del acontecimiento de familia que acababa de tener lugar. Era su hermana; la quería mucho; tenía ella que saberlo al día siguiente; era muy «picona» la buena señora, y todas estas razones movieron al señor don Agustín a enderezar su ruta hacia el caserón de la Camarera, donde entró con su hijo; saludó a la vieja, que rezaba el rosario con la servidumbre; se entró en la pieza en que solía la señora hacer labor, y se sentó a esperar que la solterona diera de manos a su santa tarea.

Poco tuvo que esperar, porque el rosario estaba adelantado cuando él entró, y, aunque la señora era muy dada a echarle cominito de devociones, como salves, credos y gozos, aquella noche los omitió, con gran contentamiento de los criados, que casi siempre son gente poco rezadora, así fué, que a los pocos minutos llegó al gabinete la Camarera, anhelante de saber el porqué de una visita de su hermano, a aquellas horas para él tan desusadas.



—¿Qué es eso?—preguntó, sentándose en una butaca muy bajita entre los dos visitantes:—¿Ocurre algo? ¿Está Pepita peor?

—No—respondió su hermano:—no es nada desagradable lo que nos trae por aquí: sino cumplir con el deber de familia... y, más que de familia, de cariño... sí señor, de cariño: de darte parte oficial de las relaciones de noviazgo y del próximo casamiento de tu sobrino.

—Que sea enhorabuena:—respondió la vieja, con un laconismo y un tono, que dejaron helado a don Agustín.

Y, como padre e hijo se quedaran callados y doña Clara hiciera lo propio, siguió una pausa de engorroso silencio, que duró unos cuatro minutos largos de talle.

—Pues sí, se resolvió a seguir diciendo don Agustín:—mi hombre quiere para San Juan darnos un buen día, y como tú tienes derecho... sí señor, derecho, a que se te diga antes que a nadie, antes que a nadie venimos a decírtelo.

—Pues que sea enhorabuena, y muchas gracias.—

Y siguió otro paréntesis de silencio,

aún más embarazoso que el anterior. Don Agustín, resentido de la actitud de su hermana, y herido por lo seco de sus palabras en las que vió, o mejor, a través de las cuales adivinaba que le había caído la noticia rematadamente mal, requirió el bastón y el sombrero, dió una palmadita a su hijo en el hombro, diciéndole — pues vámonos— y, cuadrándose ante la dama, le tendió la mano, diciéndole muy serio.— Conque adiós, hermana, que pases buena noche.

—¿Buena noche!—replicó la Camarera, admirada de su prudencia anterior, arrepentida de ella y con propósito firmísimo de que no se le quedara nada en el tintero:— ¡¡buena noche!!... ¿Pasar yo buena noche, después de una bofetada sin mano, como la que habéis venido a darme entre los dos? ¡Así! ¡como a los perros! Tu sobrino se ha echado una novia; ni te importa saber quién es, ni cómo, ni cuándo ha sido. ¡Que pases buena noche!

—Pero, Clara, por Dios, no te subas a la parra sin motivo. ¿Qué más hemos podido hacer, que venir a decírtelo antes que a nadie? Responde que sea enhorabuena y

te quedas callada. Vuelvo a empezar a ponerte en auto, y sales con la pata de gallo de que sea enhorabuena y de que muchas gracias; y, cuando vamos a irnos, porque hemos conocido que te ha molestado la noticia, empiezas a lamentarte de que te abofeteamos y te tratamos como a los perros.

—Y lo digo y lo retedigo: ¡como a los perros! ¡pero como a los perros... rabiando, que es todavía peor! ¿Ese es modo? ¿Esa es manera?... ¿Merezco yo...

—Pero Clara, hija mía...

—Que te quites de aquí, y no me vengas ahora con aquí la puse; que la cosa tiene más rastra de lo que parece, y lo mismo él que ella se han portado conmigo, como con una negra. ¿Por qué no me lo ha dicho él hoy, que se lo he estado preguntando; sino que me contestó el muy zorro que no, que era muy rica y que estaba un poquito gruesa y que por eso no la quería?... ¿Por qué no me lo ha dicho tampoco ella, y eso, que he estado con ella toda la tarde, poniéndole los sinapismos y todo? ¿Eso se hace entre cristianos con una tía, como yo?... ¡Ni que estuviéramos entre judíos o entre

herejes!... Pero no tengas cuidado; prosiguió dirigiéndose a su sobrino:—que esa no me la borras tú ni con sangre de tus venas. ¡Con tanto gusto como yo he tenido siempre, desde que érais tamañitos así, en que os casárais cuando llegara la hora, negármelo a pies juntillas hoy mismo, es decir: momentos antes... ¿qué digo, momentos antes?... ¡sabrá Dios desde cuando estará la zorra en el colmenar! y venir a venderme la fineza de que se me dice antes que a nadie!... ¡Sí: agradecida y empullada!... Nada, nada; lo dicho; que sea enhorabuena, y muchas gracias!

—Clara, por Dios: que estás equivocada.

—¿De modo que yo he estado inventando lo que he dicho?... ¿Conque tu hijo no me lo ha negado hoy mismo ni ella me lo ha ocultado? ¿Verdad?

—Pero ¿quién es ella? vamos a ver.

—Pues la novia de tu hijo; tu sobrina y sobrina mía, Pepita Alburquerque. ¿Quién va a ser? ¿La Chata quizás?

—Pues estás equivocada; porque no es esa.

—¿Que no?... ¿pues quién es entonces?

—La huérfana de don Federico el médico: Carmela Morán.

—¿¿¿Carmela Morán???... ¿Pero tú estás loco, o quieres volverme a mí? ¿Carmela Morán?... ¿Esa muchacha, que cose ajeno? ¿Esa piojosa, que te debe a tí hasta el aire que respira? ¿Esa... de Abajo?... ¡Agustín, de Abajoooo!!! ¿y novia de tu hijo? ¿y hija tuya el día de mañana, y por consiguiente sobrina mía?... ¡Anda dime ahora que pase buena noche! ¿Buena noche?... Y tú, tú quizás, ¡calzonazos de todos los demonios, papanatas, sin servir, y alma de cántaro, que tienes un alma, que se te pasea por todo el cuerpo; mal padre, sí señor: mal padre, porque eso es ser un mal padre, y lo digo y lo retedigo y no me arrepiento: porque eso es no querer a tu hijo como Dios manda, sino echarlo a los perros! tú quizás, ¿qué digo quizás? ¡como si lo viera! habrás ido con tu barba y tu camisón a pedir para el niño la entrada en esa pocilga... ¿Y quizás vendrás hasta agradecido, porque te habrán dicho que sí? ¿No habían de decírtelo?... ¿Quién no da un ochavo moruno, porque eso es ella,

un ochavo moruno, sí señor, moruno: porque, para que nada le falte, hasta de Abajo... ¿quién no da un ochavo moruno, por una onza de oro, porque eso es tu hijo, para que te enteres, una onza de oro: rico como no hay otro por aquí; guapo, porque lo es, sí señor, que lo es: ¡mejor que tú, con toda la fama de buen mozo que tenía en nuestros tiempos!: bueno, porque es la criatura un pan de rosas... aunque yo ya no lo quiera ni ver, por la barrabasada que me ha hecho... ¿Qué dices tú a todo esto, braganzas, pazguatón, que parece que estás en Babia, que se te caen los calzones de bueno, y que debías gastar enaguas, porque no eres hombre, ni nunca lo has sido, ni lo serás en toda tu vida... ¡lila, y ¿qué sé yo! porque no te doy una guantada, porque no se diga que una mujer le ha pegado a un hombre?... ¡Bueno! ¡Allá ustedes! Tú lo quisiste, tú te lo ten, y lo que no has de comer, déjalo cocer, y ustedes allá con su pan se lo coman, que yo por mi parte lavo mis manos como Pilatos. Pero tenedlo entendido: moriré, diciendo piojoso, como la que se ahogó en el río de Sevilla... ¡Yo no! ¡no me da la retepompolonísima

ganar!! y para eso soy libre y no necesito a nadie, porque con lo mío me sobra, que para eso me lo dejaron mis padres, gracias a Dios.

—Bueno. ¿Acabaste ya?

—¿Acabar?... ¿pues he empezado acaso, o crees tú que el berrenchín que tengo me va a salir a mí de entre pecho y espalda mientras el cuerpo me haga sombra?... ¡Acabar!... ¡¡Acabar!!... Quien tiene que acabar, pero es de irse, pero pronto, que en la calle no hace humo, son ustedes!... Es decir: bueno: irse, no: porque yo no echo a nadie de mi casa y muchísimo menos a ustedes. ¡Ave María Purísima, qué disparatete! ¿echarlos yo?... sino que no me ha gustado eso ni chispa: ¡no me ha gustado!... ¿por qué negarlo?... ¡Un niño como este; que podía casarse con quien le diera la gana, ¡así como suena! con quien le diera la gana!!!

—Mire usted, tía,—se atrevió a replicar el sangre gorda del sobrino:—yo no sé si usted se habrá fijado en que eso es precisamente lo que voy a hacer: casarme con la que me ha dado la gana.

—¿También esa?... ¿malos modos y desvergüenza a mí? ¿y en mi casa?

—¡Clara, por María Santísima, no comiences de nuevo!

—¡No me provoquen ustedes!

—En fin, quédate con Dios, y hasta más ver.

—Un beso, tía.

—Que te quites de aquí, que no te puedo ni ver.

—Pues ya no vengo más.

—Pues mira: como llegara mañana la hora de comer y no hubieras venido, iba y te traía por una oreja. Eso es lo que faltaba, hombre, que empezaras a echar la pata por alto... ¡Con decirte que no te conozco, desde que cierta gentuza te ha echado el guante!

—¡Con que venga ese beso, y hasta mañana!—

—Y, sin que doña Clara le respondiera con otro, Juanito le dió un beso en la fofa mejilla y un zamarreón al abrazarla, que la dejaron desarmada para el día siguiente.



XX

Chismografía y otras cosas

La que tenía que oír aquella mañana en la puerta de la carnicería, era tía Mónica.

—¡Hermanita!—decía a la criada del señor Cura, que iba como ella por carne para el puchero y era otra vieja como ella, habladora como ella, como ella amiga de saber (y no para no preguntar, sino para seguir preguntando) y con la cual tenía formada, por así decirlo, una sociedad anónima de noticias mutuas:—¡hermanita de mi arma!: ¿tú no sabes ná?

—¿De qué Moniquilla?—y la «moza» del Cura abrió de par en par ojos y boca, como si no tuviera bastante con las orejas, para oír lo que la otra pudiera contarle.

—¡Po que mi niña se casa, pero a las volás!

—Pero ¿con quién, hermanita? Digo: si se pué sabé.

—Hecha un cálculo.

—¿Con er méico?

—¡Tiene ese... pero mú repoquísima dirnidá pá ponerse esa corona!

—Pontonce, hija, me doy por cachi-follá.

—¿Pero no lo carculas?

—Mujé, que no.

—Po pa que te esembobes. Con don Juan Ibáñez.

—Moniquilla, demontre, ¿qué estás diciendo?

—El evangelio, el evangelio y el evangelio. Malegrara, mujé, que hubiás estao allí anoche pa la peía. Mi señorita, llorando como una Madalena. Mi niña, jasta con er corazón encogió el arma mía; y yo, empáandome en tó, ebajo er tallero y llorando, si tenía que llorar, de alegría, más que las dos juntas.

—¿Iría quizá er padre...

—Po ya lo creo que fué: y diciéndole a mi niña señorita y tó, y no se aperree usted, que eso no es ná, que ese es er mun-

do; que mi hijo la quiere a usted con güen fin, y es mesté que diga usted por lo claro que sí u que no. Y el arma mía, muertecita de vergüenza, teniendo que dar er sí, y la madre la conformiá, pa que se fueran y queara ca cosa en su punto y tó jirvanao, como pa que no haiga que jacé más que cosé y cantá como el otro que dijo. ¡Con decirte que pa San Juan quieren darnos er güen díal! Y, lo que dice mi señorita: que eso es mu pronto, y que aviá un ajuá no es como presinarse. Porque mira: yo quió que lleve de un tó: de su arcuza, de sus estenazas, de su armiré, de sus estrebes, de sus planchas, de su cachucha pa la tinaja, de su esollinaó, de su ratonera... en fin, de un tó; que tó jace farta en las casas y, aunque ello se irán a vivir con er padre, y en casa no jace farta de ná, porque más que en esa casa, ni encá er Rey, no quió yo que tengan que decí que si fué con un trapo atrás y otro alante, que aluego toas son jablaurías. Yo dos pesetas y nn reá es tito lo que tengo ajorrao, y eso, porque se lo empresté a la comá Lugarda, cuando las calenturas de la hija; pero cuantito que los cobres, se los

planto en la mano, pa que compre aunque sea una orza pa er tocino; porque lo que toca yo, yo no me queo sin regalarle ná, aunque tuviá que robarlo en mitad de esos caminos: yo no; que er que no es agradecio no es bien nació, y yo le comí er pan a su padre muchos años y a ella se lo estoy comiendo, endeje que lo está ganando. Verdá que lo súdo y que lo sué; pero eso no le inquivale y lo cierto es que ellos me lo han dao, y que er día que er Señor me mandara una enfermeá, mi niña lo peiría aunque fuera de limosna, pa que yo no escaeciera ni de gracia de Dió, que me jiciera farta.

—¡Jesú, Jesú, Moniquilla, y lo que se le ha entrao a ustés por las puertas, sin comerlo ni beberlo, vamos ar decí!

—Po, hija, estaría de Dió, porque casamiento y mortaja der cielo baja; y más arrecogía que mi niña, porque eso es más honrá que una abaesa, y menos aficioná a meterse por los ojos de naide, mentira. Pero, hija, Dió es mu grande; su padre, que esté en gloria, jizo mucho bien; su madre es una santa, y los hijos tienen que arrecogé lo que siembran los padres. Y sin tené que dí tan

lejo: ella es un arcange San Grabié en carne mortá y er señó saca la cara por los suyos y le dá a cá uno su merecido.

—¿Y pa San Juan dices tú que comeremos er pan de la boa?

—Pa San Juan, que es er día de él: de aquí a mes y medio.

—Po, hija, eso es cochiste, jerviste...

—¿Qué quiés tú?... Cuando las cosas vienen derechas.

—Po adió, mujé; y que sea enhora-güena.

—Estimando er güen deseo.

Cuando la criada del señor Cura salía de la carnicería, la Escarza que entraba.

—Escarcilla, ¿ónde vas?

—¿No lo vé usted? por la carne.

—¿Y no te has enterao?

—¿De qué? dí usted.

—De que anoche han pedío a Carmela la er méico pa don Juan Ibáñez.

—¿Carmela la er méico pa don Juan Ibáñez!

—Corno lo oyes: lo cuar que por una causaliá me jallé yo en tó.

—¿Usted, señá Ramona?

—Como lo oyes; ¿no ves tú que Mónica y yo himos sío siempre uña y carne? Po sí; había yo dío a verla y jablando estábamos, cuando nos vimos entrá a don Agustín y al hijo, y, que si fué, que si vino, que la boa no tenía más remedio que sé pa San Juan.

—¿Lo vé usté?... ¡Y decía la ita Carlota que la hiba llevao ar Romerito a la trágala y porque ella, la Carmela, le hiba escrito a él una carta que partía los corazones, piéndole que la llevara!... Argo habrá, cuando la ha llevao, decía yo pa mí: y cátao usté ahí, si había. Cuantito que llegue a casa, se lo voy a decí: ¿no decía usté que no había ná y que no se hiban jablao nunca y que ella era mu comprometeora y ná más? Po ahí la tiene usté, peña, como se pían las mujeres, y jaciendo el ajuá, pero de gorpe y zumbío, porque lo que toca mi hombre viene con los papeles ebajo der brazo: pa San Juan, vamo; más pronto, un tiro.

—Po como lo oyes, hija, como lo oyes: lo cuar que, no sé si te lo he dicho: yo me jallé en tó.

—Sí: ya me lo ha dicho usté.

—Pe no macordaba. Y quéate con Dió que ya han arzao a Dió, y aluego er Padre Cura me regaña porque, cuando sargo a la calle, me queo dormía, y me enreo como la zarza y no sé cuándo gorvé.. ¡Mía tú yo, que veo a la grama nacé!—

Y se fué «señá» Ramona hacia la casa rectoral, dando zancadas y «comiéndose los bajos».

Aún el carnicero no había acabado de despedir a la Escarza, cuando entró la criada de Curra Pando. La Escarza la aguardó a que concluyera, y dándole el brazo, empezó a decirle, en cuanto estuvieron en la calle:

—Mujé, te voy a decí una cosa, que sé endeje anoche y que no se la he querido decíavía a naide, porque aluego dicen que si lo escacaro tó, y que si no pueo tené ná callao. Pero tú eres amiga de satisfiación y no quió que tengas que decí: miá que reservá, que me vió esta mañana en la carnicería y se lo ha callao. ¿Sabes la noveá?

—¿Qué noveá?

—Lo der casamiento de Juanito Ibáñez.

—Yo no: ¿con quién?.. ¿con tu ama quizá?

—¡Qué más quisiera ella, pa jartarse 'e refl...

—Pontonce ¿con quién?

—Con Carmela la er méico.

—¿Con Carmela la er méico?.. ¡Anda y no me vengas con infundios a mí!

—Po, hija, no lo creas: pero yo te lo diré pa San Juan.

—Po si dice mi ama que don Juan Ibáñez le está jablando a la señorita Celia deje el año 'e la nana, sino que no quieren ellcs que lo barrunte naide, pa que er padre la deje vení ar Tomillá.

—Po, hija, serán embustes de tu ama, que es más embustera, que el armanaque. Lo que yo te he dicho va a misa aquí y en Madrid: y si no, pa San Juan nos veremos las caras.

—Po mira: quantito llegue a casa, se lo voy a decí: así: como la que no quié la cosa: pa que se la líe ar deo.

—Pero no le digas que te lo he dicho yo: ¿estás? no sea que vaya a creé que son enreos de mi ita Carlota.

—Que también lo juma en pipa atento custión de chismes y de enreos.

—¡Qué quiés tú?... aluego dicen que si las probes; y hay cá sinvergonzona en las ricas, que perdone usté er moo de señalá...

—Oye: esa que viene ahí es la que debe está enterá en to el espirituar parentesco...

—¿Quién?

—La moza 'e doña Angeles Saavedra...
Llámala.

—¡María er Doló!!

—¡Ola amigas! ¿ónde se va?

—Pa casa, si tú no mandas otra cosa—
contestó la Escarza:—pero dijo ésta que naide como tú pa sabé de lo que jablábamos y por eso te himos llamao.

—Ustés dirán.

—De lo de la boa de don Juan Ibáñez con Carmela la er méico.

—¿La boa de don Juan Ibáñez con Carmela la er méico!!

—¡Con los deos ná más!... y... no seas himpróquita, que sabes tú más que las once mir vígenes y vienes dándotela de inorante.

—¡Que me muera ahora mesmo, si sabía argo!

—¡Po hija, eso es lo que hay! Que se casa con ella y ná más: ¡y pa San Juan! antes si hay peligro de muerte, como dice la doctrina: y quéate con Dió, que pa lo que tú has contao, bastante te himos dicho.—

Imagínese el lector lo que tardaría la noticia en espolvorearse por todo el pueblo, y la serie de «sopitipandos» a que daría lugar...

Mientras tanto, Juanito, que tampoco había dormido aquella noche cosa mayor, había estado pelando la pava en toda regla con su reciente novia, y diciéndole que bueno: que siguiera cosiendo para comer, porque otra cosa ni era decente, ni ellas la admitirían, pero que eso de esperar hasta que ella comprara todo lo que había menester para el casorio, que se le quitara a ella de la cabeza.

—¡Ahí voy yo a esperar—decía—año y medio, o dos años, para media docena de chaponas, unas cuantas sábanas y otras minucias por el estilo! Trabaja para comer, porque no tienes otra renta, y pasarte yo

—Porque ese casamiento no me gusta.

—¿Y por qué no le gusta a usted? ¿Qué tiene usted que decir de esa muchachà?

—De ella... nada.

—¿Y de su madre?

—Nada tampoco.

—¿Y de su padre?

—Tampoco; casualmente era un santo, para lo que se usa hoy en día.

—Entonces ¿por qué no le gusta a usted mi casamiento con ella?

—Porque yo te quería para Pepita, y eso me ha contrariado muchísimo.

—Pero vamos a ver. ¿A quién quiere usted más? ¿A Pepita o a mí?

—Buena está la pregunta: ¿a quién quiero yo en el mundo, ni la mitad que a tí? Con decir que ni a tu padre, se dice todo.

—Conque me quiere usted más que a mi prima; ¿no es así?

—¡Pues ya lo creo!

—Luego preferirá usted la felicidad mía, a la felicidad de ella: ¿no es verdad?

—Claro está ¿quién lo duda?

—Pues entonces ¿por qué ha de sentir usted que no me case con la que me habría

de hacer desventurado, porque ni me gusta ahora, ni me gustará eternamente, por que esas cosas, tía, no se pueden remediar, y no ha de alegrarse usted de que me case con la que habrá de hacerme feliz, porque, sobre ser un angelito en cuanto al alma, es la quinta esencia de todas las perfecciones imaginables en cuanto al cuerpo, por lo menos para mi manera de ver y de sentir?

—Yo, por mi parte, cástate con ella, cuando te dé la gana, puesto que tu padre es gustoso: pero lo que es conmigo no cuentes para nada.

—¿Cómo?

—Que conmigo no cuentes tú para nada.

—No me entero: ¿qué dice usted?

—Que conmigo no cuentes para nada... y si acaso, si acaso, para muy poco.

—¿Y quiere usted hacerme el favor, de aclarar ese punto?

—Mira: si te hubieras de casar con Pepita, le regalaría a ella... pues el collar de perlas de madre Inés, y la mantilla grande mía, y los abanicos de nácar, y el rosario de oro y el juego de tocador de plata de tía

Dolores... en fin, todo lo que yo encontrara bueno y que no desdijera en el ajuar de una señora; como el mantón canario, la colcha de Manila, los encajes... con decir todo, basta.

—Bueno; eso, a ella. ¿Y a mí?

—Pues a tí te hubiera regalado la parte que tengo en la dehesa, que tu padre y yo tenemos pro indiviso, la escribanía grande de plata, los dos contadores de concha, que tanto te gustan, el arcón tallado, que tan encaprichado estás en que te lo dé para tu estudio, la faja de papá Juan, y trece onzas de oro para las arras... en fin lo que debe hacer una tía que tenga conciencia y vergüenza, con un sobrino como tú, que va a casarse, aunque yo no te pueda ni ver. ¡Hijo, qué tirria la que te he tomado! Todo esto pensaba: ¡como ese sol que nos alumbral Pero, casándote, como vas a casarte, con una que no es de mi gusto, no cuentas más que si acaso, si acaso, con la dehesa, porque no quiero que se diga, y con cualquier friolera que compre para ella, porque prendas que son de mi familia, esas no se las pone ella mientras yo viva. ¡Ni des-

pués tampoco! ¡Mejor se las tiro a los perros que dejártelas a tí para que se las ponga ella el día de mañana! No; no y mil veces no.

—¿Pero por qué, tía? ¿No acaba usted de decirme que no tiene tacha que ponerle?

—¡Es que como ya le puse anoche la que le encontraba...

—¿Y cuál era, que no la recuerdo?

—Pues que es de Abajo: ¿te parece poco?

—¿Nada más que esa?

—Que no es chica: por lo menos, para mí.

—¿Nada más?

—Nada más.

—Pues deme usted las llaves.

—¿Qué llaves?

—Las de la cómoda.

—¿Para qué?

—Para que sí: démelas usted.

—Pero ¿para qué, criatura?

—Para sacar las perlas y todas esas cosas que decía usted.

—¡Cabalito, amén Jesús! en eso estaba pensando, hombre.

—Que me dé usted las llaves!!!

—Chiquillo, estate quieto!... ¡¡que me lastimas!!... ¡que no te las doy, no me da la gana!... ¡ea!... ¡Traélas acá!... ¡Dame esas llaves!... ¡¡Que lo mando yo!!... ¡Cuidado, hija, con el chiquillo, y qué recabezón y qué voluntarioso!... Bueno: saca todo lo que se te antoje, que vas a conseguir mucho. Por la buena, ya tu me conoces: nadie como yo: pero por la mala, el Señor nos asista.

—¿Y estas son las perlas, después de tanta bulla?

—¿Te parecen quizás pocas o malas? Pues hijo, pocos collares habrás tú visto con más de tres hilos; y si es por el tamaño, por la igualdad y por el oriente, como no lo tenga mejor la Infanta... ¡Mira, déjalo ahí!... ¡Sácatelo del bolsillo!... Ponlo en donde estaba!... ¡Que lo dejes ahí!

—Si yo quería llevárselo hoy de parte de usted.

—Bueno: déjalo ahí donde estaba, y que le dé gracias a Dios, si llego a regalárselo para la boda. ¡Tuviera que ver!... ¡un collar que vale una fortuna!... ¡Nada, nada: que se líe la sogá del pozo!

—Pues entonces ¿qué me da usted?

—¿Darte?... como no sea un cañazo en mitad de la frente...

—Si es para ella.

—Pues dale memorias.

—Bueno: entonces le digo: mi tía Clara, que muchas memorias y que se alegra mucho.

—Que me alegro mucho, no; porque es mentira, y las mentiras, ni en broma.

—Pues, o me da usted algo para ella, o se va usted a acordar.

—Pero ¿qué te doy, criatura?... ¡Ay qué niño!...

—Cualquier cosa: una sortija: ¡algo!

—Bueno: déjame ahí, a ver si encuentro alguna cosa... ¿Dónde está?... ¿Dónde está, Clara?... ¡tate! aquí: ya me acordé! ¡Mírala! una esmeralda, con dos brillantes, como dos soles: más de doscientos duros vale, para que te enteres. Llévasela... pero como cosa tuya: ¿estás? ¡No me da a mí la real gana de que vayan a creer que me he vuelto loca, como el tonto de tu padre. Toma: le puedes decir: toma esto de mi parte, y por Dios, que no se entere mi tía ¿estás?

—¿Entonces, cuando a usted le conviene, se puede mentir?

—Pues anda y dile... aunque sea la buenaventura.

—No: lo que pienso decirle es esto: mi tía Clara, que tomes, mientras ella no viene a verte y traerte todo lo demás: y dice que, si tu madre le cede el puesto, tendrá muchísimo gusto en ser la madrina.

—¿También esa?

—Yo así lo espero. Es más: estoy seguro de que así será... ¿Qué dice usted, señora Camarera?... ¡¡Que responda usted!!... Usted está buscando... un beso, y se lo va a ganar.

—Que te quites de aquí, zalamero, que no te puedo ni ver.—



EPÍLOGO

—Gracias a Dió que entra un arma por mis puertas.

—¿Qué quiés, hijo?; bastante que mardao tó er día de tí, y a mi niña se lo dije: er probecito e señó Rafaé, con tanto gusto como habíá tenío en jallarse en tó, y con la indina e la enfermeá. Conque aquí tienes este plato 'e natillas, que te manda la niña, y esta limeta 'e vino blanco, que le dijo er señorito Juan que te mandara tamién. A estas horas, güenas sean, estarán comiendo.

—Güeno, déjalo ahí, y siéntate aquí a la cabecera y cuéntame tó lo que haiga habío, mujé.

—¿Qué quiés tú que haiga habío? Tú has visto alguna vé a la Vigen der Doló andando por sus pies? Po eso mesmamente paecía aquella criatura, cuando salió der cuarto esta mañana.

—¡Qué vestío, Rafaelillo! ¡Con decirte que ha costao más que un cercao! Dos mí reales y veinticinco duros le ha venío a costá. ¡Po aónde me echas tú los emás perendengues 'e doña Carmen; ¡la madre er novio, hombre! con cá perla, como una arbellana, y con cá diamante, como piñones, arrelumbrando, si tenían que arrelumbrá, que parece que llevaba en cá oreja un candelorio y en er pecho una fogata, con tantísimo arrelumbrón, que lastimaba la vista? Po no te quió icí cuando la cogió mi señorita por la mano y se la llevó a la sala 'e la costura, pa echarle bendición. Yo también quise echarle la mía y le dije, digo:—ven acá, blanca paloma, que te voy yo tamién a echa la bendición.—Mía, Rafaé, yo no sé lo que me dió, cuando la ví en roilla alante e mí; unos calambres me dieron... en fin; que, no sabiendo qué cosa güena decirle; le dije tó lo mejón que se me vino a boca.

—Y ¿cómo le dijiste?

—¡Po qué le iba a decí?—¡Su Divina Majestá... y el Santísimo Sacramento... y la Señá Santa Ana...—y aquí rompí a llorá, como ne hiba llorao endeje que se enterró

mi señorito, que jasta me tuvieron que traé agua y tó. ¡Qué gentío en las calles! ¡qué bullarea en la Ilesia! ¡y qué rumbo, Rafaé, qué rumbo: una onza de oro ar sancristán y una monea 'e cinco duros a cá monacillo!

—Como que caballeros los habrá, pero como ese don Agustín...

—Po ¿y cuando llegamos a la casa y la coge don Agustín por la mano, y le píe permiso al hijo pa que ella le diera dos besos, y ella fué y se los dió, y entonces va don Agustín, va y se mete la mano en la barciguera y le planta en la mano un sobre con... ¿cuánto es seis mil reales y seis mil reales, na más que, en vez de ca reá, es un duro?

—¿Cómo?

—Verás tú: ¿tú no te acuerdas, cuando se murió mi señorito, que don Agustín le regaló a la niña, por un beso que ella le dió, los seis mí reales que le debían de la casa, y luego otros seis mí más, porque el angelito, en lugá de darle un beso, fué y le dió dos? Po güeno: ahora ha querío pagarle los dos besos, lo mismo; na más que, en lugá de reales, sean duros; ¿no me entiendes? y

por eso te preguntaba cuánto se le hiba importao.

—Po doce mir duros.

—Es decí, millones: po güeno: eso es lo que le ha regalao, metío en un sobre, y er sobre, en una cosa que paece la pasta de libro 'e Ilesia, con un letrero de oro en una punta, que dice «Carmela». En fin, hijo, la má: con decirte que jasta doña Clara quié que se vayan a comé con ella tos los días, y que le ha regalao toas las cosas güenas, que se puén meí por cuartillos y medios armúes.

—Pero lo mejón de tó esto, Moniquilla, es que ese ánger de Dió no se ha metío en toa su vía por los ojos de naide, ni ha jecho más que sé güena y honrá y arrecogía.

—¿Po y qué? ¿tú no sabe que su Divina Majestá saca la cara por los suyos y que, como dice el reflán, er güen paño...

—Tienes razón: en el arca se vende.



ÍNDICE



Páginas:

Dedicatoria. Al Excmo. Sr. D. Juan Valera.	V
Prólogo de esta edición, por D. Joaquín	
Hazañas y la Rúa.	VII.
I.—De quién era Juanito Ibáñez y de cómo	
su padre deseaba verle casado.	1
II.—La Camarera	9
III.—Arriberos y Abajeros, o como si se di-	
jera, Capuletos y Montescos.	23
IV.—En que se saca a colación quién era la	
modista de El Tomillar.	37
V.—En que se hace por demostrar que el	
amor, aunque lo pintan ciego, sabe de	
cuentas, y que para sentenciar un plei-	
to, es necesario oír a ambas partes . . .	53
VI.—En que se proyecta otro vestido de	
serrana y se le suelta a Juanito «la in-	
conveniencia».	65

	<u>Páginas</u>
VII.—Que es una lástima que no se lea, porque entonces no va a poder decirse con verdad que se ha leído toda la obra . . .	77
VIII.—El Romerito	85
IX.—En que se ofrece al lector una silla en la puerta de Curra Pando y ocasión de oír hablar a varios de los personajes de esta historia	97
X.—En que se pone al lector en auto de la vida y milagros de Merceditas Gil. . .	109
XI.—En que no se sabe quién es más imprudente; si el novelista que se mete en donde no lo llaman, o el lector que le sigue	119
XII.—En que se desmiente lo de «come y calla» pues se habla más que se come .	137
XIII.—En que el médico corre peligro de que le tomen medida de una prenda de abrigo; quiero decir: de una bufanda, con otras cosas de que podrá enterarse el curioso lector	153
XIV.—En que esta historia lejos de ir adelante, como parece natural, retrocede .	165
XV.—Que debía ser el XIV, si no hubiéramos retrocedido a ver lo que acaeció a	

	<u>Páginas</u>
Juanito Ibáñez en la noche víspera de la Santa Cruz	183
XVI.—En que la cosa, sobre ir de veras, va más de prisa de lo que el lector se figuraba	201
XVII.—Compás de espera	213
XVIII.—Calabazas por pasiva y calabazas por activa	229
XIX.—Que tengo para mí como el que más habrá de placer al lector... si llega placerle alguno.	243
XX.—Chismografía y otras cosas	261
Epilogo	279

